

TESTIMONIOS SELECTOS

TOMO 2

Ellen G. White



Prefacio

Desde que publicáramos el primer tomo de "Testimonios Selectos," se nos ha venido preguntando cuándo publicaríamos el segundo. En vista de la buena acogida concedida al tomo I y de la necesidad de tener cuanto antes en castellano la mayor cantidad posible de los escritos inspirados por el espíritu de profecía, decidimos el año pasado publicar este segundo tomo de la serie de pequeños volúmenes de compilación de dichos escritos, que la autora misma tenía tanto interés en ver puesta en circulación, y de la que, desgraciadamente, no alcanzó más que a delinear los rasgos generales. E inmediatamente de decidida la impresión del segundo tomo, se puso manos a la obra, con el fin de entregarla a la circulación a fines del año. Sin embargo, algunas circunstancias impidieron el cumplimiento de ese programa, y dilataron hasta este año la salida de los ejemplares.

Si el primer tomo resultó muy interesante por sus notas autobiográficas e históricas y las instrucciones que Dios diera a su pueblo durante los comienzos del movimiento, este segundo llamará especialmente la atención de los creyentes de habla castellana, por el hecho de que con él reciben la primicia de un libro escrito por la Sra. É. G. de White. La obrita que les ofrecemos ahora no es, en efecto, la mera traducción de otra publicada en inglés. Es una compilación de ciertas porciones no muy conocidas de los escritos de la Sra. E. G. de White, arregladas en forma consecuente para que presenten sucintamente la historia del gran plan de salvación en una cadena de sucesos descollantes.

Es cierto que en uno u otro libro: "The Spirit of Prophecy," "Early Writings" y "The Acts of the Apostles," el contenido de este tomo vió la luz en inglés hace años, pero nunca apareció en la forma continuada de un solo volumen; de manera que, realmente, como dijimos, ofrecemos una primicia valiosa a nuestros lectores de habla castellana, seguros de que su clara e inspirada exposición de hechos poco comprendidos y su presentación de verdades profundas que el mundo en general suele ignorar, harán, como bajo la bendición de Dios lo han hecho los demás libros de la misma autora, una obra benéfica en los corazones. Los Editores.

Capítulo 1

Introducción: el espíritu de profecía

Hubo un tiempo en que el hombre andaba con Dios en el Edén. Contemplaba abiertamente la gloria del Señor, y hablaba con Dios, con Cristo y los ángeles en el paraíso, sin interposición del más tenue velo. El hombre cayó de su rectitud moral e inocencia y fué expulsado del Edén, lejos de la vista del árbol de vida y de la directa presencia del Señor y sus santos ángeles. Desde entonces las tinieblas morales extendieron sus sombras por doquiera como un palio de muerte y se difundió por todas partes la mancha y corrupción del pecado. Entre la lóbreguez general y miseria moral, el hombre ha peregrinado durante cerca de seis mil años desde las puertas del paraíso, sujeto a enfermedades, dolores, tristezas, lágrimas y muerte. También ha estado sujeto a las tentaciones y los engaños del demonio, hasta el punto de que durante todo el período de su estado de caída, reinó Satanás en casi universal dominio en la triste historia del hombre.

Cuando todo quedó perdido en Adán, y las sombras de la noche obscurecieron los cielos morales, no tardó en aparecer la estrella de la esperanza en Cristo, estableciéndose así un medio de comunicación entre Dios y el hombre. En su estado de caída, el hombre no podía conversar cara a cara con Dios ni con Cristo ni con los ángeles, como cuando era puro en el Edén. Pero gracias al ministerio de los santos ángeles, se dignó el eterno Dios hablarle en sueños y visiones. "Si tuviereis profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él."¹

La manifestación del espíritu de profecía estaba prometida para todas las dispensaciones. La Sagrada Escritura no la restringe en pasaje alguno a determinado período de los comprendidos entre la caída y la restauración final. La Biblia reconoce la manifestación del espíritu profético, tanto en la época patriarcal, como en la judaica y la cristiana. Por este medio se comunicó Dios con los santos de la antigüedad. Enoc, el séptimo desde Adán, profetizó, y tan dilatado y minucioso fué el campo de su profética visión que abarcó muy lejanas épocas futuras, y describió la venida del Señor y la ejecución del juicio final sobre los impíos.²

Durante la dispensación judaica, Dios habló a sus profetas en sueños y visiones,

mostrándoles los grandes acontecimientos futuros, especialmente los relacionados con el primer advenimiento de Cristo para padecer por los pecadores, y con su segunda aparición en gloria para destruir a sus enemigos y completar la redención de su pueblo. A causa de la corrupción de los judíos, el espíritu de profecía casi desapareció de entre ellos durante unos cuantos siglos del período de decadencia, pero reapareció en los últimos años de la dispensación judaica para anunciar la llegada del Mesías. Zacarías, el padre de Juan el Bautista, "fué lleno de Espíritu Santo y profetizó." Simeón, hombre justo y pío, "esperaba la consolación de Israel," y vino al templo impulsado por el Espíritu y profetizó diciendo de Jesús que sería "luz para ser revelada a los gentiles," y la gloria de Israel. La profetisa Ana "hablaba de él a todos los que esperaban la redención en Jerusalén."³ Y no hubo mayor profeta que Juan, escogido por Dios para presentar a Israel "el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo."⁴

La era cristiana comenzó con la efusión del Espíritu Santo y la manifestación de varios dones espirituales, entre ellos el de profecía. Después de encomendar a sus discípulos que fuesen a predicar el evangelio por todo el mundo, les dijo Jesús: "Y estas señales seguirán a los que creyeren: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; quitarán serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les dañará; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán."⁵ El día de Pentecostés, al comenzar abiertamente la dispensación cristiana, se manifestaron de maravillosa manera algunos de dichos dones.⁶

Cuando ya había transcurrido un cuarto de siglo de la era cristiana, nos refiere Lucas al dar cuenta de sus viajes con Pablo y otros discípulos, que entró en casa del evangelista Felipe, y dice a este propósito: "Y éste tenía cuatro hijas, doncellas, que profetizaban. Y parando nosotros allí por muchos días, descendió de Judea un profeta llamado Agabo."⁷

Posteriormente vemos también al amado Juan, en la isla de Patmos, henchido del espíritu de profecía en toda su plenitud. Le fué comunicada la maravillosa Revelación, cuando ya había transcurrido más de medio siglo de la era cristiana. Los textos del Nuevo Testamento no hacen ni la más ligera insinuación de que los dones del Espíritu se substraerían de la iglesia hasta que hubiera de alborear el día de gloria por la segunda aparición de Jesucristo.

Desde la gran apostasía, rara vez se han manifestado estos dones, y por esta razón

los que se llaman cristianos suponen generalmente que estuvieron destinados solamente a la iglesia primitiva. Pero desde la era apostólica hasta hoy, hubo entre los más devotos discípulos de Jesús, manifestaciones que las principales iglesias cristianas reconocieron como dones del Espíritu Santo. Así pues, ¿no es más lógico atribuir a los errores e incredulidad de la iglesia la razón de que hayan sido tan raras esas manifestaciones, que suponer que Dios le haya retirado este favor a la iglesia? Cuando el pueblo de Dios vuelva a la fe y a las prácticas de la iglesia primitiva, como seguramente lo hará bajo la influencia del postrer mensaje, sobrevendrá la lluvia tardía y se reavivarán todos los dones. La lluvia temprana sobrevino al comienzo de la era cristiana, en la época de la sementera del evangelio, para que germinara y arraigara la semilla. Entonces la iglesia disfrutó los dones espirituales. Y cuando al final de la dispensación cristiana sobrevenga la lluvia tardía para madurar la áurea cosecha destinada a los alfolíes de Dios, entonces se volverán a manifestar en toda su plenitud los dones del Espíritu Santo.

Con esto concuerdan las palabras del profeta, citadas por Pedro: "Y será en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; y vuestros mancebos verán visiones y vuestros viejos soñarán sueños. ... Y daré prodigios arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra, sangre y fuego y vapor de humo. El sol se volverá en tinieblas y la luna en sangre, antes que venga el día del Señor, grande y manifiesto."⁸ Aquí vemos el espíritu de profecía entre las señales características de los últimos días. El reavivamiento del espíritu profético en los últimos días había de constituir una de las señales más notables del próximo fin. Esto es evidente, pues se incluye al espíritu de profecía entre las prodigiosas señales en el sol, la luna y las estrellas que se verían en el cielo, y entre las señales de la tierra, como sangre, fuego y vapor de humo.

De todos los beneficios que Dios ha concedido a su pueblo, dejando aparte la dádiva de su Hijo, ninguno hay tan sagrado ni tan eficaz para su bienestar como el don de su santa ley y de su Santo Espíritu. Y ninguno es tan a propósito como éstos para desbaratar los planes de Satanás y, en consecuencia, suscitar su ira. Y cuando en la última generación de hombres se levante el pueblo de Dios, observando los diez preceptos de la santa ley y reconociendo el renacimiento del espíritu de profecía, experimentará la acerba hostilidad de sus enemigos, suscitada exclusivamente por directa inspiración de Satanás. "Entonces el dragón fué airado contra la mujer; y se fué a hacer guerra contra los otros de la simiente de ella, los cuales guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo." ⁹ El ángel le dijo a Juan:

"El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía." 10 La observancia de los mandamientos de Dios y el reconocimiento del espíritu de profecía por la iglesia remanente, o sean los cristianos de la última generación, excitan la ira del dragón.

A pesar de su apostasía, la era judaica se abrió y concluyó con especiales manifestaciones del Espíritu de Dios. Y no es razonable suponer que la era cristiana, cuya luz, comparada con la de la primera dispensación, es como la luz del sol respecto de los pálidos rayos de la luna, haya de comenzar con gloria y concluir en obscuridad. Y si a fin de preparar un pueblo para el primer advenimiento de Cristo fué necesaria una obra especial del Espíritu, mucho más necesaria habrá de ser para su segunda venida.

Capítulo 2

La caída de Satanás

Antes de su rebelión era Lucifer en el cielo un excelso y alto ángel inmediato en categoría al amado Hijo de Dios. Su aspecto, lo mismo que el de los demás ángeles, era benigno y denotaba felicidad. Su frente, alta y espaciosa, indicaba poderosa inteligencia. Su figura era perfecta, y su porte noble y majestuoso. De su semblante irradiaba una luz especial, que resplandecía a su alrededor con mayor esplendor y hermosura que en torno de los demás ángeles. Sin embargo, Cristo, el amado Hijo de Dios, tenía la preeminencia sobre todas las huestes angélicas. Era uno con el Padre antes de que fuesen creados los ángeles. Lucifer tuvo envidia de Cristo, y poco a poco se fué arrogando una autoridad que tan sólo a Cristo correspondía.

El gran Creador congregó a la hueste celestial para conferir en presencia de todos los ángeles, honor especial a su Hijo. Estaba sentado el Hijo en el trono con el Padre, y a su alrededor se agrupaba la celeste multitud de santos ángeles. Entonces declaró el Padre que había ordenado que Cristo, su Hijo, fuese igual a él, de modo que doquiera estuviese la presencia del Hijo, fuese lo mismo que su propia presencia. La palabra del Hijo había de ser obedecida tan prontamente como la del Padre. Investía a su Hijo de autoridad para mandar a la hueste celestial. Especialmente iba su Hijo a obrar conjuntamente con él en la proyectada creación de la tierra y de todos los seres vivientes que habían de poblarla. Su Hijo ejecutaría su voluntad y sus designios, pero no haría nada por sí mismo. La voluntad del Padre se cumpliría en el Hijo.

Lucifer sentía envidia y celos de Jesucristo. Sin embargo, cuando todos los ángeles se inclinaban ante Jesús reconociendo su supremacía, autoridad superior y gobierno justiciero, también se inclinaba Lucifer con ellos; pero su corazón estaba lleno de envidia y odio. Dios había llamado a Cristo para que tomara parte en sus consejos respecto a sus planes, mientras que Lucifer nada sabía de ellos. No comprendía ni le era permitido enterarse de los propósitos de Dios. Pero a Cristo se le reconocía por soberano del cielo, con poder y autoridad iguales a las del mismo Dios. Lucifer se figuraba gozar de predilección entre todos los ángeles. Había sido sumamente exaltado; pero esto no despertó en él sentimientos de gratitud y alabanza a su Creador. Tenía una misión especial que cumplir. Había estado cerca del Creador, y sobre él habían

resplandecido de un modo especial los incesantes rayos de la gloriosa luz que rodeaba al Dios eterno. Recordaba que los ángeles habían obedecido sus mandatos con gozo. ¿No eran sus vestiduras hermosas y refulgentes? ¿Por qué debía honrarse a Cristo más que a él?

Se apartó inmediatamente de la presencia del Padre, descontento y henchido de envidia contra Jesucristo. Disimulando sus verdaderos intentos, congregó a la hueste angélica y le presentó su tema, constituido por él mismo. Como si hubiese sufrido agravio, se quejó de que Dios le había postergado al dar la preferencia a Jesús. Añadió que desde allí en adelante ya no tendrían los ángeles la dulce libertad de que habían disfrutado, porque ¿no los acababan de someter a la autoridad de un jefe a quien desde entonces estarían obligados a tributar servil honor? Les dijo que los había convocado para manifestarles que él no se sometería por más tiempo a aquella invasión de sus derechos y de los de ellos; que nunca más rendiría adoración a Cristo; que se arrogaría el honor que debiera habersele conferido, y que sería el caudillo de cuantos quisieran seguirle y obedecer su voz.

Hubo contienda entre los ángeles. Lucifer y los que con él simpatizaban, se esforzaban por reformar el gobierno de Dios. Estaban descontentos y disgustados porque no podían penetrar la inescrutable sabiduría de Dios ni descubrir sus propósitos al exaltar a su Hijo y conferirle tan ilimitado poder y autoridad. Se rebelaron contra la autoridad del Hijo.

Los ángeles que permanecieron leales, procuraron reconciliar a aquel poderoso y rebelde ángel con la voluntad de su Creador. Justificaron el acto de Dios al otorgar honor a Cristo, y con robustos argumentos trataron de convencer a Lucifer de que tanta honra gozaba ahora como antes de que el Padre hubiese proclamado el honor conferido a su Hijo. Expusieron claramente que Cristo era el Hijo de Dios, coexistente con él antes de la creación de los ángeles, y que siempre había estado sentado a la diestra de Dios sin que nadie hubiera puesto en duda hasta entonces su apacible y amorosa autoridad, ni que hubiese mandado cosa alguna que no ejecutara gozosamente la hueste angélica. Alegaron, además, que el haber recibido Cristo especial honor de su Padre en presencia de los ángeles, no menoscabaría el honor que Lucifer había recibido hasta entonces. Los ángeles lloraron. Anhelosamente procuraron disuadir a Lucifer de su malvado propósito e inducirle a que rindiese sumisión a su Creador, pues todo había sido hasta entonces paz y armonía y ¿qué consecuencias iba a traer aquella discordante

y rebelde voz?

Lucifer no quiso escucharlos y se apartó de ellos culpándolos de servilismo. Los ángeles fieles se asombraron al observar que Lucifer lograba éxito en sus esfuerzos para excitar a la rebelión. Les prometía Lucifer a los ángeles un gobierno mejor del que tenían, en el cual todo sería libertad. Muchos le manifestaron su propósito de aceptarle por caudillo y guía. Cuando Lucifer vió que prosperaban sus ofrecimientos, se lisonjeó de poder seducir a todos los ángeles e igualarse al mismo Dios, de suerte que toda la hueste celestial obedeciera sus mandatos y acatase su autoridad. De nuevo le amonestaron los ángeles leales representándole las consecuencias que le acarrearía el persistir en su propósito, pues quien había creado los ángeles era poderoso para quitarle toda autoridad y castigar de señalada manera su audacia y terrible rebeldía. ¡Pensar que un ángel pudiese resistirse contra la ley de Dios, tan sagrada como Dios mismo! Exhortaron a los ángeles rebeldes a que no escucharan los falaces razonamientos de Lucifer, y le aconsejaron a él y a cuantos estaban por él influídos, que fuesen a confesar a Dios su culpa por haber siquiera pensado en discutir su autoridad.

Muchos de los que simpatizaban con Lucifer se mostraron dispuestos a escuchar el consejo de los ángeles leales y arrepentirse de su descontento, para recobrar la confianza del Padre y de su amado Hijo. Pero el poderoso rebelde declaró entonces que estaba muy bien enterado de la ley de Dios, y que si se sometía a servil obediencia, se le despojaría de todo honor, sin que se le volviese a confiar su excelsa misión. Añadió que tanto él como sus adeptos habían ido ya demasiado lejos, por lo que le era preciso arrostrar las consecuencias, pues nunca se inclinaría en servil adoración ante el Hijo de Dios, que Dios no le perdonaría, y estaban todos en el trance de afirmar su libertad y conseguir por la fuerza la posición y autoridad que no se les quería conceder de buen grado. Por su obstinada rebelión, Lucifer, el portador de luz, se convirtió en Satanás, el adversario.

Los ángeles leales se apresuraron a informar al Hijo de Dios de lo que ocurría entre los ángeles. Encontraron al Padre en conferencia con su amado Hijo para determinar los medios más a propósito para aniquilar para siempre, en beneficio de los ángeles leales, la arrogada autoridad de Satanás. El omnipotente Dios hubiera podido arrojar en seguida del cielo a este jefe de los engañadores; pero no era tal su propósito. Quería conceder al rebelde igualdad de probabilidades para medir su fuerza y poder con su Hijo y sus ángeles leales. En esta batalla, cada ángel se colocaría abiertamente en el

bando que prefiriese. No hubiera sido conveniente consentir que ninguno de los secuaces de Satanás continuase habitando en el cielo. Habían aprendido la lección de la verdadera rebelión a la inmutable ley de Dios; y esto es incurable. Si Dios hubiese ejercido su poder castigando al caudillo rebelde, no hubieran manifestado ostensiblemente sus sentimientos los ángeles descontentos; y por ello siguió Dios otra conducta, porque quería demostrar a toda la hueste celestial su justicia y su juicio.

Era el más horrendo crimen rebelarse contra el gobierno de Dios. Todo el cielo parecía conmoverse. Los ángeles se organizaron en compañías mandadas cada una de ellas por un jefe. Satanás guerreaba contra la ley de Dios por la ambición de exaltarse y no querer someterse a la autoridad del Hijo de Dios, el supremo caudillo del cielo.

Se convocó a toda la hueste celestial para que compareciese ante el Padre y cada caso fuese determinado. Satanás declaró descaradamente su desagrado por la preferencia dada a Cristo sobre él, añadiendo orgullosamente que debía ser él igual a Dios y admitírsele en los consejos del Padre para tener conocimiento de sus propósitos. Dios respondió a Satanás que únicamente a su Hijo revelaría sus secretos designios, e invitó a toda la hueste celestial, incluso el mismo Satanás, a que le prestara absoluta e incondicional obediencia; pero dijo que él (Satanás) se había hecho indigno de estar en el cielo. Entonces, Satanás señaló soberbiamente a los que simpatizaban con él, que eran cerca de la mitad de la hueste, y exclamó: Estos están conmigo. ¿También los expulsaréis dejando medio vacío el cielo? Después declaró que estaba preparado para resistir a la autoridad de Cristo y defender su lugar en el cielo con el esfuerzo de su poder, oponiendo la fuerza a la fuerza.

Lloraron los ángeles fieles al oír las palabras de Satanás y sus soberbias jactancias. Dios manifestó que los rebeldes no debían permanecer por más tiempo en el cielo. Los había mantenido en su dichosa y elevada posición, con tal que obedeciesen la ley dada por Dios para gobierno del superior orden de seres. Pero nada había sido provisto para salvar a los que persistiesen en la transgresión de la ley. Satanás se había envalentonado en su rebelión, y manifestaba su menosprecio de la ley del Creador. No podía soportarla. Aseguraba que los ángeles no necesitaban ley, sino que se les debía dejar libres para obrar según su voluntad que siempre los guiaría hacia lo recto; que la ley era una cortapisa de su libertad, y que la abolición de la ley era uno de los puntos del programa por cuya realización había asumido aquella actitud. Creía que la condición de los ángeles necesitaba mejoramiento. Tal no era el pensamiento de Dios, que había

establecido leyes y exaltádas hasta igualarlas a sí mismo. La felicidad de la hueste angélica consistía en su perfecta obediencia a la ley. Cada ángel tenía asignada su obra especial; y hasta la rebelión de Satán había reinado perfecto orden y armónica acción en el cielo.

Entonces hubo guerra en el cielo. El Hijo de Dios, el Príncipe del cielo, y sus leales ángeles, se empeñaron en batalla contra el jefe de los rebeldes y sus secuaces. Triunfaron el Hijo de Dios y los ángeles leales, y Satanás y los suyos fueron arrojados del cielo. Toda la hueste celestial reconoció y adoró al Dios de justicia. No quedó en el cielo ni el más leve vestigio de rebeldía. Todo siguió tan pacífico y armonioso como antes. Los ángeles del cielo deploraron la suerte de los que habían sido sus compañeros en felicidad y bienaventuranza. El cielo sintió su pérdida.

El Padre consultó con su Hijo respecto a la ejecución inmediata de su propósito de crear al hombre para que habitase la tierra. Probaría al hombre, de modo que demostrara su lealtad, antes de concederle eterna seguridad. Si soportaba la prueba que Dios creyese más a propósito, llegaría a ser igual a los ángeles. Gozaría del favor de Dios, conversaría con los ángeles y ellos con él. No creyó Dios oportuno colocar al hombre en la imposibilidad de desobedecer.

Capítulo 3

La creación

El padre y el Hijo emprendieron la grandiosa y admirable obra que habían proyectado, a saber, la de crear el mundo. La tierra surgió de las manos del Creador sobremanera hermosa. Había montañas, colinas y llanuras, e interpolados entre ellas ríos y extensiones de agua. La tierra no era una dilatada llanura, sino que la monotonía del paisaje estaba quebrada por colinas y montañas, no altas y abruptas como ahora, sino de regular y hermosa configuración. Las rocas altas y desnudas no se veían nunca en ellas, sino que estaban bajo la superficie como osamenta de la tierra. Las aguas estaban distribuidas con mucha regularidad. Las colinas, montañas y bellísimas llanuras estaban adornadas con plantas y flores, y altos y majestuosos árboles de toda clase, mucho mayores y más hermosos que los de ahora. El aire era puro y saludable, y la tierra parecía un magnífico palacio. Los ángeles se regocijaban al contemplar las admirables y hermosas obras de Dios.

Después de creada la tierra con todos sus animales, el Padre y el Hijo llevaron adelante su propósito, ya concebido antes de la caída de Satanás, de crear al hombre a su propia imagen. Habían actuado mancomunadamente en la creación de la tierra y de todos los seres vivientes en ella. Ahora le dijo Dios a su Hijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen."¹ Cuando Adán salió de las manos de su Creador era de noble estatura y hermosa simetría, bien proporcionado y algo más de dos veces más alto que los hombres que hoy pueblan la tierra. Sus facciones eran perfectas y hermosas. La tez no era blanca ni cetrina, sino rosada, resplandeciente de salud. Eva no era tan alta como Adán, sino que le llegaba un poco más arriba de los hombros. También era de noble aspecto, perfecta en simetría y muy hermosa.

Esta inocente pareja no llevaba artificiosas vestiduras. Estaban revestidos de un velo de luz y esplendor como el de los ángeles. Mientras permanecieron obedientes a Dios, los envolvió este círculo de luz. Aunque todo cuanto Dios había creado era perfectamente hermoso, y nada faltaba en la tierra creada por Dios para la felicidad de Adán y Eva, les mostró su grande amor plantando un huerto especialmente para ellos. Habían de emplear parte del tiempo en la placentera labor de cultivar el huerto, y otra porción en recibir la visita de los ángeles, escuchar sus instrucciones y dedicarse a

felices meditaciones. Sus ocupaciones no eran fatigosas, sino agradables y vigorizadoras. Este hermoso huerto había de ser su peculiar residencia.

En este huerto plantó el Señor árboles de toda clase para utilidad y ornato. Había árboles cargados de exuberantes frutos, de suave fragancia, hermosos a la vista y sabrosos al paladar, destinados por Dios para alimento de la santa pareja. Había hermosas vides, que crecían erguidas, cargadas de fruto, cual nadie ha vuelto a ver desde la caída. Los frutos eran muy grandes y de diversos colores: unos casi negros, otros púrpura, rojo, rosa y verde claro. El hermoso y exuberante fruto colgante de los sarmientos de la vid fué llamado uva. No estaban los sarmientos apoyados en espaldares, y sin embargo, no arrastraban por el suelo, sino que se arqueaban bajo el peso del fruto. Era la grata tarea de Adán y Eva formar hermosas glorietas con los sarmientos de la vid y hacerse moradas con los bellos y vivientes árboles y follaje de la naturaleza, cargados de fragantes frutos.

La tierra estaba cubierta de hermoso verdor sembrado de miriadas de aromosas flores de toda especie y matiz en abundante profusión. Todo estaba dispuesto con gusto y magnificencia. En el centro del huerto se alzaba el árbol de vida cuya gloria excedía a la de todos los demás árboles. Sus frutos semejaban manzanas de oro y plata y estaban destinados a perpetuar la inmortalidad. Las hojas tenían propiedades medicinales.

Muy dichosa vivía la santa pareja en el Edén. Dominaba en absoluto a todos los seres vivientes. El león y el cordero jugueteaban pacífica e inofensivamente a su alrededor o se tendían a dormir a sus pies. Aves de todo color y plumaje revoloteaban entre árboles y flores, en torno de Adán y Eva, mientras que sus melodiosos cantos resonaban entre los árboles en dulce acorde con las alabanzas a su Creador.

Adán y Eva estaban encantados de las bellezas de su edénica mansión. Se deleitaban escuchando el melodioso gorjeo de los pequeños cantores que los rodeaban, revestidos de brillante y primoroso plumaje. La inocente pareja unía con ellos sus voces en armoniosos cantos de amor, alabanza y adoración al Padre y a su amado Hijo, por las muestras de amor que la rodeaban. Reconocía el orden y la armonía de la creación que denotaban infinito conocimiento y sabiduría. Continuamente descubría en su edénica morada alguna nueva belleza, alguna otra magnificencia que henchía sus corazones de más profundo amor y arrancaba de sus labios expresiones de gratitud y reverencia a su Creador.

Capítulo 4

Consecuencias de la rebelión

En el centro del huerto, cerca del árbol de vida, se alzaba el árbol del conocimiento del bien y del mal, destinado especialmente por Dios a ser prenda de la obediencia, fe y amor de Adán y Eva hacia él. Dios les dijo a nuestros primeros padres, refiriéndose a este árbol: "No comeréis de él." Les dijo que podían comer libremente de todos los árboles del huerto, menos de uno, porque si de él comieran, seguramente morirían.

Cuando Adán y Eva fueron colocados en el hermoso huerto, tenían todo cuanto pudiesen apetecer para su felicidad. Pero Dios, en sus omniscientes designios, quiso probar su lealtad antes de concederles eterna seguridad. Habían de disfrutar de su favor, y él conversaría con ellos, y ellos con él. Sin embargo, no puso el mal fuera de su alcance. Dios le dió a Satanás permiso para tentarlos. Si triunfaban de la prueba, quedarían en perpetuo favor con Dios y los ángeles celestes.

Satanás contemplaba con asombro su nueva situación. Se había desvanecido su felicidad. Miraba a los ángeles que un tiempo fueron felices con él y que con él habían sido expulsados del cielo. Antes de su caída, ni una sombra de descontento había alterado su perfecta felicidad. Ahora todo estaba cambiado. Los semblantes que habían reflejado la imagen de su Hacedor, reflejaban ahora melancolía y desesperación. Entre ellos había lucha, discordia y acerbos recriminaciones. Antes de su rebelión, no se había conocido nada de esto en el cielo. Ahora contemplaba Satanás las terribles consecuencias de su rebelión. Se estremecía y temía arrostrar el porvenir, y prever el fin de aquellas cosas.

Temblaba al pasar revista a su obra. Meditaba a solas en el pasado, el presente y sus futuros planes. Su formidable cuerpo era sacudido como por una tempestad. Pasó por allí un ángel del cielo. Satanás lo llamó y le dijo que deseaba tener una conferencia con Cristo. Le fué concedida, y él manifestó al Hijo de Dios cuán arrepentido estaba de su rebelión y que deseaba recobrar el favor de Dios, volver a ocupar el sitio que Dios le había designado previamente y some terse a su sabia autoridad. Cristo lloró sobre la desgracia de Satanás, pero respondióle que, por designio de Dios, jamás podría volver a

entrar en el cielo. El cielo no debía ser puesto en nuevo riesgo, y quedaría manchado si le volviese a recibir; porque había sido él origen del pecado y de la rebelión cuyas semillas seguía conservando. No había tenido razones para seguir tal conducta y no sólo se había él perdido irremisiblemente sino también a la hueste de ángeles que hubieran continuado siendo felices en el cielo si él permaneciera firme en la obediencia. La ley de Dios podía condenarle, pero no perdonarle.

No se arrepentía Satanás de su desobediencia porque reconociese la bondad de Dios, de la cual había abusado. No era posible que su amor a Dios hubiese aumentado desde su caída hasta el punto de moverle a una cariñosa sumisión y leal obediencia a la ley que había menospreciado. La causa de su pesar era el estado miserable en que se hallaba, el sentimiento de culpa que le dominaba y el desengaño de no ver realizadas sus esperanzas. El ser caudillo fuera del cielo resultaba muy diferente de ser honrado como tal allí mismo. Le era muy penoso sobrellevar la pérdida de todos los privilegios celestes. Quería llegar a gozarlos nuevamente.

El radical cambio de situación no había acrecentado su amor a Dios ni a su sabia y justa ley. Cuando Satanás se convenció plenamente de la imposibilidad de recobrar el favor de Dios, manifestó su malicia con creciente odio y furiosa vehemencia.

Sabía Dios que tan resuelta rebelión no iba a permanecer inactiva. Satanás inventaría medios de molestar a los ángeles celestes y manifestar desprecio hacia su autoridad. Como no le era posible volver a entrar por las puertas del cielo, se colocaría en el umbral para tentar a los ángeles y buscarles querella cuando entrasen y saliesen. Procuraría destruir la felicidad de Adán y Eva. Se esforzaría por excitarlos a la rebelión, sabiendo que esto causaría pena en el cielo.

Los secuaces de Satanás fueron a su encuentro, y él les declaró con aire arrogante sus planes para apartar de Dios al noble Adán y a su compañera Eva. Si de un modo u otro lograba inducirlos a la desobediencia, seguramente tomaría Dios alguna providencia para perdonarlos; y entonces, tanto él como los ángeles caídos tendrían justa oportunidad de compartir con ellos la misericordia de Dios. Si este plan fracasaba, se aliarían con Adán y Eva, porque una vez que hubiesen transgredido la ley de Dios, quedarían como ellos sujetos a la ira divina. Su transgresión los colocaría también en estado de rebelión, y así les sería posible coligarse con Adán y Eva, apoderarse del Edén y establecer allí su morada. Y si podían llegar al árbol de vida sito en el centro del

huerto, sin duda que su fortaleza se equipararía a la de los santos ángeles, de modo que ni el mismo Dios pudiera expulsarlos de allí.

Satanás tuvo consejo con sus ángeles malos. No todos se prestaron unánimemente a empeñarse en aquella arriesgada y terrible obra. El les dijo que no quería confiar su realización a ninguno de ellos, pues creía ser el único que tuviese suficiente sabiduría para llevar a cabo tan importante empresa. Quería dejarles que considerasen el asunto mientras él se retiraba a madurar sus planes. Procuró convencerlos de que aquella era su única y última esperanza. Si fracasaban en el intento, se desvanecería toda perspectiva de recobrar el gobierno del cielo o de cualquiera parte de la creación de Dios.

Satanás se retiró para madurar a solas los planes que seguramente determinarían la caída de Adán y Eva. Temía que se le desbaratasen los proyectos, porque si el inducir a Adán y Eva a la desobediencia del mandamiento de Dios y transgresión de su ley no había de reportarle provecho alguno, aun empeoraría su situación y sería más grave su culpa.

Le repugnaba la idea de sumir a la inocente y dichosa pareja en la miseria y el remordimiento que le atenaceaban. Estaba indeciso. Unas veces firme y resuelto; otras dudoso y vacilante. Sus ángeles fueron a encontrarle para darle cuenta de la decisión que habían tomado. Se adherirían a los planes de Satanás, compartiendo con él la responsabilidad y ateniéndose a las consecuencias.

Satanás desechó sus sentimientos de flaqueza y desesperación, y como caudillo de ellos revistiéndose de valor para afrontar la cuestión y hacer todo cuanto pudiese con el fin de desafiar la autoridad de Dios y de su Hijo. Les dio cuenta de todos sus planes. Si se acercara audazmente a Adán y Eva y se quejara del Hijo de Dios, no le escucharían ni por un momento, sino que se pondrían en guardia contra semejante ataque. Si procurara intimidarlos con su poderío, por haber sido hasta recientemente un ángel de tan elevada categoría, tampoco podría conseguir nada. Así resolvió emplear la astucia y el engaño para lograr lo que no le fuera posible por la fuerza.

Dios congregó la hueste angélica para tomar medidas con el fin de evitar el mal que amenazaba. Se decidió en los consejos del cielo enviar al Edén ángeles que advirtiesen a Adán del peligro en que estaba por parte del enemigo. Dos ángeles fueron a visitar a nuestros primeros padres. La santa pareja los recibió con gozosa inocencia,

manifestándoles cuán agradecidos estaban a su Creador por haberlos rodeado de tanta abundancia. Podían disfrutar de todo lo apetecible y hermoso y todo estaba sabiamente adecuado a sus necesidades; pero lo que estimaban en más que cualquier otro beneficio era la compañía del Hijo de Dios y de los santos ángeles, porque a cada visita tenían mucho que referirles respecto a lo que descubrían y echaban de ver en las bellezas de la naturaleza en su hermosa morada del Edén, así como tenían que hacer muchas preguntas respecto a varias cosas que no podían comprender plenamente.

Los ángeles les dieron con gran placer y amor las explicaciones deseadas, y también les relataron la triste historia de la rebelión y caída de Satanás. Después les informaron explícitamente de que el árbol del conocimiento estaba plantado en medio del Edén para servir de prenda de su obediencia y amor a Dios; que los ángeles mantenían su alto y dichoso estado bajo condición de obediencia; que ellos estaban en análoga situación; que podían obedecer la ley de Dios y ser indeciblemente felices, o desobedecerla y perder su elevada posición, quedando sumidos en irremediable desesperación.

Les dijeron a Adán y Eva que Dios no quería forzarlos a obedecer; que no los había privado de la potestad de contrariar sus designios, porque eran agentes morales, libres para obedecer o desobedecer. Sólo había puesto Dios una prohibición que le pareció conveniente, y si quebrantaban la voluntad de Dios, seguramente morirían. También les dijeron que el más excelso ángel, inmediatamente inferior a Cristo en categoría, no quiso obedecer la ley establecida por Dios para el gobierno de los seres celestiales; que su rebelión había provocado en el cielo una guerra cuyas consecuencias fueron la expulsión del rebelde con todos los ángeles unidos a él para discutir la autoridad del gran Jehová, y que aquel ángel caído era a la sazón un enemigo de todo cuanto se relacionase con el interés de Dios y de su amado Hijo.

Les dijeron que Satanás se proponía perjudicarlos, y que les era necesario precaverse, porque podían ponerse en contacto con el caído enemigo, aunque no podría dañarles mientras prestasen obediencia al mandamiento de Dios, pues, si necesario fuera, todos los ángeles del cielo acudirían en auxilio de ellos para que el enemigo no los dañase en modo alguno. Pero que si desobedecían el mandamiento de Dios, entonces tendría Satanás poder para molestarlos, perturbarlos y ponerlos en perplejidad. Si permanecían firmes contra las primeras insinuaciones de Satanás, estarían tan seguros como los ángeles del cielo. Pero si cedían al tentador, no les perdonaría quien no

perdonó a los excelsos ángeles, sino que habrían de sufrir la pena de su transgresión, porque la ley de Dios era tan sagrada como Dios mismo, y requería absoluta obediencia de todos en cielo y tierra.

Los ángeles previnieron a Eva de que no se apartase de su esposo durante las labores, porque podía ponerse en contacto con aquel caído enemigo. Si se separaban uno de otro, correrían mayor peligro que si permanecían juntos. Les encargaron los ángeles que siguieran estrictamente las instrucciones dadas por Dios respecto al árbol del conocimiento; porque en la perfecta obediencia estarían a salvo, y el caído enemigo no podría engañarlos. Dios no permitiría que Satanás acosara a la santa pareja con continuas tentaciones. Sólo podría tener acceso a ellos en el árbol del conocimiento del bien y del mal.

Adán y Eva prometieron a los ángeles que nunca transgredirían el expreso mandato de Dios, porque su mayor placer era hacer su voluntad. Los ángeles unieron sus voces a las de Adán y Eva en santas estrofas de armoniosa música, y al resonar sus cánticos fuera del bienhadado Edén, Satanás oyó el son de las estrofas de gozosa adoración al Padre y al Hijo. Y al oírlas, creció su envidia, odio y malignidad, manifestando a sus secuaces cuán ansioso estaba de incitar a Adán y Eva a la desobediencia para que sobre ellos se descargara la ira de Dios y se convirtieran sus cánticos de alabanza en odiosas maldiciones contra su Hacedor.

Capítulo 5

Tentación y caída

Satanás asume forma de serpiente y entra en el Edén

La serpiente era un hermoso animal con alas, y al volar por los aires tenía brillante aspecto, como de oro bruñido. No andaba por el suelo, sino que iba de un lado a otro por los aires y comía frutas lo mismo que el hombre. Satanás se infundió en la serpiente, y posándose en el árbol del conocimiento comenzó tranquilamente a comer del fruto.

Sin darse cuenta se había apartado Eva de su esposo al practicar sus tareas, y al notar que la serpiente estaba comiendo de la fruta prohibida, receló la posibilidad de un peligro; pero se creyó segura aunque no había permanecido cerca de su esposo. Creyó tener sabiduría para conocer el mal si se acercara y fuerza para arrostrarlo. El ángel la había amonestado que no lo hiciera. No tardó Eva en contemplar con curiosidad mezclada de admiración el fruto del árbol prohibido. Vió que era muy apacible, y se preguntaba porqué les habría prohibido Dios comerlo. Aquella era la ocasión favorable para Satanás, quien se dirigió a Eva, y como si le adivinara el pensamiento, exclamó: "¿Con que Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?"¹ Así habló Satanás con halagadoras palabras y armoniosa voz a la asombrada Eva, quien se había sorprendido al oír hablar a una serpiente. Alabó la hermosura y el donaire de Eva, en cuyos oídos sonaron agradablemente aquellas lisonjas. Pero estaba admirada, porque sabía que Dios no había otorgado a la serpiente el don de la palabra.

Se avivó con ello la curiosidad de Eva. En vez de huir de aquel paraje, se detuvo a escuchar cómo hablaba una serpiente, sin ocurrírsele que bien podía ser aquel enemigo caído quien se valía de la serpiente como de un medio de comunicación. Quien hablaba era Satanás, no la serpiente. Eva quedó seducida, lisonjeada e infatuada. Si se le hubiera aparecido un imponente personaje en figura semejante a la de los ángeles y parecido a ella, seguramente se hubiera puesto en guardia.

Pero aquella extraña voz debiera haberla movido a irse en seguida al lado de Adán para preguntarle quién podía ser el ser que tan desenvueltamente le hablaba. Sin

embargo, entró en conversación con la serpiente, respondiendo así a su insinuación: "Del fruto de los árboles del huerto comemos; mas del fruto del árbol que está en medio del huerto, dijo Dios: No comeréis de él ni le tocaréis, porque no muráis." La serpiente respondió: "No moriréis; mas sabe Dios que el día que comiereis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal."2

Satanás quería inculcar la idea de que si Adán y Eva comían del árbol prohibido, recibirían un conocimiento más noble y superior al adquirido hasta entonces. Tal ha sido la obra realizada por Satanás con gran éxito desde su caída: inducir a los hombres a escrutar los secretos del Altísimo, sin satisfacerse con lo que Dios ha revelado ni obedecer fielmente lo que ha prescripto. El plan de Satanás es inducir a los hombres a desobedecer los mandamientos de Dios y hacerles creer después que entran en un maravilloso campo de conocimiento. Pero ello es pura suposición y miserable engaño. Al no comprender lo que Dios ha revelado, los hombres menosprecian sus explícitos mandamientos, aspiran a una sabiduría independiente de Dios y se esfuerzan por descifrar lo que le plugo a Dios substraer del conocimiento de los mortales. Se ensoberbecen con sus ideas de progreso y se cargan de su vana filosofía; pero en cuanto al verdadero conocimiento van a tientas en las tinieblas de media noche. Siempre están estudiando, sin poder llegar nunca a conocer la verdad.

No era la voluntad de Dios que la inocente pareja conociese el mal. Les había dado generosamente el bien, y retraído el mal. Eva creyó que tenía razón la serpiente, y escuchó la rotunda afirmación que achacaba a Dios una mentira, diciendo: "No moriréis; mas sabe Dios que el día que comiereis de él serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal." Satanás insinuó descaradamente que Dios los había engañado para que no fueran iguales a él en conocimiento. Dios había dicho: Si comiereis, moriréis. La serpiente decía: Si comiereis, no moriréis.

El tentador aseguró a Eva que tan pronto como probara la fruta, recibiría un nuevo y superior conocimiento que la igualaría con Dios. Además le llamó la atención hacia lo que él mismo hacía. Comía libremente del árbol, cuyo fruto no sólo no era nocivo sino por el contrario delicioso y placentero. Le dijo que Dios les había prohibido comerlo y aun tocarlo a causa de sus maravillosas propiedades para infundir sabiduría y poder. Añadió que si él había alcanzado el don de la palabra era por haber comido del fruto del árbol prohibido, e insinuó que Dios no llevaría adelante su amenaza, pues sólo la había hecho con objeto de intimidarlos para privarlos de tan alto bien. Asimismo les

dijo que no podrían morir, pues ¿no habían comido acaso del árbol que perpetuaba la inmortalidad? Terminó diciendo que Dios los estaba engañando para que no alcanzasen una mayor felicidad y más excelsa dicha. El tentador arrancó la fruta del árbol y se la ofreció a Eva, quien la tomó. ¿Ves?--dijo el tentador,--se os prohibió hasta tocar la fruta porque no murierais.--Y añadió que no tendría mayor sentimiento de mal y muerte por comer del fruto que por tocarlo. Eva se sintió muy alentada porque no experimentaba las inmediatas manifestaciones del desagrado de Dios, y creyó que el tentador hablaba prudente y verídica-mente. Comió del fruto y le supo a deleite, pues tenía un sabor exquisito, y le pareció sentir en todo su ser los maravillosos efectos del fruto.

Después, con su propia mano arrancó el fruto del árbol y volvió a comer, figurándose que sentía el vivificador poder de una nueva y elevada existencia como resultado de la influencia excitante del fruto prohibido. Dominada por un extraño e insólito frenesí, fuése en busca de su esposo con las manos llenas del fruto prohibido. Le refirió el razonado discurso de la serpiente, y quiso llevarle en seguida al árbol del conocimiento, diciéndole que ella había comido del fruto, y en vez de sentir indicios de muerte había experimentado una placentera y deleitosa influencia. Tan pronto como Eva hubo desobedecido, se convirtió en un poderoso medio para ocasionar la caída de su esposo.

Vi que el semblante de Adán se cubría de tristeza. Quedó espantado y atónito. Parecía que batallaban encontrados afectos en su ánimo. Le dijo a Eva que tenía la seguridad de que todo aquello era obra del enemigo contra el cual se los había amonestado, y que siendo así, ella moriría. Respondió Eva que no sentía la menor molestia, sino más bien una placentera sensación, por lo que le invitó a que también comiese.

Comprendía muy bien Adán que su compañera había quebrantado la única prohibición que les fuera impuesta en prueba de su amor y fidelidad. Arguyó Eva que la serpiente había dicho que no morirían, y así debía ser la verdad, por cuanto no notaba ninguna señal del desagrado de Dios, sino una placentera influencia como la que a su parecer sentían los ángeles. Adán se lamentó de que Eva se hubiese separado de su lado; pero ya estaba hecho el mal y no tenía más remedio que perder la compañera a quien tanto había amado. ¿Cómo podría soportar esta pérdida? Amaba vehementemente a Eva, y en extremo desalentado resolvió compartir su suerte. Razonó que Eva era parte de sí mismo, y que si ella había de morir, él moriría con ella, porque no le era posible

soportar el pensamiento de la separación. No tuvo la necesaria fe en su misericordioso y benévolo Creador. No pensó que si Dios le había formado del polvo de la tierra dándole un hermoso cuerpo viviente, y había creado a Eva para que fuese su compañera, podría subsanar la falta de ella. Con todo, ¿no podrían ser verídicas las palabras de aquella sabia serpiente? Eva estaba delante de él, tan hermosa y en apariencia tan inocente como antes de aquel acto de desobediencia. El fruto que había comido parecía haber intensificado su amor hacia él, pues le demostraba más cariño que antes de la desobediencia y no veía en ella señal ninguna de muerte. Le había hablado de la dichosa influencia del fruto, de su ardiente amor por él, así que resolvió arrostrar las consecuencias. Tomó el fruto, lo comió ávidamente, y como Eva, no experimentó inmediatamente sus perniciosos efectos.

Eva se había creído capaz de discernir entre lo justo y lo injusto. La lisonjera esperanza de alcanzar un superior estado de conocimiento la había inducido a ver en la serpiente una amiga especial muy interesada en su bienestar. Si hubiese ido en busca de su esposo y hubiesen referido ambos a su Hacedor las palabras de la serpiente, se hubieran librado al punto de su astuta tentación. El Señor no quería que investigaran acerca del fruto del árbol del conocimiento, porque con ello se expondrían a Satanás enmascarado. Sabía que estarían perfectamente seguros si no tocaban ese fruto.

Dios instruyó a nuestros primeros padres respecto al árbol del conocimiento, y fueron completamente enterados de la caída de Satanás y del peligro de escuchar sus insinuaciones. No les quitó la posibilidad de comer del fruto prohibido. Los hizo agentes morales libres para creer en su palabra y obedecer sus mandamientos, o creer al tentador, desobedecer y morir. Adán y Eva comieron del fruto prohibido, y la gran sabiduría que con ello adquirieron fué el conocimiento del pecado y la conciencia de su culpabilidad. Pronto se desvaneció el velo de luz que los envolvía, y al perderlo y sentirse culpables, invadióles un estremecimiento y quisieron cubrir sus desnudos cuerpos.

Nuestros primeros padres prefirieron dar crédito a las palabras de la que suponían serpiente, la cual no había dado muestras de amor hacia ellos ni hecho nada en su beneficio ni por su felicidad, mientras que Dios les había dado cuanto necesitaban para su sustento y recreo. Todo aquello en que se posaba su vista era abundancia y belleza. Sin embargo, Eva se dejó engañar por la serpiente, creyendo que se les privaba de algo que la haría tan sabia como Dios. En vez de creer y confiar en Dios, desconfió

bajamente de su bondad y acogió las palabras de Satanás.

Después de la transgresión, se figuró Adán de momento que se elevaba a una existencia nueva y superior; pero no tardó en aterrorizarle la idea de su transgresión. El aire, cuya temperatura había sido hasta entonces constantemente benigna, les daba escalofríos. La culpable pareja tenía conciencia del pecado. Temía el porvenir y experimentaba un sentimiento de necesidad, una desnudez del alma. Parecía haberse apartado de ellos el dulce amor, la paz, la dichosa y constante felicidad, y en su lugar, sentían una falta de algo que hasta entonces no habían experimentado. Por primera vez fijaron su atención en lo externo. No habían estado vestidos, sino envueltos en luz como los ángeles celestes. Esa luz que los aureolaba se había desvanecido. Para mitigar el sentimiento de deficiencia y desnudez que experimentaban, trataron de buscar con qué cubrir sus cuerpos, porque, ¿cómo podrían arrostrar desnudos la vista de Dios y de los ángeles?

Su crimen se les aparecía ahora en su verdadera magnitud. La transgresión del expreso mandato de Dios tomaba más claro carácter. Adán vituperaba la locura de Eva por apartarse de su lado y dejarse engañar por la serpiente. Se lisonjeaban ambos de que Dios, que les había dado todo lo necesario para su felicidad, excusaría su desobediencia en mérito del grande amor que les tenía, y que después de todo no sería tan terrible su castigo.

Satanás se regocijaba en su triunfo. Había inducido a la mujer a desagradar a Dios, poner en duda su sabiduría y tratar de inquirir sus omniscientes planes. Y por medio de la mujer había logrado también la caída de Adán, que movido de su amor a Eva había desobedecido el mandato de Dios, perdiéndose con ella.

La noticia de la caída del hombre se difundió por el cielo y enmudecieron las arpas. Los ángeles se despojaron tristemente de sus coronas. Todo el cielo estaba conmovido. Los ángeles deploraban la ruin ingratitud del hombre en pago de los abundantes beneficios que Dios le había otorgado. Hubo consejo para decidir qué debía hacerse con la culpable pareja. Temían los ángeles que Adán y Eva alargaran la mano y comieran del árbol de vida, perpetuando así una existencia de pecado.

El Señor visitó a Adán y Eva para informarlos de los resultados de su desobediencia. Al advertir que se acercaba la majestad de Dios, trataron de ocultarse de

su vista, en la que se complacían cuando eran inocentes. "Y llamó Jehová Dios al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú? Y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y escondíme. Y díjole: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?"³

Esto preguntó el Señor, no porque no lo supiera, sino para condenación de la culpable pareja. ¿Cómo tuviste miedo y vergüenza? Adán reconoció su transgresión, no porque estuviera arrepentido de su desobediencia, sino para echarle la culpa a Dios, diciendo: "La mujer que me diste por compañera me dió del árbol, y yo comí." Entonces le dijo Dios a la mujer: "¿Qué es lo que has hecho?" Eva respondió: "La serpiente me engañó, y comí."

El Señor, entonces, le dijo a la serpiente: "Por cuanto esto hiciste, maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo; sobre tu pecho andarás y polvo comerás todos los días de tu vida." Así como la serpiente había sido exaltada sobre todas las bestias del campo, debía ser degradada bajo todas ellas, y detestada por el hombre, con motivo de haber sido el medio de que Satanás se había valido para obrar. "Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por amor de ti; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida; espinos y cardos te producirá, y comerás hierba del campo; en el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra."⁴

Dios maldijo la tierra a causa del pecado de Adán y Eva por haber comido del árbol del conocimiento, y declaró: "Con dolor comerás de ella todos los días de tu vida." Dios les había proporcionado el bien, privándolos del mal. Ahora declaraba que comerían con dolor, esto es, que estarían relacionados con el mal todos los días de su vida.

Desde entonces había de estar afligido el género humano por las tentaciones de Satanás. Quedaba Adán sujeto a una vida de perpetua fatiga y ansiedad, en vez de las dichosas y placenteras labores que hasta allí había disfrutado. Quedaban sometidos al desengaño, el dolor, la pena y finalmente a la muerte y desintegración. Estaban formados del polvo de la tierra y al polvo de la tierra debían volver.

Se les dijo que habían de perder su edénica morada. Habían cedido al engaño de Satanás, creyendo en sus palabras y dando por cierto que Dios pudiese mentir. Con su

transgresión habían abierto a Satanás el camino para llegar más fácilmente hasta ellos y por lo mismo no era prudente que permaneciesen en el huerto del Edén, pues en su estado de culpa podían acercarse al árbol de vida y perpetuar una existencia de pecado. Suplicaron que se les permitiese permanecer en el Edén, aunque reconocían haber perdido todo derecho a disfrutar de aquella felicidad. Prometieron que en lo sucesivo obedecerían implícitamente a Dios. Se les respondió que en su caída de la inocencia a la culpa, no habían adquirido fortaleza, sino mucha debilidad. No habían conservado su integridad mientras estaban en santa y dichosa inocencia, por lo que mucha menos fortaleza tendrían para permanecer fieles en estado de culpa consciente. Quedaron embargados por intensísima angustia y remordimiento. Ahora veían que la paga del pecado era la muerte.

Se enviaron ángeles para que inmediatamente guardaran el camino que conducía al árbol de vida. El estudiado plan de Satanás era que Adán y Eva desobedecieran a Dios, mereciesen su enojo, y luego comieran del árbol de vida para perpetuar así la existencia del pecado. Pero fueron los santos ángeles a interceptarles el camino del árbol de vida. Alrededor de estos ángeles relumbraban por todos lados rayos de luz que parecían flamígeras espadas.

Capítulo 6

El plan de salvación

Todo el cielo se entristeció al saber que el hombre estaba perdido y que el mundo creado por Dios iba a poblarse de mortales condenados a la miseria, la enfermedad y la muerte, sin remisión para el ofensor. Toda la raza de Adán debía morir. Yo vi al amable Jesús y contemplé una expresión de simpatía y tristeza en su semblante. Luego le vi acercarse a la deslumbradora luz que envolvía al Padre. El ángel que me acompañaba dijo: Está en íntimo coloquio con el Padre. La ansiedad de los ángeles era muy viva mientras Jesús estaba conversando con su Padre. Tres veces quedó envuelto por la esplendente luz que rodeaba al Padre, y la tercera vez salió de junto al Padre, de modo que ya fué posible ver su persona. Su aspecto era tranquilo, extenso de perplejidad y turbación, y resplandecía de amor y benevolencia inefables.

Entonces les dijo a los ángeles que se había hallado un medio para la salvación del perdido hombre; que había estado abogando junto a su Padre, y había ofrecido dar su vida en rescate y echar sobre sí la sentencia de muerte, a fin de que por su medio pudiese el hombre encontrar perdón; para que por los méritos de su sangre y su obediencia a la ley de Dios, obtuviese el favor del Padre y volviese al hermoso huerto para comer del fruto del árbol de vida.

En un principio los ángeles no pudieron alegrarse, porque su Caudillo no les había ocultado nada, sino que les había declarado explícitamente el plan de salvación. Jesús les dijo que se pondría entre la ira de su Padre y el culpable hombre, que soportaría iniquidades y escarnios, y que muy pocos le reconocerían por Hijo de Dios. Casi todos le odiarían y rechazarían. Dejaría toda su gloria en el cielo, para aparecer en la tierra como hombre, humillándose como hombre, y relacionándose por experiencia personal con las diversas tentaciones que habían de asaltar a los hombres, a fin de saber cómo auxiliar a los tentados; y que, por último, una vez cumplida su misión como maestro, sería entregado en manos de los hombres, para sufrir cuantas crueldades y tormentos pudiesen inspirar Satanás y sus ángeles a los hombres malvados; que moriría de la más cruel de las muertes, colgado entre los cielos y la tierra como culpable pecador; que sufriría terribles horas de agonía, con las cuales no podría compararse ningún sufrimiento corporal. Sobre él recaerían los pecados del mundo entero. Les dijo

que moriría, que resucitaría al tercer día y ascendería junto a su Padre para interceder por el perverso y culpable hombre.

Los ángeles se prosternaron ante él. Ofrecieron sus vidas. Jesús les dijo que con su muerte salvaría a muchos, pero que la vida de un ángel no podría pagar la deuda. Sólo su vida podía aceptar el Padre por rescate del hombre. También les dijo que ellos tendrían una parte que cumplir, estar con él, y fortalecerle en varias ocasiones; que tomaría la caída naturaleza del hombre, y no sería su fortaleza igual a la de ellos; que presenciarían su humillación y acerbos sufrimientos; y que cuando vieran sus sufrimientos y el odio de los hombres hacia él se estremecerían con profundísimas emociones, y que por lo mucho que le amaban querrían rescatarle y librarle de sus verdugos; pero que no interviniesen para evitar nada de lo que presenciasen; que desempeñarían una parte en su resurrección; que el plan de salvación estaba ya trazado y que su Padre lo había aprobado.

Con santa tristeza consoló y alentó Jesús a los ángeles, manifestándoles que luego estarían con él aquellos a quienes redimiese y siempre permanecerían con él; y que con su muerte redimiría a muchos y destruiría a quien tenía el poder de la muerte. Y su Padre le daría el reino y la grandeza del dominio bajo todo el cielo y lo poseería por siempre jamás. Satanás y los pecadores serían destruídos para que nunca perturbasen el cielo ni la nueva tierra purificada. Jesús mandó a la hueste celestial que se reconciliase con el plan que su Padre había aprobado, y se alegrara de que el caído hombre pudiera por virtud de su muerte recobrar la exaltación, obtener el favor de Dios y gozar del cielo.

Entonces se llenó el cielo de inefable júbilo. La hueste celestial entonó un cántico de alabanza y adoración. Pulsaron las arpas y cantaron con una nota más alta que antes, por la gran misericordia y condescendencia de Dios al dar a su Queridísimo y Amado para que muriese por una raza de rebeldes. Manifestaron alabanza y adoración por el abnegado sacrificio de Jesús, que consentía en dejar el seno del Padre y escoger una vida de sufrimientos y angustias y morir ignominiosamente para poder rescatar a otros de una muerte eterna.

Me dijo mi ángel acompañante: ¿Crees que el Padre entregó sin lucha alguna a su querido y amado Hijo? No, no. El Dios del cielo luchó entre dejar que el hombre culpable pereciese o entregar a su amado Hijo para que muriese por la raza humana. Los

ángeles tenían tan vivo interés en la salvación del hombre que no faltaban entre ellos quienes renunciaran a su gloria y diesen su vida por el hombre que había de perecer. Pero--dijo el ángel--eso no serviría de nada. La transgresión fué tan enorme que la vida de un ángel no bastaría para satisfacer la deuda. Únicamente podía pagarla la muerte e intercesión de su Hijo para salvar al hombre perdido de su desesperada tristeza y miseria.

Pero a los ángeles se les encomendó la misión de ascender y descender desde la gloria con el fortalecedor bálsamo que aliviase al Hijo de Dios en sus sufrimientos, y de servirle. También había de ser su labor defender o custodiar a los súbditos de la gracia contra los ángeles malos y librarlos de las tinieblas en que constantemente trataría Satanás de envolverlos. Yo vi que le era imposible a Dios alterar o mudar su ley, salvar al perdido y pereciente hombre con el cambio de la ley; por tanto, consintió en que su amado Hijo muriese por la transgresión del hombre.

Satanás se alegró de nuevo con sus ángeles de que por haber causado la caída del hombre, depusiera al Hijo de Dios de su excelsa posición. Les dijo a sus ángeles que cuando Jesús tomara la naturaleza del hombre caído, podría vencerlo e impedir el cumplimiento del plan de salvación.

Se me mostró a Satanás tal como antes había sido, un excelso y dichoso ángel. Después se me lo mostró tal como es ahora. Todavía tiene una regia figura. Todavía son nobles sus facciones, porque es un ángel caído. Pero su semblante denota viva ansiedad, inquietud, desdicha, malicia, odio, falacia, engaño y todo linaje de mal. Me fijé especialmente en aquella testa que tan noble fuera. Su frente es inclinada hacia atrás desde los ojos. Eché de ver que al cabo de tanto tiempo de envilecerse, todas las buenas cualidades estaban sofocadas y todas las malas en plena actividad. Sus ojos, astutos y sagaces, denotaban profunda penetración. Su figura era corpulenta; pero las carnes le colgaban flácidas en la cara y las manos. Cuando le vi tenía apoyada la barbilla en la mano izquierda. Parecía estar muy pensativo. Se le entreabrieron los labios en una sonrisa que me hizo temblar por lo henchida que estaba de malignidad y satánica astucia. Así se sonríe siempre que está por hacer una víctima, y cuando la asegura en sus lazos, esa sonrisa se vuelve horrible.

Con indecible tristeza, pero humildes, salieron Adán y Eva de aquel hermoso huerto donde tan felices habían sido hasta que desobedecieron el mandato de Dios. La

atmósfera estaba cambiada. Ya no era invariable como antes de la transgresión. Dios los vistió con túnicas de pieles para protegerlos contra el frío y el calor a que estaban expuestos.

Todo el cielo lamentó la desobediencia y caída de Adán y Eva, que habían atraído la ira de Dios sobre toda la raza humana. Estaban privados de la comunión con Dios y sumidos en irremediable miseria. La ley de Dios no podía alterarse para satisfacer la necesidad del hombre, porque, en lo ordenado por Dios, no debía nunca perder su fuerza ni rescindir la más mínima parte de sus exigencias.

Los ángeles de Dios recibieron el encargo de visitar a la caída pareja y manifestarle que aunque ya no podía mantenerse en posesión de su santo predio, su morada del Edén, por haber transgredido la ley de Dios, no era del todo desesperada su situación. Se les dijo, después, que el Hijo de Dios, con quien habían hablado en el Edén, se había apiadado de su tristísima situación, y voluntariamente había ofrecido tomar sobre sí el castigo que ellos merecían, y morir por ellos para que el hombre pudiese seguir viviendo mediante la fe en la expiación que por él se proponía hacer Cristo. Por medio de Cristo, se le abría al hombre una fuente de esperanza, a pesar de su enorme pecado, para que no quedara bajo el absoluto dominio de Satanás. La fe en los merecimientos del Hijo de Dios elevaría al hombre de tal modo que podría resistir las artimañas de Satanás. Se le concedería un período de prueba en que por medio de una vida de arrepentimiento y fe en la obra expiatoria del Hijo de Dios pudiera redimirse de su transgresión de la ley del Padre, y elevarse así a un estado en que fuera posible aceptar sus esfuerzos por observar la ley.

Les dijeron los ángeles cuánto se había deplorado en el cielo la noticia de que habían ellos quebrantado la ley de Dios, motivo por el cual se resolvió Cristo al tremendo sacrificio de su preciosa vida.

Cuando Adán y Eva se percataron de cuán excelsa y sagrada era la ley de Dios cuya transgresión exigía tan costoso sacrificio para salvarlos a ellos y a su posteridad de completa ruina, suplicaron que se les permitiera morir o satisfacer ellos y su descendencia la pena consiguiente a su culpa, antes de consentir que el amado Hijo de Dios hiciese tan enorme sacrificio. Aumentaba la angustia de Adán. Comprendía que sus pecados eran de tal magnitud que tendrían terribles consecuencias. ¿Y el honrado Caudillo del cielo, que con él anduvo y conversó cuando era inocente, a quien los

ángeles honraban y adoraban, debía ser depuesto de su excelsa posición para morir por culpa suya? Se le comunicó a Adán que la vida de un ángel no bastaba para satisfacer la deuda. La ley de Jehová, el fundamento de su gobierno en el cielo y en la tierra eran tan sagrados como el mismo Dios, y por esta razón no podía Dios aceptar la vida de un ángel como sacrificio expiatorio de su transgresión. Para Dios era su ley más importante que los santos ángeles que rodeaban su trono. El Padre no podía abolir ni alterar un solo precepto de su ley para aceptar al hombre en su caída condición. Pero el Hijo de Dios que mancomunadamente con el Padre había creado al hombre, podía hacer por el hombre una expiación agradable a Dios, dando su vida en sacrificio y soportando las iras de su Padre. Los ángeles le dijeron a Adán que así como su transgresión había acarreado desgracia y muerte, por medio del sacrificio de Jesucristo surgiría la vida y la inmortalidad.

Se le revelaron a Adán importantes acontecimientos que habrían de ocurrir desde su expulsión del Edén hasta el diluvio, y más adelante hasta la primera venida de Cristo a la tierra. El amor que por Adán y su posteridad sentía el Hijo de Dios, le moverían a tomar naturaleza humana, y elevar así, por medio de su humillación, a cuantos creyeran en él. Semejante sacrificio era lo suficientemente valioso para salvar al mundo entero; pero sólo unos pocos aprovecharían de la salvación proporcionada por tan admirable sacrificio. Los más no cumplirían con las condiciones exigidas de ellos para ser partícipes de la gran salvación. Preferirían pecar y transgredir la ley de Dios en vez de arrepentirse y obedecer, confiando por fe en los méritos del ofrecido sacrificio, cuya infinita valía era poderosa para hacer al hombre que lo aceptara más precioso a los ojos del Dios todopoderoso que el oro fino, y más que el oro de Ofir.

Se le mostraron a Adán las sucesivas generaciones, y vio el aumento del crimen, de la culpa y de la corrupción, a causa de que el hombre cedería a su fuerte inclinación natural a quebrantar la santa ley de Dios. Se le mostró cómo la maldición de Dios se descargaba más y más pesadamente sobre la raza humana, sobre los animales y la tierra, a consecuencia de la continua transgresión del hombre. Se le mostró que se extenderían constantemente la iniquidad y la violencia; pero que en medio de todo aquel flujo de miseria y maldición, siempre habría unos cuantos que conservarían el conocimiento de Dios, permaneciendo incólumes entre la prevaleciente degeneración moral.

Se le enseñó a Adán que el pecado es la transgresión de la ley, y que de esta transgresión resultaría la degeneración moral, mental y física de la raza humana, hasta

quedar el mundo henchido de toda clase de miserias.

Los días del hombre fueron acortados por su propia conducta de pecado al quebrantar la justa ley de Dios. La raza humana se rebajó al fin de tal manera que parecía muy inferior y casi inútil. La generalidad era incapaz de estimar el misterio del Calvario, los grandiosos y altísimos actos de la expiación, y el plan de salvación, a causa de su deleite en la naturaleza carnal. Mas a pesar de la debilidad y flaqueza de las facultades mentales, morales y físicas de la raza humana, Cristo se mantiene fiel al propósito por el cual había dejado el cielo y continúa interesándose por la débil, deprimida y degenerada humanidad, exhortando a los hombres a que suplan en él su debilidad y grandes deficiencias. Si acuden a él, satisfará todas sus necesidades.

Cuando Adán, con arreglo a las especiales instrucciones de Dios, hizo una ofrenda por su pecado, fué para él una penosísima ceremonia. Su mano tuvo que alzarse para quitar una vida que sólo Dios podía dar, y presentar una ofrenda por el pecado. Era la primera vez que presenciaba la muerte. Al contemplar la sangrante víctima, convulsa en las agonías de la muerte, debía ver con los ojos de la fe al Hijo de Dios, a quien la víctima prefiguraba, que había de morir en sacrificio por el hombre.

Esta ofrenda ceremonial, ordenada por Dios, había de ser un perpetuo recuerdo de la culpa de Adán y un penitente reconocimiento de su transgresión. El acto de quitar la vida a la víctima, le dió a Adán un conocimiento más profundo y perfecto de su pecado, que únicamente podía ser expiado por la muerte del amado Hijo de Dios. Adán se admiró de la infinita bondad y del incomparable amor que entregaba tal rescate para salvar al culpable. Mientras sacrificaba a la inocente víctima, le parecía que con su propia mano estaba derramando la sangre del Hijo de Dios. Comprendía que si hubiese permanecido firme ante Dios y fiel a su santa ley, no hubiera habido muerte de bestias ni de hombres. Sin embargo, en la ofrenda de sacrificio, símbolo del grande y perfecto sacrificio del amado Hijo de Dios, aparecía una estrella de esperanza para iluminar el tenebroso y terrible porvenir y aliviar su completa desesperación y ruina.

En un principio, el jefe o cabeza de cada familia fué príncipe y sacerdote de su casa. Después, según se multiplicó la raza sobre la tierra, ejecutaron en nombre del pueblo esta solemne adoración o culto de sacrificios, unos hombres destinados al efecto por Dios. La sangre de las víctimas se asociaba en la mente de los pecadores con la sangre del Hijo de Dios. La muerte de la víctima demostraba a todos que la pena del

pecado era la muerte. Por el acto del sacrificio, el pecador reconocía su culpa y manifestaba su fe, previendo el grande y perfecto sacrificio del Hijo de Dios, simbolizado en el de la víctima animal. Sin la expiación del Hijo de Dios no podían establecerse relaciones de bendición o salvación entre Dios y el hombre. Dios estaba celoso del prestigio de su ley. La transgresión de esta ley había separado al hombre de Dios. Mientras Adán fué inocente, estuvo en directa, libre y dichosa comunicación con su Hacedor. Después de su transgresión, Dios se comunicaría con el hombre por medio de Cristo y los ángeles.

Capítulo 7

El primer advenimiento de Cristo

"Mas venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo ... para que redimiese a los que estaban debajo de la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos."1

Su nacimiento no revistió pompa humana. Nació en un establo y tuvo por cuna un pesebre; sin embargo, su nacimiento recibió muchísimo más honor que el de cualquiera de los hijos de los hombres. Los ángeles del cielo anunciaron a los pastores el advenimiento de Jesús, y la luz y la gloria de Dios acompañaron su testimonio. Las huestes celestiales tañeron sus arpas y glorificaron a Dios. Triunfalmente pregonaron el advenimiento del Hijo de Dios a un mundo caído para cumplir la obra de redención, y por medio de su muerte dar paz, felicidad y vida eterna al hombre. Dios honró el advenimiento de su Hijo. Los ángeles se postraron ante él en adoración.

Los ángeles de Dios se cernieron también sobre la escena de su bautismo. El Espíritu Santo descendió en forma de paloma y se posó sobre él; y cuando la gente, grandemente asombrada, fijó en él sus ojos, se oyó en el cielo la voz del Padre, que decía: "Tú eres mi Hijo amado; en ti me he complacido."2

Juan no sabía con seguridad que era el Salvador quien había venido a que le bautizara en el Jordán. Pero Dios le había prometido darle una señal para reconocer al Cordero de Dios. Esta señal fué dada cuando la paloma celeste se posó sobre Jesús y le rodeó la gloria de Dios. Juan extendió la mano señalando a Jesús, y en alta voz exclamó: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo."3

Juan informó a sus discípulos de que Jesús era el Mesías prometido, el Salvador del mundo. Mientras terminaba su obra, enseñó a sus discípulos a mirar a Jesús y seguirle como el gran Maestro. La vida de Juan fué llena de tristeza y abnegación. Anunció el primer advenimiento de Cristo, pero no se le permitió presenciar sus milagros ni gozar del poder que manifestó. Juan sabía que debía morir cuando Jesús asumiese las funciones de maestro. Raramente se oyó su voz fuera del desierto. Hacía vida solitaria. No se aferró a la familia de su padre para gozar de su compañía, sino que

se apartó de ella para cumplir su misión. Las muchedumbres dejaban las atareadas ciudades y aldeas, y se aglomeraban en el desierto para oír la palabra del maravilloso profeta. Juan puso la segur en la raíz del árbol. Reprobó el pecado sin preocuparse de las consecuencias, y preparó el camino para el Cordero de Dios.

Vino Juan con el espíritu y el poder de Elías a proclamar el primer advenimiento de Jesús. Era el símbolo y representación de los que con el espíritu y poder de Elías habían de anunciar el día de la ira y el segundo advenimiento de Jesús.

Después de bautizado Jesús en el Jordán, lo condujo el Espíritu al desierto para que el demonio lo tentara. El Espíritu Santo le había predispuesto a aquella singular escena de terrible tentación. Durante cuarenta días estuvo tentándole Satanás y en todo este tiempo no probó Jesús bocado alguno. Todo cuanto le rodeaba era desagradable a la naturaleza humana. Estaba con el demonio y las fieras en un paraje desolado y desierto. Pálido y macilento habían puesto el rostro del Hijo de Dios los ayunos y sufrimientos; pero su camino estaba señalado, y debía llevar a cabo la obra que había venido a realizar.

Prevalió Satanás de los sufrimientos del Hijo de Dios, y se dispuso a asediario con múltiples tentaciones, esperando vencerle por haberse humillado como hombre. Llegó Satanás con su tentación, diciendo: "Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se hagan pan." Tentó Satanás a Jesús, por ver si condescendía a ejercer su divino poder en prueba de que era el Mesías. Jesús le respondió suavemente: "Escrito está: No con sólo el pan vivirá el hombre, mas con toda palabra que sale de la boca de Dios." 4

Satanás quería provocar una disputa con Jesús sobre si era el Hijo de Dios. Aludió a la débil y dolorida situación de Jesús, y afirmó orgullosamente que él era más fuerte. Pero las palabras pronunciadas desde el cielo: "Tú eres mi Hijo amado; en ti me he complacido," bastaban para sostener a Jesús en todos sus sufrimientos. Vi que Cristo no había de hacer nada para convencer a Satanás de su poder ni de si era el Salvador del mundo. Satanás tenía sobradas pruebas de la excelsa posición y autoridad del Hijo de Dios. Su obstinación en no someterse a la autoridad de Cristo lo había expulsado del cielo.

Para manifestar su poder llevó Satanás a Jesús a Jerusalén, colocándolo sobre las almenas del templo, y allí le tentó para que echándose al suelo desde aquella vertiginosa

altura demostrara que era Hijo de Dios. Satanás llegóse con las palabras de la inspiración divina diciendo: "Porque escrito está: Que a sus ángeles mandará de ti, que te guarden; y en las manos te llevarán, porque no dañes tu pie en piedra." Pero Jesús le respondió diciendo: "Dicho está: No tentarás al Señor tu Dios." 5 Quería Satanás que Jesús se fiase de la misericordia de su Padre, y arriesgara la vida antes de cumplir su misión, de modo que fracasase el plan de salvación según esperaba; pero este plan estaba cimentado tan profundamente que Satanás no podía entorpecerlo ni desbaratarlo.

Cristo es el ejemplo para todos los cristianos. Cuando la tentación les asalte o se les disputen sus derechos deben sobrellevarlo pacientemente. No se han de considerar con derecho a pedir al Señor que ostente su poder para darles la victoria sobre sus enemigos, a menos que por ello haya de recibir Dios directa honra y gloria. Si Jesús se hubiese arrojado al suelo desde las almenas del templo, no hubiera glorificado con ello a su Padre, porque nadie sino Satanás y los ángeles de Dios habrían presenciado aquel acto. Y fuera tentar a Dios para que desplegase su poder ante su más acerbo enemigo. Hubiera sido mostrarse condescendiente con Satanás, a quien Jesús había venido a vencer.

"Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento de tiempo todos los reinos de la tierra. Y le dijo el diablo: A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí es entregada, y a quien quiero la doy: pues si tú adorares delante de mí, serán todos tuyos. Y respondiendo Jesús, le dijo: Vete de mí, Satanás, porque escrito está: A tu Señor Dios adorarás, y a él solo servirás." 6

Satanás le presentó a Jesús los reinos del mundo en la más halagüeña condición. Si Jesús consentía en adorarle, él por su parte le cedería sus pretensiones al dominio de la tierra. Sabía Satanás que si el plan de salvación se llevaba a cabo y moría Jesús para redimir al género humano, quedaría limitado su poder y finalmente anulado, y que él mismo sería destruido. Por lo tanto, su estudiado intento era impedir si fuera posible la realización de la magna obra comenzada por el Hijo de Dios. Si el plan de la redención del hombre fracasaba, Satanás poseería el reino que entonces pretendía; y se lisonjeaba de que en caso de obtener éxito, reinaría en la tierra en oposición al Dios del cielo.

Regocijóse Satanás cuando Jesús, prescindiendo de su poder y gloria, dejó el cielo, pues se figuraba que con ello había caído en sus manos el Hijo de Dios. Por haberle sido tan fácil vencer a la inocente pareja del Edén, esperaba vencer también con

su influencia y astucia satánicas al Hijo de Dios, y salvar así su vida y su reino. Si conseguía que Jesús se desviara de la voluntad de su Padre, habría logrado su objeto. Pero Jesús se opuso al tentador con la repulsa: "Vete de mí, Satanás." Sólo había Jesús de inclinarse ante su Padre. Daba Satanás por suyo el señorío de la tierra, e insinuó a Jesús que podía ahorrarse todo sufrimiento sin necesidad de morir para obtener los reinos de este mundo, pues con tal de que le adorase sería dueño de todas las posesiones terrenas y se gloriaría de reinar en ellas. Pero Jesús se mantuvo firme. Sabía que iba a llegar el tiempo en que con su vida rescataría los reinos de la tierra del poder de Satanás, y que pasado algún tiempo todo le quedaría sometido en cielo y tierra. Escogió Jesús una vida de sufrimiento y una espantosa muerte, tal como había dispuesto su Padre, para llegar a ser legítimo heredero de los reinos de la tierra y recibirlos en sus manos como eterna posesión. También será entregado Satanás en sus manos para que, aniquilado por la muerte, no vuelva jamás a molestar a Jesús ni a los santos en la gloria.

Capítulo 8

Días de conflicto

Acabada la tentación, Satanás se apartó de Jesús durante una temporada. Los ángeles sirvieron a Jesús de comer en el desierto, le fortalecieron, y la bendición de su Padre reposó sobre él. Había fracasado Satanás en sus más feroces tentaciones; y sin embargo, miraba esperanzado el período del ministerio de Jesús, cuando habría de esgrimir en diversas ocasiones sus astucias contra él. Todavía esperaba prevalecer contra Jesús, inspirando a quienes no quisieran reconocerlo y recibirle, el ansia de odiarlo y destruirlo. Satanás reunió en consejo especial a sus ángeles, quienes estaban desconsolados y furiosos por no haber logrado aún ventaja alguna contra el Hijo de Dios. Resolvieron en consecuencia extremar su astucia y valerse de todo su poder para infundir incredulidad en las mentes del pueblo judío, de modo que no reconociese a Jesús por Salvador del mundo, y lograr así que desistiese Jesús de su misión. Por muy escrupulosos que fuesen los judíos en sus ceremonias y sacrificios, podía inducirseles a despreciar y rechazar a Jesús, si se les ofuscaba la vista respecto a las profecías, dándoles a entender que el Mesías había de venir como un poderoso rey.

Satanás y sus ángeles estuvieron durante el ministerio de Cristo muy atareados en infundir incredulidad, odio y menosprecio a los hombres. A veces, cuando Jesús declaraba alguna punzante verdad que reprendía sus pecados, la gente se enfurecía, y Satanás y sus ángeles la incitaban a quitar la vida al Hijo de Dios. Más de una vez recogieron piedras para arrojárselas; pero los ángeles lo guardaban, y lo libraban de las iras de la multitud llevándolo a un lugar seguro. Una vez, en que la sencilla verdad fluía de labios de Jesús, la multitud se apoderó de él, llevándolo a la cumbre de una colina con intento de despeñarlo. Se promovió entre los judíos una disputa acerca de lo que habrían de hacer con Jesús, y entonces los ángeles lo ocultaron de la vista de la gente, de modo que pasó por entre ella sin ser visto, y continuó su camino.

Todavía esperaba Satanás que fracasaría el grandioso plan de salvación. Se valía de todo su poderío para endurecer el corazón de las gentes y exacerbar sus sentimientos contra Jesús. Esperaba también Satanás que serían tan pocos los que reconocerían en Jesús al Hijo de Dios, que él consideraría sus sufrimientos y sacrificio demasiado grandes para tan pequeña grey. Pero aunque sólo hubiera habido dos personas que

aceptaran a Jesús por Hijo de Dios y en él creyeran para la salvación de sus almas, se hubiera llevado a cabo el plan.

Jesús comenzó su obra quebrantando el poder que Satanás tenía sobre el sufrimiento. Devolvía la salud a los enfermos, la vista a los ciegos y el movimiento a los lisiados, de suerte que saltaban de gozo y glorificaban a Dios. Sanaba Jesús a los que durante muchos años habían estado enfermos y sujetos al cruel poder de Satanás. Con palabras de gracia fortalecía al débil, al tímido y al desalentado. Arrancaba Jesús de las garras de Satanás a los débiles y doloridos dándoles salud corporal y gran contento y dicha. Resucitaba muertos que al volver a la vida glorificaban a Dios por la grandiosa manifestación de su poder. Obraba Jesús potentemente en beneficio de todos cuantos creían en él.

La vida de Cristo estuvo henchida de palabras y obras de benevolencia, simpatía y amor. Siempre estaba dispuesto a escuchar las quejas y aliviar los sufrimientos de quienes se llegaban a él. Con la salud recobrada, multitudes de gente llevaban en sus propias personas la prueba del divino poder de Jesús. Sin embargo, después de realizado el prodigio, muchos se avergonzaban del humilde y no obstante poderoso Maestro. El pueblo no estaba dispuesto a aceptar a Jesús, porque los gobernantes no creían en él. Era Jesús varón de dolores, experimentado en quebranto. Los caudillos judíos no eran capaces de llevar una vida tan austera y abnegada como la de Jesús. Deseaban disfrutar de los honores que el mundo otorga. A pesar de todo, muchos seguían al Hijo de Dios y escuchaban sus enseñanzas, regocijándose en las palabras que tan afablemente fluían de sus labios. Tenían profundo significado y, sin embargo, eran tan sencillas que podían entenderlas los más ignorantes.

Satanás y sus ángeles cegaron los ojos y ofuscaron la inteligencia de los judíos, excitando al príncipe y a los gobernantes del pueblo para que quitaran la vida al Salvador. Enviaron ministriles con orden de prenderle; pero ellos, al verse en presencia de él, quedaron admirados de la simpatía y la compasión de que por el dolor humano estaba henchido. Le oyeron animar con tiernas y amorosas palabras al débil y al afligido; y también le oyeron impugnar con autorizada voz el poderío de Satanás y ordenar la emancipación de sus cautivos. Escucharon los ministriles las palabras de sabiduría que derramaban sus labios y quedaron cautivados por ellas sin atreverse a echar mano de él. Volviéronse a los sacerdotes y ancianos sin llevar preso a Jesús; y cuando les preguntaron: "¿Por qué no le trajisteis?" ellos refirieron los milagros que

habían presenciado y las santas palabras de amor, sabiduría y conocimiento que habían oído, concluyendo por decir: "Nunca ha hablado hombre así como este hombre." 1

Los príncipes de los sacerdotes acusaron a los ministriles de haber sido también engañados, y algunos de ellos sintieron vergüenza de no haber prendido a Jesús. Los sacerdotes preguntaron desdeñosamente si alguno de los príncipes había creído en él. Algunos magistrados y ancianos creían en Jesús; pero Satanás les impedía confesarlo, pues temían más que a Dios el oprobio del pueblo.

Hasta entonces, la astucia y el odio de Satanás no habían desbaratado el plan de salvación. Se acercaba el tiempo en que iba a cumplirse el objeto por el cual había venido Jesús al mundo. Satanás y sus ángeles se reunieron en consejo, resolviendo inspirar a los propios compatriotas de Cristo que pidiesen anhelosamente su sangre y amontonasen escarnio y crueldad sobre él, con la esperanza de que, resentido Jesús de semejante trato, fracasaría en conservar su humildad y mansedumbre.

Mientras Satanás maquinaba sus planes, Jesús declaraba solícitamente a sus discípulos los sufrimientos por que había de pasar: que sería crucificado y que resucitaría al tercer día. Pero el entendimiento de los discípulos parecía embotado, y no podían comprender lo que Jesús les decía.

Capítulo 9

La transfiguración

Según se acercaba el tiempo en que Jesús había de padecer y morir, se quedaba más frecuentemente a solas con sus discípulos. Después de enseñar al pueblo durante todo el día, se retiraba con sus discípulos a un paraje apartado para orar y conversar íntimamente con ellos. Estaba Jesús fatigado, y sin embargo, no tenía tiempo para descansar, porque se apresuraba el término de su obra en la tierra y todavía le faltaba mucho que hacer antes de la hora final. Había declarado a sus discípulos que establecería su reino tan firmemente en la tierra, que las puertas del infierno no prevalecerían contra él. Al advertir Jesús que se aproximaba su prueba, reunió a sus discípulos en derredor e iluminó sus mentes respecto a su futura humillación y afrentosa muerte a manos de sus perseguidores. El impulsivo Pedro no pudo soportar ni por un instante aquella idea, e insistió en que no había de suceder tal cosa. Jesús reprendió solemnemente la incredulidad que Pedro denotaba al sugerir que las profecías no se cumplirían con el sacrificio del Hijo de Dios.

Después procedió Jesús a explicar a sus discípulos que también habrían de sufrir por su nombre, cargando con la cruz para seguirle, y soportar humillaciones, vituperios y afrentas análogas a las de su Maestro, pues de lo contrario nunca podrían participar de su gloria. A los sufrimientos de Jesús debían seguir los de sus discípulos, y su crucifixión debía enseñarles que les era preciso quedar crucificados para el mundo, renunciando a toda esperanza de sus pompas y placeres. Antes de esta declaración, había Jesús hablado frecuentemente con sus discípulos de sus futuras humillaciones, y tratado resueltamente de desvanecer las esperanzas que ellos abrigaban de su engrandecimiento temporal; pero tan acostumbrados estaban a considerar al Mesías como un poderoso rey, que les había sido imposible renunciar enteramente a sus brillantes esperanzas.

Pero ahora las palabras de Jesús no dejaban lugar a dudas. Había de vivir como humilde peregrino sin hogar, y morir como si fuese un malhechor. Entristecióse el corazón de los discípulos porque amaban a su Maestro; pero la duda acosaba sus mentes, pues les parecía incomprensible que el Hijo de Dios se sujetase a tan cruel humillación. No podían comprender porqué había de ir Jesús voluntariamente a

Jerusalén para entregarse al trato que según les declaraba iba a recibir allí. Deploraban profundamente que su Maestro se resignara a tan ignominiosa suerte, dejándolos en tinieblas aun más densas que aquellas en que andaban a tientas antes de que él se les revelase. Les vino a la mente el pensamiento de arrebatarlo por la fuerza y esconderlo en paraje seguro; pero no se atrevían, porque el mismo Jesús les había dicho que semejante proyecto era sugerido por Satanás. En medio de su melancolía no podían menos que consolarse de cuando en cuando con el pensamiento de que alguna circunstancia imprevista evitara la terrible suerte que aguardaba a su Señor. Así anduvieron tristes y vacilantes, oscilando entre la esperanza y el temor durante seis largos y oscuros días.

Conocía Jesús la pena y perplejidad de sus discípulos y quiso darles otra prueba de su carácter de Mesías, a fin de que no les flaquease la fe en los rigurosos trances por que no tardarían en pasar. Al atardecer llamó a su lado a los tres discípulos que le eran más afectos y se los llevó fuera de la bulliciosa ciudad, a través de los campos, hasta la escabrosa falda de un monte. Estaba Jesús fatigado de su labor y del camino. Durante todo el día había enseñado a la gente y sanado a los enfermos; pero buscó aquella eminencia para apartarse del gentío que de continuo le seguía y tener tiempo de meditar y orar. Estaba muy cansado y se fatigó mucho al subir la empinada cuesta del monte.

También estaban cansados los discípulos, y aunque ya acostumbrados a retirarse con Jesús a la soledad para orar, no podían menos que admirarse de que su Maestro subiese a tan abrupta montaña después de semejante día de fatiga. Pero nada le preguntaron acerca de sus propósitos y le acompañaron pacientemente. Según iban subiendo la cuesta, el sol poniente dejaba en sombra los valles, mientras su luz iluminaba todavía la cumbre de la montaña y doraba con su decadente resplandor el escabroso sendero que hollaban. Pero no tardó la dorada luz en desaparecer del monte como había desaparecido del valle, ocultándose el sol tras el horizonte occidental y quedando los solitarios caminantes envueltos en las sombras de la noche. La lobreguez del ambiente estaba al parecer en consonancia con sus entristecidas existencias en cuyo torno se agrupaban densas nubes.

Llegado al paraje elegido, se puso Jesús a orar fervorosamente a su Padre. Hora tras hora, con insistentes lágrimas, estuvo pidiendo fuerzas para sobrellevar su aflicción y que les fuese concedida a sus discípulos la gracia necesaria para resistir las terribles pruebas que les aguardaban. El rocío caía suavemente sobre la postrada figura de Jesús;

pero él no hacía caso. Las sombras de la noche le envolvían densamente; pero él no se fijaba en su lobreguez. Así transcurrieron lentamente las horas. En un principio, los discípulos unieron con sincera devoción sus oraciones a las de Jesús; pero al cabo de algunas horas, vencidos por el cansancio y el sueño, se quedaron dormidos a pesar de sus esfuerzos por mantener su interés en la escena. Jesús les había hablado de sus futuros padecimientos. Se los había llevado consigo para que con él orasen y velasen mientras abogaba con su Padre pidiéndole que sus discípulos tuviesen fuerza para soportar la próxima prueba de su humillación y muerte. En especial rogó que pudieran presenciar tan evidente manifestación de su divinidad, que disipara de sus mentes todo resto de incredulidad y duda; una manifestación que en la hora de su agonía suprema los confortara con el seguro conocimiento de que era el Hijo de Dios, y que su afrentosa muerte formaba parte del divino plan de redención.

Dios escuchó las súplicas de su Hijo, y los ángeles se dispusieron a servirle. Pero Dios escogió a Moisés y a Elías para que visitaran a Cristo y conversaran con él respecto a sus próximos padecimientos en Jerusalén. Mientras Jesús estaba humildemente arrodillado en el húmedo y pedregoso suelo, se abrieron de repente los cielos, giraron de par en par las áureas puertas de la Ciudad de Dios, y una santa refulgencia descendió sobre el monte, aureolando la figura de Cristo arrodillado. Entonces se irguió de su postrada actitud con majestad divina, se desvaneció la agonía de alma de su semblante, que entonces brilló con serena luz, y sus vestiduras no fueron ya burdas y manchadas, sino blancas y resplandecientes como el sol del mediodía.

El torrente de luz que iluminaba todo el monte, despertó a los dormidos discípulos, que contemplaron con temerosa admiración las refulgentes vestiduras y el radiante aspecto de su Maestro. De pronto les ofuscó la vista el supraterráneo esplendor del espectáculo; pero cuando sus ojos se acostumbraron a la maravillosa luz, echaron de ver que Jesús no estaba solo. Dos gloriosos personajes conversaban con él. Eran Moisés, que había hablado con Dios cara a cara entre los truenos y relámpagos del Sinaí; y Elías, el profeta de Dios que sin conocer la muerte había sido arrebatado al cielo en un carro de fuego. Estos dos varones, a quienes Dios había considerado más merecedores de su favor que todo otro viviente en la tierra, fueron delegados por el Padre para llevar a su Hijo la gloria del cielo y confortarle, hablando con él acerca del cumplimiento de su misión y especialmente de lo que iba a padecer en Jerusalén.

El Padre escogió a Moisés y Elías por mensajeros enviados a Cristo para

glorificarle con la luz del cielo y conversar con él sobre su próxima agonía, porque uno y otro habían vivido en la tierra como hombres y al haber pasado por los sufrimientos humanos, podían simpatizar con las pruebas de Jesús en su vida terrena. Elías, como profeta de Israel, había representado a Cristo, y su obra había sido hasta cierto punto análoga a la del Salvador. Y Moisés, como caudillo de Israel, había estado en lugar de Cristo, comunicándose con él y obedeciendo sus instrucciones. Por lo tanto, entre todas las huestes reunidas en torno del Señor, eran Moisés y Elías los más aptos para servir al Hijo de Dios.

Moisés fué mayor que cuantos vivieran antes que él. Dios le honró en extremo, concediéndole el privilegio de hablar con él cara a cara, como un hombre habla con un amigo. Le fué permitido ver la brillante luz y excelsa gloria que envuelve al Padre. Por medio de Moisés libró el Señor a los hijos de Israel de la esclavitud de Egipto. Fué Moisés un mediador entre Dios y su pueblo, y a menudo se interpuso entre ellos y la ira del Señor. Cuando Dios se irritó en extremo contra Israel por su incredulidad, sus murmuraciones y sus horrendos pecados, fué probado el amor de Moisés por los israelitas. Dios se propuso destruir al pueblo de Israel y hacer de la posteridad de Moisés una poderosa nación; pero el profeta demostró su amor por Israel intercediendo fervorosamente en su favor. En su angustia suplicó a Dios que borrara su nombre de su libro o que aplacara su ira y perdonase a Israel.

Cuando los israelitas murmuraron contra Dios y contra Moisés porque no tenían agua, le acusaron de haberles llevado a morir al desierto a ellos y a sus hijos. Dios oyó sus murmuraciones y mandó a Moisés que hiriese la peña para que el pueblo tuviera agua. Moisés golpeó la peña con ira y se ufano del éxito. Las continuas veleidades y murmuraciones de los hijos de Israel habían ocasionado a Moisés profunda tristeza, y por un momento olvidó lo mucho que el Señor los había soportado, y que sus murmuraciones no iban contra él sino contra Dios. Pensó Moisés sólo en sí mismo en aquella ocasión, al considerar cuán profundamente le ofendían los israelitas y la escasa gratitud que le mostraban a cambio del intenso amor que por ellos sentía.

Era el designio de Dios colocar frecuentemente a su pueblo en condiciones adversas, para librarlo de ellas por su poder, a fin de que reconociese su amor y solicitud por ellos, y así le sirviese y honrase. Pero Moisés no acertó entonces a honrar a Dios y engrandecer su nombre ante el pueblo, para que el pueblo glorificase a Dios, y por ello incurrió en el desagrado del Señor.

Cuando Moisés bajó del monte con las dos tablas de piedra y vio a Israel adorando al becerro de oro, encendiéndose grandemente su ira, y arrojando al suelo las tablas, hízolas pedazos. Moisés no pecó en esto. Se airó por Dios, celoso por su gloria. Pero cuando, cediendo a los naturales impulsos de su corazón, se arrogó la honra debida a Dios, pecó Moisés, y por este pecado no le dejó Dios entrar en la tierra de Canaán.

Satanás había procurado encontrar algo de que acusar a Moisés ante los ángeles. Se regocijó de su éxito en inducirle a desagradar a Dios, y dijo a los ángeles que vencería al Salvador del mundo cuando viniese a redimir al hombre. Debido a su transgresión, Moisés cayó bajo el poder de Satanás, el dominio de la muerte. Si hubiese permanecido firme, el Señor le habría hecho entrar en la tierra prometida, y le habría trasladado luego al cielo sin que viese la muerte.

Moisés pasó por la muerte, pero Miguel (Cristo) bajó y le dio vida antes que su cuerpo viese la corrupción. Satanás trató de retener ese cuerpo, reclamándolo como suyo; pero Miguel resucitó a Moisés y lo llevó al cielo. Satanás protestó acerbamente contra Dios, llamándolo injusto por permitir que se le arrancase su presa; pero Cristo no reprendió a su adversario, aunque si el siervo de Dios había caído era por su tentación. Le remitió a su Padre, diciendo: "Jehová te reprenda."

Elías había andado con Dios. Su obra había sido penosa; porque por su medio el Señor había reprochado a Israel sus pecados. Fué un profeta de Dios, y sin embargo, tuvo que huir de un lugar a otro para salvar su vida. Su propia nación le persiguió como a una fiera, para matarle. Pero Dios le trasladó al cielo. Los ángeles le llevaron allí en gloria y triunfo.

Jesús había dicho a sus discípulos que algunos de los que con él estaban no gustarían la muerte antes de ver llegar el reino de Dios con poder. En ocasión de la transfiguración, esta promesa se cumplió. El semblante de Jesús mudóse allí de modo que brillaba como el sol. Sus vestiduras eran blancas y relucientes. Moisés representaba a los que resucitarán de entre los muertos al segundo advenimiento de Jesús. Y Elías, que fué trasladado sin conocer la muerte, representaba a los que cuando venga Cristo otra vez, serán transformados en inmortales y trasladados al cielo sin ver la muerte. Los discípulos contemplaban con temeroso asombro la excelsa majestad de Jesús, y la nube que los cobijaba, y oían la voz de Dios diciendo con terrible majestad: "Este es mi Hijo

amado; a él oíd."

Capítulo 10

La traición

Satanás había engañado a Judas, induciéndole a pensar que era uno de los verdaderos discípulos de Cristo; pero su corazón había sido siempre carnal. Había visto Judas las potentes obras de Jesús, había estado con él durante todo su ministerio, y rendídose a la suprema evidencia de que era el Mesías; pero Judas era mezquino y codicioso. Amaba el dinero. Lamentóse de lo mucho que había costado el ungüento que María derramó sobre Jesús.

María amaba a su Señor. El le había perdonado sus pecados, que eran muchos, y había resucitado de entre los muertos a su muy querido hermano, por lo que nada le parecía demasiado caro en obsequio de Jesús. Cuanto más precioso fuese el ungüento, mejor podría ella manifestar su agradecimiento a su Salvador, dedicándoselo a él.

Para excusar su codicia dijo Judas que bien podía haberse vendido aquel ungüento y repartir el dinero entre los pobres. Pero no le movió a decir esto su solicitud por los pobres, porque era muy egoísta, y solía apropiarse en provecho propio lo que a su cuidado se confiaba para darlo a los pobres. Judas no se había preocupado de la comodidad ni aun de las necesidades de Jesús, y disculpaba su codicia refiriéndose a menudo a los pobres. Aquel acto de generosidad por parte de María fué un acerbo reproche contra la disposición avarienta de Judas. Estaba preparado el camino para que la tentación de Satanás hallara fácil acceso al corazón de Judas.

Los sacerdotes y caudillos de los judíos odiaban a Jesús; pero las multitudes se agolpaban a escuchar sus palabras de sabiduría y a presenciar sus portentosas obras. Las gentes estaban conmovidas por un profundo interés, y ansiosamente seguían a Jesús para escuchar las enseñanzas de tan admirable Maestro. Muchos de los principales judíos creían en él, aunque no se atrevían a confesar su fe por no verse expulsados de la sinagoga. Los sacerdotes y ancianos acordaron que algo había de hacerse para apartar de Jesús la atención de las gentes, pues temían que todos llegasen a creer en él, y no veían seguridad para ellos mismos. Habían de renunciar a sus cargos o condenar a muerte a Jesús; pero aunque le condenasen, quedaría aún quienes fuesen vivos monumentos de su poder.

Jesús había resucitado a Lázaro de entre los muertos, y temían los fariseos que si mataban a Jesús, sería Lázaro un testimonio de su grandioso poder. La gente acudía en tropel a ver el resucitado de entre los muertos, por lo que los caudillos determinaron matar también a Lázaro y desvanecer así la excitación popular. Después recobrarían su influencia sobre el pueblo, y lo convertirían a las tradiciones y doctrinas humanas, para que siguiera diezmado la menta y la ruda. Convinieron los fariseos en prender a Jesús cuando estuviera solo, porque si intentaban apoderarse de él en medio de la multitud interesada en escucharle, seguramente los apedrearían.

Sabía Judas cuán ansiosos estaban los sacerdotes y fariseos de apoderarse de Jesús, y ofrecióles entregárselo por unas cuantas monedas de plata. Su amor al dinero le indujo a entregar a su Señor en manos de sus más acérrimos enemigos. Satanás actuaba directamente por medio de Judas, y en medio del conmovedor espectáculo de la última cena, el traidor ideaba planes para entregar a su Maestro. Contristado dijo Jesús a sus discípulos que todos serían escandalizados en él aquella noche. Pero Pedro afirmó ardorosamente que aunque todos fuesen escandalizados, él no lo sería. Y Jesús le dijo a Pedro: "Satanás os ha pedido para zarandaros como a trigo; mas yo he rogado por ti que tu fe no falte: y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos." 1

Contemplemos a Jesús en el huerto con sus discípulos. Con profunda tristeza les mandó velar y orar para que no cayesen en tentación. Sabía que iba a ser probada su fe, y frustrada su esperanza, por lo que necesitarían toda la fortaleza que pudieran obtener por estrecha vigilancia y ferviente oración. Con copioso llanto y congojosos gemidos, oraba Jesús diciendo: "Padre, si quieres, pasa este vaso de mí; empero no se haga mi voluntad, sino la tuya." 2 El Hijo de Dios oraba en agonía. Gruesas gotas de sangre resbalaban por su rostro y caían al suelo. Los ángeles se cernían sobre aquel paraje, presenciando la escena; pero sólo uno fué comisionado para ir a confortar al Hijo de Dios en su agonía. No había gozo en el cielo. Los ángeles se despojaron de sus coronas, arrojaron sus arpas y con profundísimo interés contemplaban silenciosamente a Jesús. Deseaban rodear al Hijo de Dios; pero los caudillos de la hueste no se lo permitieron, por temor a que si presenciaban la entrega, lo libertaran; el plan estaba trazado, y debía cumplirse.

Después de orar, acercóse Jesús a sus discípulos y los encontró durmiendo. En aquella hora terrible no contaba con la simpatía y las oraciones ni aun de sus discípulos.

Pedro, que tan celoso se había mostrado poco antes, estaba embargado por el sueño. Jesús le recordó sus declaraciones positivas y le dijo: "¿Así no habéis podido velar conmigo una hora?" 3 Tres veces oró el Hijo de Dios en agonía. Después, apareció Judas con su banda de hombres armados. Se acercó a su Maestro para saludarle como de costumbre. La banda rodeó a Jesús, quien entonces manifestó su divino poder al decir: "¿A quién buscáis?" "Yo soy." Entonces retrocedieron y cayeron en tierra. Hizo Jesús dicha pregunta para que presenciasen su poder y supiesen que podría librarse de sus manos con sólo quererlo.

Los discípulos abrieron su pecho a la esperanza al ver cuán fácilmente había caído en tierra aquel tropel de gente armada de palos y espadas. Al levantarse ellos del suelo y rodear de nuevo al Hijo de Dios, Pedro desenvainó su espada e hirió a un criado del sumo pontífice, cortándole una oreja. Jesús mandó a Pedro que envainara la espada, diciéndole: "¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y él me daría más de doce legiones de ángeles?" Vi que cuando estas palabras fueron pronunciadas se reflejó la esperanza en los rostros de los ángeles del cielo. Deseaban rodear inmediatamente a su Caudillo y dispersar a la enfurecida turba. Pero de nuevo se entristecieron cuando Jesús añadió: "¿Cómo, pues, se cumplirían las Escrituras, que así conviene que sea hecho?" 4 Los discípulos también se desconsolaron al ver que Jesús se dejaba prender y llevar por sus enemigos.

Temerosos de perder la vida, los discípulos todos huyeron abandonando a su Maestro en manos de la turba asesina. ¡Oh! ¡cómo triunfó entonces Satanás! ¡Cuánto pesar y tristeza hubo entre los ángeles de Dios! Muchas cohortes de santos ángeles, cada cual con su caudillo al frente, fueron enviadas a presenciar la escena con objeto de anotar cuantos insultos y crueldades se infligiesen al Hijo de Dios, así como cuantos angustiosos tormentos debía sufrir Jesús, pues todos los hombres que actuaban en aquella tremenda escena habrán de volverla a ver en vivos caracteres.

Capítulo 11

El juicio

Al salir del cielo los ángeles se despojaron tristemente de sus coronas. No podían ceñírselas mientras su Caudillo estuviese sufriendo y hubiese de llevar una de espinas. Satanás y sus ángeles andaban muy atareados por el patio del tribunal, con el propósito de sofocar todo humanitario sentimiento de simpatía respecto de Jesús. El ambiente era pesado, y estaba contaminado por la influencia satánica. Los sacerdotes y ancianos recibían de los ángeles malignos la inspiración de insultar y maltratar a Jesús de un modo difícilísimo de soportar por la naturaleza humana. Esperaba Satanás que semejantes escarnios y violencias arrancarían del Hijo de Dios alguna queja o murmuración, o que manifestaría su divino poder desasiéndose de las garras de la multitud, con lo que fracasaría el plan de salvación.

Pedro siguió al Señor después de la entrega, pues anhelaba ver lo que iban a hacer con Jesús; pero cuando le acusaron de ser uno de sus discípulos, temió por su vida y declaró que no conocía al hombre. Se distinguían los discípulos de Jesús por la honestidad de su lenguaje, y para convencer a sus acusadores de que no era discípulo de Cristo, Pedro negó la tercera vez lanzando imprecaciones y juramentos. Jesús, que estaba a alguna distancia de Pedro, le echó una triste mirada de reconvención. Entonces el discípulo se acordó de las palabras que le había dirigido Jesús en el cenáculo, y también recordó que él había contestado diciendo: "Aunque todos sean escandalizados en ti, yo nunca seré escandalizado." 1 Pedro acababa de negar a su Señor con imprecaciones y juramentos, pero aquella mirada de Jesús conmovió su corazón y le salvó. Con amarguísimas lágrimas se arrepintió de su grave pecado y convirtióse, quedando dispuesto a confirmar a sus hermanos.

La multitud demandaba la sangre de Jesús. Cruelmente le azotaron y le revistieron de un viejo manto regio de púrpura, y ciñeron su sagrada cabeza con una corona de espinas. Después le pusieron una caña en las manos e inclinándose por burla ante él, le saludaban sarcásticamente diciendo: "¡Salve, rey de los judíos!" 2 Luego le quitaron la caña de las manos y le golpearon con ella la cabeza, de modo que las espinas de la corona le penetraron las sienes, ensangrentándole el rostro y la barba.

Era difícil para los ángeles soportar la vista de aquel espectáculo. Hubieran libertado a Jesús, pero sus caudillos se lo prohibían diciendo que era grande el rescate que se había de pagar por el hombre; y que era necesario que fuese completo para matar al que tenía el imperio de la muerte. Sabía Jesús que los ángeles presenciaban la escena de su humillación. El más débil de todos ellos hubiera podido él solo desbaratar aquella turba de mofadores y libertar a Jesús, quien sabía también que, con sólo pedirselo a su Padre, los ángeles le hubieran librado instantáneamente. Pero necesario era que sufriese la violencia de los malvados para cumplir el plan de salvación.

Jesús se mantenía manso y humilde ante la enfurecida multitud que tan vilmente le maltrataba. Le escupían al rostro, aquel rostro del que algún día querrán ocultarse, y que ha de iluminar la ciudad de Dios con mayor refulgencia que el sol. Cristo no echó sobre sus verdugos ni una mirada de cólera. Le vendaron los ojos con una vestidura vieja, y abofeteándole, exclamaban: "Profetiza quién es el que te hirió." 3 Los ángeles se conmovieron. Hubieran libertado a Jesús en un momento, pero sus caudillos los detenían.

Algunos discípulos habían logrado entrar donde Jesús estaba, y presenciar su pasión. Esperaban que manifestase su divino poder y librándose de manos de sus enemigos los castigara por la crueldad con que le ultrajaban. Sus esperanzas se despertaban y desvanecían alternativamente según iban sucediéndose las escenas. A veces dudaban y temían haber sido víctimas de un engaño. Pero la voz oída en el monte de la transfiguración y la gloria que allí contemplaron fortalecía su creencia de que Jesús era el Hijo de Dios. Recordaban las escenas que habían presenciado, los milagros hechos por Jesús al sanar a los enfermos, dar vista a los ciegos y oído a los sordos, al reprender y expulsar a los demonios, resucitar muertos y calmar los vientos y las olas. No podían creer que hubiese de morir. Esperaban que aun se erguiría potente y con imperiosa voz dispersaría aquella multitud sedienta de sangre, como cuando entró en el templo y arrojó de allí a los que convertían la casa de Dios en lonja de mercaderes, y huyeron ante él como perseguidos por una compañía de soldados armados. Esperaban los discípulos que Jesús manifestara su poder y convenciese a todos de que era el Rey de Israel.

Judas se vió invadido de amargo remordimiento y vergüenza por su traidora acción de entregar a Jesús. Y al presenciar las crueldades que padecía el Salvador, quedó completamente abrumado. Había amado a Jesús, pero todavía más al dinero. No

se figuraba que Jesús consintiera en que le prendiese la turba que él condujera. Esperaba que hubiese obrado un milagro para librarse de ellos. Pero al ver a la enfurecida multitud en el patio del tribunal, sedienta de sangre, sintió profundamente el peso de su culpa; y mientras muchos acusaban vehementemente a Jesús, precipitóse él por entre la multitud confesando que había pecado al entregar la sangre inocente. Devolvió a los sacerdotes el dinero que le habían pagado, y les rogó que dejaran libre a Jesús, pues era del todo inocente.

La confusión y el enojo que estas palabras produjeron en los sacerdotes, los dejaron silenciosos por breves momentos. No querían que el pueblo supiera que habían comprado a uno de los que se decían discípulos de Jesús para que se lo entregara. Deseaban ocultar que le habían acosado como si fuese un ladrón y prendido secretamente. Pero la confesión de Judas y su hosco y culpable aspecto, desenmascararon a los sacerdotes ante los ojos de la multitud, demostrando que por odio habían prendido a Jesús. Cuando Judas declaró en voz alta que Jesús era inocente, los sacerdotes respondieron: "¿Qué se nos da a nosotros? Viéraslo tú." 4 Tenían a Jesús en su poder y estaban resueltos a no dejarlo escapar. Abrumado Judas por la angustia, arrojó las monedas, que ahora despreciaba, a los pies de quienes lo habían comprado, y, horrorizado, salió y se ahorcó.

Jesús contaba con muchas simpatías entre la multitud que le rodeaba, y su silencio a las preguntas que se le hacían maravillaba a los circunstantes. A pesar de las mofas y violencias de las turbas no denotó Jesús en su rostro el más leve ceño ni siquiera una señal de turbación. Se mantenía digno y circunspecto. Los espectadores le contemplaban con asombro, comparando su perfecta figura y su firme y digno continente con el aspecto de quienes le juzgaban. Unos a otros se decían que tenía más aire de rey que ninguno de los príncipes. No denotaba indicio alguno de criminal. Sus ojos eran dulces, claros, indómitos, y su frente amplia y alta. Todos los rasgos de su fisonomía expresaban enérgicamente benevolencia y nobles principios. Su paciencia y resignación eran tan sobrehumanas, que muchos temblaban. Aun Herodes y Pilato se conturbaron grandemente ante su noble y divina apostura.

Desde un principio se convenció Pilato de que Jesús no era un hombre como los demás. Lo consideraba un personaje excelente y de todo punto inocente de las acusaciones que se le imputaban. Los ángeles testigos de la escena observaban el convencimiento del gobernador romano, y para disuadirle de la horrible acción de

entregar a Cristo para que lo crucificaran, fué enviado un ángel a la mujer de Pilato, diciéndole en sueños que era el Hijo de Dios a quien estaba juzgando su esposo y que sufría inocentemente. Ella envió en seguida un recado a Pilato, refiriéndole que había tenido un sueño muy penoso respecto a Jesús, y aconsejándole que no hiciese nada contra aquel santo varón. El mensajero, abriéndose apresuradamente paso por entre la multitud, entregó la carta en las propias manos de Pilato. Al leerla, éste tembló, palideció y resolvióse a no hacer nada por su parte para condenar a muerte a Cristo. Si los judíos querían la sangre de Jesús, él no prestaría para ello su influencia, sino que se esforzaría por libertarlo.

Cuando Pilato supo que Herodes estaba en Jerusalén, sintió un gran alivio, porque así esperaba verse libre de toda responsabilidad en el proceso y condena de Jesús. En seguida envió a Jesús, con sus acusadores, a la presencia de Herodes. Este tetrarca estaba endurecido en el pecado. El asesinato de Juan el Bautista había dejado en su conciencia una mancha que no le era posible borrar, y al enterarse de los portentos obrados por Jesús, había temblado de miedo creyendo que era Juan el Bautista resucitado de entre los muertos. Cuando Jesús fué puesto en sus manos por Pilato, consideró Herodes aquel acto como un reconocimiento de su poder, autoridad y magistratura, y por ello se reconcilió con Pilato, con quien estaba enemistado. Herodes tuvo mucho gusto en ver a Jesús, esperando que para satisfacerle obraría algún prodigio; pero no era la obra de Jesús satisfacer curiosidades ni procurar su propia seguridad. Su divino y milagroso poder había de emplearse en la salvación del género humano, y no en su provecho particular.

Nada respondió Jesús a las muchas preguntas de Herodes ni replicó a sus enemigos que vehementemente le acusaban. Herodes se enfureció porque Jesús no parecía temer su poder, y con sus soldados se mofó del Hijo de Dios, le escarneció y le maltrató. Sin embargo, se asombró del noble y divino aspecto de Jesús cuando lo maltrataban bochornosamente, y temeroso de condenarle lo volvió a enviar a Pilato.

Satanás y sus ángeles tentaban a Pilato procurando arrastrarlo a la ruina. Le sugirieron la idea de que si no condenaba a Jesús, otros lo condenarían. La multitud estaba sedienta de su sangre, y si no lo entregaba para ser crucificado, perdería su poder y honores mundanos, acusándosele de creer en el impostor. Temeroso de perder su poder y autoridad, consintió Pilato en la muerte de Jesús. Sin embargo, puso su sangre sobre sus acusadores y la multitud exclamó entonces a voz en grito: "Su sangre sea

sobre nosotros, y sobre nuestros hijos." 5 Pero Pilato no era inocente, y resultaba culpable de la sangre de Cristo. Por interés egoísta, por el ansia de ser honrado por los grandes de la tierra, entregó a la muerte a un inocente. Si Pilato hubiese obedecido a sus convicciones, nada hubiese tenido que ver con la condena de Jesús.

El aspecto y las palabras de Jesús durante su proceso, impresionaron el ánimo de muchos de los que estaban presentes en aquella ocasión. El resultado de la influencia así ejercida se hizo patente después de su resurrección. Entre quienes entonces ingresaron en la iglesia, había muchos cuyo convencimiento databa del proceso de Jesús.

Grande fué la ira de Satanás al ver que toda la crueldad que por incitación suya habían infligido los judíos a Jesús, no arrancaba de él ni la más leve queja. Aunque se había revestido de la naturaleza humana, estaba sustentado por divina fortaleza, y no se apartó en lo más mínimo de la voluntad de su Padre.

Capítulo 12

La crucifixión

El Hijo de Dios fué entregado al pueblo para que lo crucificara. Con gritos de triunfo se llevaron al Salvador. Estaba débil y abatido por el cansancio y dolor y la sangre perdida por los azotes y golpes que había recibido. Sin embargo, le cargaron auestas la pesada cruz en que pronto le clavarían. Jesús desfalleció bajo el peso. Tres veces le pusieron la cruz sobre los hombros, y otras tres cayó. A uno de sus discípulos, que no profesaba abiertamente la fe de Cristo y que, sin embargo, creía en él, lo tomaron y le pusieron encima la cruz para que la llevase al lugar del suplicio. Huestes de ángeles estaban alineadas en el aire sobre aquel lugar.

Algunos discípulos de Jesús le siguieron hasta el Calvario tristes y llorando amargamente. Recordaban su triunfal entrada en Jerusalén pocos días antes, cuando le habían acompañado gritando: "¡Hosanna en las alturas!" extendiendo sus vestiduras y hermosas palmas por el camino. Se habían figurado que iba entonces a posesionarse del reino y regir a Israel como príncipe temporal. ¡Cuán otra era la escena! ¡Cuán sombrías las perspectivas! No con regocijo ni con risueñas esperanzas, sino con el corazón quebrantado por el temor y el desaliento seguían ahora lentamente y entristecidos al que, lleno de humillaciones y oprobios, iba a morir.

Allí estaba la madre de Jesús con el corazón transido de una angustia como nadie más que una madre amorosa puede sentir. Sin embargo, también esperaba, lo mismo que los discípulos, que Cristo obrase algún estupendo milagro para librarse de sus verdugos. No podía soportar el pensamiento de que él consintiese en ser crucificado. Pero, después de hechos los preparativos, fué extendido Jesús sobre la cruz. Trajeron los clavos y el martillo. Desmayó el corazón de los discípulos. La madre de Jesús quedó postrada por insufrible agonía. Antes de que el Salvador fuese clavado en la cruz, los discípulos la apartaron de aquel lugar, para que no oyese el chirrido de los clavos al atravesar los huesos y la carne de los delicados pies y manos de Cristo, quien no murmuraba, sino que gemía agonizante. Su rostro estaba pálido y gruesas gotas de sudor le bañaban la frente. Satanás se regocijaba del sufrimiento que afligía al Hijo de Dios, y sin embargo, recelaba que hubiesen sido vanos sus esfuerzos para estorbar el plan de salvación, con lo que habría de perder su dominio y quedar finalmente destruído.

Después de clavar a Jesús en la cruz, la levantaron en alto para hincarla violentamente en el hoyo abierto en el suelo, y esta sacudida desgarró las carnes del Salvador, ocasionándole acerbos sufrimientos. Para que la muerte de Jesús fuese lo más ignominioso posible, crucificaron con él a dos ladrones, uno a cada lado. Estos dos ladrones opusieron mucha resistencia a los verdugos, quienes por fin les sujetaron los brazos y los clavaron en sus cruces; pero Jesús se sometió mansamente. No necesitó que nadie le forzara a extender sus brazos sobre la cruz. Mientras los ladrones maldecían a sus verdugos, el Salvador oraba en la agonía por sus enemigos, diciendo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen." 1 No sólo soportaba Cristo agonía corporal, sino que pesaban sobre él los pecados del mundo entero.

Pendiente Cristo de la cruz, algunos de los que pasaban por delante de ella inclinaban la cabeza como si reverenciasen a un rey y le decían: "Tú, el que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo: si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz." Satanás había empleado las mismas palabras en el desierto: "Si eres Hijo de Dios." Los príncipes de los sacerdotes, ancianos y escribas le escarnecían diciendo: "A otros salvó, a sí mismo no puede salvar: si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creemos en él." 2 Los ángeles que se cernían sobre la escena de la crucifixión de Cristo, se indignaron al oír el escarnio de los príncipes que decían: "Si es el Hijo de Dios, sálvese a sí mismo." Deseaban libertar a Jesús, pero no les fué consentido. No se había logrado todavía el objeto de su misión.

Durante las largas horas de agonía en que Jesús estuvo pendiente de la cruz, no se olvidó de su madre, la cual había vuelto al lugar de la terrible escena, porque no le era posible permanecer por más tiempo apartada de su Hijo. La última lección de Jesús fué de compasión y humanidad. Contempló el afligido semblante de su quebrantada madre, y después dirigió la vista a su amado discípulo Juan. Dijo a su madre: "Mujer, he ahí tu hijo." Y después le dijo a Juan: "He ahí tu madre." 3 Desde aquella hora, Juan se la llevó a su casa.

Jesús tuvo sed en su agonía, y le dieron a beber hiel y vinagre; pero al gustar el brebaje lo rehusó. Los ángeles habían presenciado la agonía de su amado Jefe hasta que ya no pudieron soportar aquel espectáculo, y se velaron el rostro para no ver la escena. El sol no quiso contemplar el terrible cuadro. Jesús exclamó en alta voz que hizo estremecer de terror el corazón de sus verdugos: "Consumado es." 4 Entonces el velo

del templo se desgarró de arriba abajo, la tierra tembló y hundiéronse las peñas. Densas tinieblas cubrieron la faz de la tierra. Al morir Jesús, pareció desvanecerse la última esperanza de los discípulos. Muchos de ellos presenciaron la escena de su pasión y muerte, y llenóse el cáliz de su tristeza.

Satanás no se regocijó entonces como antes. Había esperado desbaratar el plan de salvación; pero estaba arraigado demasiado hondamente. Y ahora, por la muerte de Cristo, conocía que él habría de morir finalmente y que su reino pasaría a Jesús. Tuvo Satanás consejo con sus ángeles. Nada había logrado contra el Hijo de Dios, y era necesario redoblar los esfuerzos y revolverse con todo su poder y astucia contra sus discípulos. Debían Satanás y sus ángeles impedir a todos cuantos pudiesen que recibieran la salvación comprada por Jesús. Si esto hacían, aun le fuera posible a Satanás actuar contra el gobierno de Dios. También le convenía por su propio interés apartar de Cristo a cuantos seres humanos pudiese, porque los pecados de los redimidos con su sangre caerán sobre el causante del pecado, quien habrá de sufrir su castigo, mientras que quienes no acepten la salvación por Jesús sufrirán la penalidad de sus propios pecados.

Cristo había vivido sin riquezas ni honores ni pompas mundanas. Su abnegación y humildad contrastaron señaladamente con el orgullo y egoísmo de los sacerdotes y ancianos. La inmaculada pureza de Jesús reprobaba de continuo los pecados de ellos. Le despreciaban por su humildad, pureza y santidad. Pero los que le despreciaron en la tierra han de verle un día en la grandeza del cielo y la insuperable gloria de su Padre.

En el patio del tribunal, estuvo rodeado de enemigos sedientos de su sangre; pero aquellos empedernidos que vociferaban: "Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos," le contemplarán honrado como Rey, escoltado en su regreso por todas las huestes angélicas que, en cánticos de victoria, atribuirán majestad y poderío al que fué muerto y, sin embargo, vive aún como poderoso vencedor.

El pobre, débil y mísero hombre escupió en el rostro del Rey de gloria, y las turbas respondían con una brutal gritería de triunfo al degradante insulto. Con crueles bofetadas desfiguraron aquel rostro que henchía los cielos de admiración. Pero quienes le maltrataron volverán a contemplar aquel rostro brillante como el sol meridiano e intentarán esconderse de su mirada. En vez de la brutal gritería de triunfo, se lamentarán sobre él.

Jesús mostrará sus manos señaladas por estigmas de su crucifixión. Siempre perdurarán los rastros de esta crueldad. Cada estigma de los clavos será un relato de la maravillosa redención del hombre y el subidísimo precio de su rescate. Quienes le traspasaron con la lanza verán la herida y deplorarán con profunda angustia la parte que tomaron en desfigurar su cuerpo.

Sus asesinos se sintieron muy molestados por la inscripción: "Rey de los judíos," colocada en la cruz sobre la cabeza del Salvador; pero ha de llegar día en que le vean en toda su gloria y regio poderío, con la inscripción "Rey de reyes y Señor de señores" escrita con vívidos caracteres en su túnica y en su muslo. Al verle pendiente de la cruz, clamaron en son de mofa los príncipes de los sacerdotes: "El Cristo, rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos." 5 Pero cuando vuelva le verán con regio poder y autoridad, y no pedirán pruebas de si es Rey de Israel, sino que, abrumados por el influjo de su majestad y excelsa gloria, no tendrán más remedio que reconocer: "Bendito el que viene en nombre del Señor."

Los enemigos de Jesús se conturbaron y sus verdugos se estremecieron cuando al exhalar el potente grito: "Consumado es," entregó la vida, y tembló el suelo, se hendieron las peñas y las tinieblas cubrieron la tierra. Los discípulos se admiraron de tan singulares manifestaciones, pero sus esperanzas estaban anonadadas. Temían que también procurasen los judíos matarlos. Estaban seguros de que el odio manifestado contra el Hijo de Dios no terminaría allí. Pasaban solitarias horas llorando la pérdida de sus esperanzas. Habían confiado en que Jesús reinase como Príncipe temporal, pero sus esperanzas murieron con él. En su triste desconsuelo, dudaban de si no les habría engañado. Aun su misma madre vacilaba en creer que fuese el Mesías.

A pesar del desengaño sufrido por los discípulos en sus esperanzas respecto a Jesús, todavía le amaban, y querían dar honrosa sepultura a su cuerpo, pero no sabían cómo lograrlo. José de Arimatea, un rico e influyente consejero de entre los judíos, y fiel discípulo de Jesús, se dirigió en privado pero con entereza a Pilato, pidiéndole el cuerpo del Salvador. No se atrevió a pedirlo abiertamente por temor al odio de los judíos, pues los discípulos recelaban que se esforzarían en impedir que el cuerpo de Cristo recibiese honrosa sepultura. Pilato accedió a la demanda, y los discípulos bajaron de la cruz el inanimado cuerpo, lamentando con profunda angustia sus malogradas esperanzas. Cuidadosamente envolvieron el cuerpo en un finísimo sudario y lo

enterraron en un sepulcro nuevo, propiedad de José.

Las mujeres que habían seguido humildemente a Jesús en vida, no quisieron separarse de él hasta verlo sepultado en la tumba cerrada con una pesadísima losa de piedra, para que sus enemigos no viniesen a robar el cuerpo. Pero no habían de temer, porque vi que las huestes angélicas vigilaban solícitamente el sepulcro de Jesús, esperando con vivo anhelo la orden de sus jefes para tomar parte en la obra de librar de su cárcel al Rey de gloria.

Los verdugos de Cristo temían que todavía pudiese volver a la vida y escapárseles de las manos, por lo que pidieron a Pilato una guardia de soldados para que cuidase el sepulcro hasta el tercer día. Así se hizo, quedando sellada la losa de la entrada del sepulcro, a fin de que los discípulos no vinieran a llevarse el cuerpo y decir después que había resucitado de entre los muertos.

Capítulo 13

La resurrección

Los discípulos descansaron el sábado, entristecidos por la muerte de su Señor, mientras que Jesús, el Rey de gloria, permanecía en la tumba. Al llegar la noche, vinieron los soldados a guardar el sepulcro del Salvador, mientras los ángeles se cernían invisibles sobre el sagrado lugar. Transcurría lentamente la noche, y aunque todavía era oscuro, los vigilantes ángeles conocían que se acercaba el tiempo de libertar a su Caudillo, el amado Hijo de Dios. Mientras ellos aguardaban con profundísima emoción la hora del triunfo, un potente ángel llegó volando raudamente desde el cielo. Su rostro era como el relámpago y sus vestiduras como la nieve. Su fulgor iba desvaneciendo las tinieblas por donde pasaba, y su brillante esplendor ahuyentaba aterrorizados a los ángeles malignos que habían pretendido triunfalmente que era suyo el cuerpo de Jesús. Un ángel de la hueste que había presenciado la humillación de Cristo y vigilaba la tumba, se unió al ángel venido del cielo y juntos bajaron al sepulcro. Al acercarse ambos, se estremeció el suelo y hubo un gran terremoto.

Los soldados de la guardia romana quedaron aterrados. ¿Dónde estaba ahora su poder para guardar el cuerpo de Jesús? No pensaron en su deber ni en la posibilidad de que los discípulos hurtasen el cuerpo del Salvador. Al brillar la luz de los ángeles en torno del sepulcro, más refulgente que el sol, los soldados de la guardia romana cayeron al suelo como muertos. Uno de los dos ángeles echó mano de la enorme losa y empujándola a un lado de la puerta, sentóse encima. El otro ángel entró en la tumba y desenvolvió el lienzo que envolvía la cabeza de Jesús. Entonces, el ángel del cielo, con voz que hizo estremecerse la tierra exclamó: "Tú, Hijo de Dios, te llama tu Padre. ¡Sal!" La muerte no tuvo ya por más tiempo dominio sobre Jesús. Levantóse de entre los muertos, como triunfante vencedor. La hueste angélica contemplaba la escena con solemne admiración. Y al surgir Jesús del sepulcro, esos resplandecientes ángeles se postraron en tierra para adorarle, y le saludaron con cánticos triunfales de victoria.

Los ángeles de Satanás hubieron de huir ante la refulgente y penetrante luz de los ángeles celestes, y amargamente se quejaron a su rey de que por violencia se les había arrebatado la presa, pues Aquel a quien tanto odiaban había resucitado de entre los muertos. Satanás y sus huestes se habían ufanado de que su dominio sobre el hombre

caído hubiese motivado que el Señor de la vida fuese puesto en el sepulcro; pero poco duró su infernal triunfo, porque al resurgir Jesús de su cárcel como majestuoso vencedor, comprendió Satanás que después de un tiempo habría de morir y que su reino pasaría a poder de su legítimo dueño. Rabiosamente lamentaba Satanás que a pesar de sus esfuerzos no hubiese logrado vencer a Jesús, quien en cambio había abierto para el hombre un camino de salvación, de modo que todos pudieran andar por él y ser salvos.

Satanás y sus ángeles se reunieron en consejo para deliberar acerca de cómo podrían aún luchar contra el gobierno de Dios. Mandó Satanás a sus siervos que fueran a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, y al efecto dijo: "Hemos logrado engañarlos, cegar sus ojos y endurecer sus corazones respecto a Jesús. Les dimos a entender que era un impostor. Pero los soldados romanos de la guardia divulgarán la odiosa noticia de que Cristo ha resucitado. Conseguimos que los príncipes de los sacerdotes y los ancianos odieran a Jesús y lo matasen. Ahora hemos de hacerles presente que si llega a saberse que Jesús ha resucitado, el pueblo los lapidará por haber condenado a muerte a un inocente."

Cuando la hueste angélica se marchó del sepulcro y la luz y el resplandor se desvanecieron, los soldados de la guardia levantaron recelosamente la cabeza y miraron en derredor, quedando estupefactos al ver el sepulcro vacío y la losa empujada más allá de la puerta. Se apresuraron a ir a la ciudad para comunicar a los príncipes y ancianos lo que habían visto. Al escuchar aquellos verdugos el maravilloso relato, palideció su rostro y se horrorizaron al pensar en lo que habían hecho. Si el relato era verídico, estaban perdidos. Durante un rato, permanecieron silenciosos mirándose unos a otros, sin saber qué hacer ni qué decir, pues aceptar el relato equivaldría a su propia condenación. Se reunieron aparte para acordar lo que habían de hacer, argumentando que si el relato de los guardias se divulgaba entre el pueblo, se mataría como a asesinos a los que dieron muerte a Jesús.

Resolvieron sobornar a los soldados para que no dijese nada a nadie; y los príncipes y ancianos les ofrecieron una fuerte suma de dinero, diciéndoles: "Decid: Sus discípulos vinieron de noche, y le hurtaron, durmiendo nosotros." 1 Y cuando los soldados preguntaron qué se les haría por haberse dormido en su puesto, los príncipes les prometieron que persuadirían al gobernador para que no los castigase. Por amor al dinero, los guardias romanos vendieron su honor y se conformaron con el consejo de los príncipes y ancianos.

Cuando Jesús, pendiente de la cruz, exclamó: "Consumado es," las peñas se hendieron, tembló la tierra y se abrieron algunas tumbas. Al resurgir Cristo triunfante de la muerte y del sepulcro, mientras la tierra se tambaleaba y los fulgores del cielo brillaban sobre el sagrado lugar, algunos de los justos muertos, obedientes a su llamamiento, salieron de los sepulcros para atestiguar su resurrección. Aquellos favorecidos santos salieron glorificados. Eran santos escogidos de todas las épocas, desde la creación hasta los días de Cristo. Así es que mientras los príncipes judíos procuraban ocultar la resurrección de Cristo, quiso Dios levantar de sus tumbas a cierto número de santos para atestiguar que Jesús había resucitado y proclamar su gloria.

Los resucitados diferían en estatura y aspecto, pues unos eran de más noble continente que otros. Se me informó de que los habitantes de la tierra habían ido degenerando con el tiempo, perdiendo fuerza y donaire. Satanás tenía el dominio de las enfermedades y la muerte, y se habían hecho más visibles en cada época los efectos de la maldición y más evidente el poderío de Satanás. Los que vivieron en los días de Noé y Abrahán parecían ángeles por su robustez, gallardía y aspecto; pero los de cada sucesiva generación resultaban más débiles, más sujetos a las enfermedades y de vida más corta. Satanás ha ido aprendiendo a molestar y debilitar la raza.

Los que salieron de sus sepulcros cuando resucitó Jesús, se aparecieron a muchos, diciéndoles que ya estaba cumplido el sacrificio por el hombre; que Jesús, a quien los judíos crucificaron, había resucitado de entre los muertos, y en comprobación de sus palabras, declaraban: "Nosotros fuimos resucitados con él." Atestiguaban que por el formidable poder de Jesús habían salido de sus sepulcros. A pesar de los mentirosos rumores propagados, ni Satanás y sus ángeles, ni los príncipes de los sacerdotes lograron ocultar la resurrección de Jesús, porque los santos resucitados divulgaron la maravillosa y alegre nueva. También Jesús se apareció a sus entristecidos discípulos, disipando sus temores e infundiéndoles jubilosa alegría.

Al difundirse la noticia de ciudad en ciudad y de villa en villa, los judíos a su vez temieron por su vida, y disimularon el odio que contra los discípulos abrigaban. Su única esperanza era esparcir el mentiroso relato; y lo aceptaban todos cuantos tenían interés en que fuese verdadero. Pilato tembló al oír que Cristo había resucitado. No podía dudar del testimonio dado, y desde aquella hora no tuvo paz. Por apetencia de mundanos honores, por miedo de perder su autoridad y su vida, había entregado a Jesús

a la muerte. Estaba ahora plenamente convencido de que no sólo era un inocente, cuya sangre recaía sobre él, sino que era también el Hijo de Dios. Miserable fué hasta su fin la vida de Pilato. La desesperación y la angustia ahogaron sus goces y esperanzas. Rechazó todo consuelo y murió miserablemente.

El corazón de Herodes se había empedernido aún más, y al saber que Cristo había resucitado no fué mucha su turbación.

El primer día de la semana muy temprano, antes que amaneciese, las santas mujeres llegaron al sepulcro con aromas para ungir el cuerpo de Jesús. Vieron que la losa había sido apartada de la entrada y el sepulcro estaba vacío. Temerosas de que los enemigos hubiesen robado el cuerpo, se les sobresaltó el corazón; pero de pronto contemplaron a los dos ángeles vestidos de blanco con refulgente rostro. Estos seres celestiales comprendieron la misión que venían a cumplir las mujeres, e inmediatamente les dijeron que Jesús no estaba allí, pues había resucitado, y en prueba de ello podían ver el lugar donde había yacido. Les mandaron que fueran a decir a los discípulos que Jesús iría delante de ellos a Galilea. Con gozoso temor se apresuraron las mujeres a buscar a los afligidos discípulos y les refirieron cuanto habían visto y oído.

No podían creer los discípulos que Cristo hubiese resucitado y se encaminaron presurosos al sepulcro con las mujeres que les habían traído la noticia. Vieron que Jesús no estaba allí, y aunque el sudario y los lienzos dejados en el sepulcro eran una prueba, se resistían a creer la buena nueva de que hubiese resucitado de entre los muertos. Volviéronse a sus casas maravillados de lo que habían visto y del relato de las mujeres. Pero María prefirió quedarse cerca del sepulcro, pensando en lo que acababa de ver y angustiada por la idea de que pudiera haberse engañado. Presentía que la aguardaban nuevas pruebas. Su pena recrudecía y prorrumplía en amargo llanto. Se bajó a mirar otra vez el sepulcro, y vió a dos ángeles vestidos de blanco, uno sentado a la cabecera del sepulcro y el otro a los pies. Le hablaron tiernamente preguntándole porqué lloraba, y ella respondió: "Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto." 2

Al volverse atrás, María vió a Jesús allí cerca; pero no lo reconoció. El le habló suavemente, preguntándole la causa de su tristeza y a quién buscaba. Pensando María que era el hortelano, le suplicó que si se había llevado a su Señor, le dijera en dónde lo había puesto para llevárselo ella. Entonces Jesús le habló con su propia voz celestial, exclamando: "¡María!" Ella reconoció el tono de aquella voz querida, y prestamente

respondió: "¡Maestro!" con tal gozo que quiso abrazarlo. Pero Jesús le dijo: "No me toques: porque aun no he subido a mi Padre: mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios." 3 Alegrementemente marchó María a comunicar a los discípulos la buena nueva. Pronto ascendió Jesús a su Padre para oír de sus labios que aceptaba el sacrificio y recibir toda potestad en el cielo y en la tierra.

Los ángeles rodeaban como una nube al Hijo de Dios, y mandaron levantar las puertas eternas para que entrase el Rey de gloria. Vi que mientras Jesús estaba con aquella brillante hueste celestial en presencia de Dios y rodeado de su gloria, no se olvidó de sus discípulos en la tierra, sino que recibió de su Padre la potestad de volver y compartirla con ellos. El mismo día regresó a la tierra y se mostró a sus discípulos, consintiendo entonces en que le tocasen, porque ya había subido a su Padre y recibido potestad.

En esa ocasión no estaba presente Tomás, quien no quiso aceptar humildemente el relato de los demás discípulos, sino que con firme suficiencia declaró que no lo creería a no ser que viera en sus manos la señal de los clavos, y pusiera su mano en el costado que atravesó la lanzada. En esto denotó Tomás falta de confianza en sus hermanos. Si todos hubiesen de exigir las mismas pruebas, nadie recibiría ahora a Jesús ni creería en su resurrección. Pero quería Dios que cuantos no pudiesen ver y oír por sí mismos al resucitado Salvador, recibieran el relato de los discípulos. No agradó a Dios la incredulidad de Tomás. Cuando Jesús volvió otra vez adonde estaban sus discípulos, hallábase Tomás con ellos, y al ver a Jesús, creyó. Pero como había declarado que no quedaría satisfecho sin la prueba de tocar añadida a la de ver, Jesús se la dió tal como la había deseado. Entonces Tomás exclamó: "¡Señor mío, y Dios mío!" Pero Jesús le reprendió por su incredulidad, diciéndole: "Porque me has visto, Tomás, creíste: bienaventurados los que no vieron y creyeron." 4

Mientras las santas mujeres llevaban la noticia de que Jesús había resucitado, los soldados de la guardia romana propalaban la mentira puesta en sus bocas por los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, de que los discípulos habían venido por la noche a hurtar el cuerpo de Jesús mientras ellos dormían. Satanás había puesto esta mentira en los corazones y labios de los príncipes de los sacerdotes, y el pueblo estaba listo para creer su palabra. Pero Dios había asegurado más allá de toda duda la veracidad de este importante acontecimiento del que depende nuestra salvación, y fué imposible que los sacerdotes y ancianos lo ocultaran. De entre los muertos se levantaron

testigos para evidenciar la resurrección de Cristo.

Cuarenta días permaneció Jesús con sus discípulos, alegrándoles el corazón al declararles más abiertamente las realidades del reino de Dios. Los comisionó para llevar testimonio de cuanto habían visto y oído referente a su pasión, muerte y resurrección, así como de que él había hecho sacrificio por el pecado para que cuantos quisieran pudieran acudir a él y encontrar vida. Con fiel ternura les dijo que serían perseguidos y angustiados, pero que hallarían consuelo en el recuerdo de su experiencia y en la memoria de las palabras que les había hablado. Díjoles que él había vencido las tentaciones de Satanás y obtenido la victoria por medio de pruebas y sufrimientos. Ya no tendría Satanás más poder sobre él, pero los tentaría más directamente a ellos y a cuantos creyeran en su nombre. Sin embargo, también podrían ellos vencer como él había vencido. Jesús confirió a sus discípulos el poder de obrar milagros, diciéndoles que aunque los malvados los persiguieran, él enviaría de cuando en cuando sus ángeles para librarlos, sin que nadie pudiera quitarles la vida hasta que su misión fuese cumplida. Entonces podría ser que se les pidiese que sellasen con su sangre los testimonios que hubiesen dado.

Los anhelosos discípulos escuchaban gozosamente las enseñanzas del Maestro, regocijándose a cada palabra que fluía de sus santos labios. Sabían ahora con certeza que era el Salvador del mundo. Sus palabras penetraban hondamente en sus corazones, y sentían haber de separarse pronto de su Maestro celestial, y no poder ya oír las consoladoras y compasivas palabras de sus labios. Pero de nuevo se inflamaron sus corazones de amor y excelso júbilo, cuando Jesús les dijo que iba a aparejarles lugar y volver otra vez para llevárselos consigo, de modo que siempre estuviesen con él. También les prometió enviarles el Consolador, el Espíritu Santo, para guiarlos en toda verdad. "Y alzando sus manos, los bendijo." 5

Capítulo 14

La ascensión.

El Cielo entero aguardaba la triunfal hora en que Jesús ascendería a su Padre. Vinieron los ángeles a recibir al Rey de gloria y escoltarlo triunfalmente hasta el cielo. Después de bendecir Jesús a sus discípulos, separóse de ellos y ascendió a los cielos seguido de numerosos cautivos libertados cuando él resucitó. Acompañábale una numerosísima hueste celestial, mientras una innumerable cohorte de ángeles esperaba en el cielo su llegada. Según iban ascendiendo a la santa ciudad, los ángeles que exaltaban a Jesús exclamaban: "Abrid, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria." Los ángeles de la ciudad exclamaban arrobados: "¿Quién es este Rey de gloria?" Los ángeles de la escolta respondían con voz de triunfo: "¡Jehová el fuerte y valiente! ¡Jehová el poderoso en batalla! Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria." Nuevamente los ángeles del cielo preguntaban: "¿Quién es este Rey de gloria?" Y los de la escolta respondían en melodiosas estrofas: "Jehová de los ejércitos; él es el Rey de la gloria." 1 Y la celeste comitiva entró en la ciudad de Dios.

Entonces toda la hueste celestial rodeó a su majestuoso Caudillo e inclinóse ante él con profundísima adoración, arrojando las brillantes coronas a sus pies. Después pulsaron las áureas arpas y con dulces y melodiosas estrofas hinchieron el cielo de embelesadora música y cánticos en loor del Cordero que había sido inmolado y sin embargo vive en majestad y gloria.

Mientras los discípulos miraban tristemente al cielo para contemplar la última vislumbre de su ascendente Señor, dos ángeles vestidos de blanco se pusieron junto a ellos y les dijeron: "Varones galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? este mismo Jesús que ha sido tomado desde vosotros arriba en el cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo." 2 Los discípulos y la madre de Jesús que con ellos había presenciado la ascensión del Hijo de Dios, pasaron la noche siguiente hablando de las admirables obras de Jesús y de los extraños y gloriosos acontecimientos ocurridos en tan corto tiempo.

Satanás tuvo otra vez consejo con los ángeles y con acerbo odio contra el gobierno de Dios les dijo que mientras retuviese su poder y autoridad en la tierra, debían

decuplicar sus esfuerzos contra los discípulos de Jesús. No habían podido lograr nada contra Cristo, pero a ser posible debían vencer a sus discípulos. En cada generación deberían procurar engañar a quienes creyeran en Jesús. Les dijo Satanás a sus ángeles que Jesús había conferido a sus discípulos la potestad de reprenderlos y expulsarlos, y de sanar a cuantos afligieran. Entonces, los ángeles de Satanás marcharon como rugientes leones a procurar destruir a los discípulos de Jesús.

Capítulo 15

El día de Pentecostés.

Antes de ascender a los cielos, Cristo señaló el mundo a sus discípulos por campo de labor. Les dijo: "Id por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura." 1 Habían de predicar lo referente al Salvador, a su vida de abnegado servicio, su ignominiosa muerte y su incomparable e inextinguible amor. El nombre de Cristo había de ser su lema y su lazo de unión. En su nombre habían de subyugar las fortalezas del pecado. La fe en su nombre los caracterizaría como cristianos.

Al dar a sus discípulos ulteriores instrucciones les dijo: "Mas recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros; y me seréis testigos en Jerusalén y en toda Judea, y Samaria, y hasta lo último de la tierra." "Mas vosotros asentad en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de potencia de lo alto." 2 Obedientes a la palabra de su Maestro, los discípulos se reunieron en Jerusalén para esperar el cumplimiento de la promesa de Dios. Allí estuvieron diez días, en los que hicieron un profundo examen de conciencia, y se unieron estrechamente en fraternidad cristiana.

Al cabo de los diez días cumplió el Señor su promesa con una admirable efusión de su Espíritu. "De repente vino un estruendo del cielo como de un viento recio que corría, el cual hinchó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, que se asentó sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, como el Espíritu les daba que hablasen." Los judíos estaban esparcidos por casi todas las naciones, y hablaban diversas lenguas. Habían venido desde muy lejanos puntos a Jerusalén, aposentándose provisoriamente en esta ciudad, para asistir a las fiestas religiosas que allí se celebraban y observar sus requisitos. Se les oía hablar en todas las lenguas conocidas, y esta diversidad de lenguaje era un grave obstáculo para la labor encomendada a los siervos de Dios, de publicar la doctrina de Cristo por todos los ámbitos de la tierra. La milagrosa manera en que Dios suplió la deficiencia de los apóstoles fué para la gente la más perfecta confirmación del testimonio que daban de Cristo. El Espíritu Santo había hecho por ellos lo que no hubieran podido cumplir en toda su vida. Ya podían difundir por doquiera la verdad del evangelio, hablando correctamente la lengua de aquellos por quienes trabajaran. Este milagroso don era la prueba más concluyente que podían

ofrecer al mundo de que su misión llevaba el sello del cielo. "Moraban entonces en Jerusalén judíos, varones religiosos, de todas las naciones debajo del cielo. Y hecho este estruendo, juntóse la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar su propia lengua. Y estaban atónitos y maravillados, diciendo: He aquí ¿no son galileos todos éstos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en que somos nacidos?"

En aquella memorable ocasión gran número de los que hasta entonces habían ridiculizado la idea de que una persona tan sencilla como Jesús fuese el Hijo de Dios, se convencieron plenamente de esta verdad, y le reconocieron por su Salvador. Tres mil almas se añadieron a la iglesia. Los apóstoles hablaban con la virtud del Espíritu Santo; y sus palabras no admitían réplica, porque estaban corroboradas con potentes milagros verificados por medio de la efusión del Espíritu de Dios. Los mismos discípulos quedaron admirados de las consecuencias de aquella manifestación, y de la pronta y abundante cosecha de almas. La gente estaba atónita, y quienes aun no habían renunciado a sus prejuicios y fanatismo andaban tan perplejos que no se atrevían a entorpecer de palabra ni de obra la potente empresa, y durante algún tiempo cesaron en su oposición.

Este testimonio relativo al establecimiento de la iglesia cristiana nos ha sido dado no tan sólo como parte importante de la historia sagrada, sino como una lección. Todos los que profesan el nombre de Cristo deben esperar, vigilar y orar con unánime corazón. Toda diferencia se ha de poner a un lado, de modo que el tierno amor mutuo y la unidad de sentimientos compenentren el conjunto. Así podrán elevarse al unísono nuestras oraciones al Padre celestial con robusta y ardiente fe.

Los discípulos y apóstoles de Cristo tenían un profundo sentimiento de su insuficiencia y en humilde oración unían su debilidad a la fortaleza de él, su ignorancia a su sabiduría, su indignidad a su justicia, su pobreza a su inagotable opulencia. Así fortalecidos y equipados no vacilaron en el servicio de su Maestro.

Estos hombres humildes exponían verdades tan puras y elevadas que asombraban a los oyentes. No podían ir personalmente a los más apartados extremos de la tierra; pero a la fiesta de Jerusalén habían acudido habitantes de todas las partes del mundo, quienes llevaron a sus hogares las verdades recibidas y las publicaron entre sus compatriotas, ganando almas para Cristo.

Capítulo 16

Curación del cojo

Poco tiempo después del descenso del Espíritu Santo, e inmediatamente después de una temporada de fervorosa oración, Pedro y Juan subieron al templo para adorar, y vieron en la puerta Hermosa un cojo de cuarenta años de edad, que desde su nacimiento había estado afligido por el dolor y la enfermedad. Este desdichado había deseado durante largo tiempo ver a Jesús para que le curase; pero estaba impedido y muy alejado del escenario en donde operaba el gran Médico. Sus ruegos movieron por fin a algunos amigos a llevarlo a la puerta del templo, y al llegar allí supo que Aquel en quien pusiera sus esperanzas había sido condenado a una muerte cruel.

Su desconsuelo excitó las simpatías de quienes sabían cuán anhelosamente había esperado que Jesús lo curase, y diariamente le llevaban al templo con objeto de que la gente le diese una limosna para atender a sus necesidades. Al entrar Pedro y Juan les pidió una limosna. Los discípulos le miraron compasivamente, y Pedro le dijo: "Mira a nosotros. Entonces él estuvo atento a ellos, esperando recibir de ellos algo. Y Pedro dijo: Ni tengo plata ni oro." Al manifestar así Pedro su pobreza, el cojo se desanimó; pero recobróse con viva esperanza cuando el apóstol prosiguió diciendo: "Mas lo que tengo te doy: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda. Y tomándole por la mano derecha le levantó: y luego fueron afirmados sus pies y tobillos. Y saltando, se puso en pie y anduvo; y entró con ellos en el templo, andando y saltando, y alabando a Dios. ... Y teniendo a Pedro y a Juan el cojo que había sido sanado, todo el pueblo concurrió a ellos, al pórtico que se llama de Salomón, atónitos." Se asombraban de que los discípulos pudiesen obrar milagros análogos a los que había obrado Jesús. Sin embargo, allí estaba aquel hombre, cojo e impedido durante cuarenta años, libre de dolor y dichoso de creer en Jesús. Cuando los discípulos vieron el asombro del pueblo, Pedro preguntó: "¿Por qué os maravilláis de esto? ¿por qué ponéis los ojos en nosotros, como si con nuestra virtud o piedad hubiésemos hecho andar a éste?" Les aseguró que la curación se había efectuado en el nombre y por los méritos de Jesús de Nazaret, a quien Dios había resucitado de entre los muertos. Declaró el apóstol: "Y en la fe de su nombre, a éste que vosotros veis y conocéis, ha confirmado su nombre: y la fe que por él es, ha dado a éste esta completa sanidad en presencia de todos vosotros." Y exclamó: "Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; pues que

vendrán los tiempos del refrigerio de la presencia del Señor."

Mientras los discípulos estaban hablando al pueblo "sobrevinieron los sacerdotes, y el magistrado del templo, y los saduceos, resentidos de que enseñasen al pueblo, y anunciasen en Jesús la resurrección de los muertos." Rápidamente crecía el número de los convertidos a la nueva fe, y tanto los fariseos como los saduceos convinieron en que si no atajaban a estos nuevos instructores, su influencia peligraría aun más que cuando Jesús estaba en la tierra. Por lo tanto, el magistrado del templo, con auxilio de algunos saduceos prendió a Pedro y a Juan, y los encerró en la cárcel, pues ya era demasiado avanzada la tarde del día para someterlos a interrogatorio.

Los enemigos de los discípulos no pudieron menos que convencerse de que Jesús había resucitado de entre los muertos. La prueba era demasiado concluyente para dar lugar a dudas. Sin embargo, endurecieron sus corazones, rehusando arrepentirse de la terrible fechoría cometida al condenar a Jesús a muerte. Confiados en su presumida rectitud, los maestros judíos no quisieron admitir que quienes les inculpaban de haber crucificado a Jesús hablasen por inspiración del Espíritu Santo.

Si los caudillos judíos se hubiesen sometido al convincente poder del Espíritu Santo, hubieran sido perdonados; pero no quisieron ceder. De la misma manera, el pecador obstinado en continua resistencia se coloca fuera del alcance del Espíritu Santo.

El día siguiente a la curación del cojo, Anás y Caifás, con los otros dignatarios del templo se reunieron en Sanedrín para juzgar la causa, y mandaron que comparecieran los presos. En aquel mismo lugar, y en presencia de algunos de aquellos hombres, había negado vergonzosamente Pedro a su Señor. De esto se acordó muy bien al comparecer a juicio. Entonces se le deparaba ocasión de redimir su cobardía.

El Pedro que negó a Cristo en la hora de su más apremiante necesidad era impulsivo y presuntuoso, muy diferente del Pedro que comparecía a juicio ante el Sanedrín. Desde su caída se había convertido. Ya no era orgulloso y arrogante, sino modesto y humilde. Estaba lleno del Espíritu Santo y con auxilio de este poder se resolvió a lavar la mancha de su apostasía honrando el Nombre que negara.

Hasta entonces los sacerdotes habían evitado mencionar la crucifixión y resurrección de Jesús. Pero ahora, para cumplir su propósito, se veían precisados a

preguntarles a los acusados cómo había podido efectuarse la curación del inválido. Así que preguntaron: "¿Con qué potestad, o en qué nombre, habéis hecho vosotros esto?"

Con santa audacia y amparado por el poder del Espíritu, Pedro respondió valientemente: "Sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, al que vosotros crucificasteis y Dios le resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano. Este es la piedra reprobada de vosotros los edificadores, la cual es puesta por cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salud; porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos."

Esta valerosa defensa espantó a los caudillos judíos. Se habían figurado que los discípulos quedarían abrumados por el temor y la confusión al comparecer ante el Sanedrín. Pero por el contrario, dieron testimonio hablando como Cristo había hablado, con tan convincente persuasión que hubieron de callar sus adversarios. La voz de Pedro no daba indicios de temor al decir de Cristo: "Este es la piedra reprobada de vosotros los edificadores, la cual es puesta por cabeza del ángulo." Cuando los sacerdotes escucharon las valerosas palabras de los apóstoles, "les conocían que habían estado con Jesús."

Cristo puso su sello en las palabras que Pedro pronunció en su defensa. Junto al discípulo, como testigo veraz, estaba el hombre que tan maravillosamente había sido curado. La presencia de este hombre, pocas horas antes cojo impedido, y ahora por completo curado, añadía el peso de un testimonio a las palabras de Pedro. Los sacerdotes y dignatarios permanecían callados. No podían rebatir la afirmación de Pedro, pero no estaban menos determinados a hacer cesar las enseñanzas de los discípulos.

A fin de encubrir su perplejidad y deliberar entre sí, los sacerdotes y dignatarios ordenaron que se sacara a los apóstoles del concilio. Todos convinieron en que sería inútil negar la milagrosa curación del cojo. Gustosos hubieran encubierto el milagro con falsedades; pero esto era imposible; porque había ocurrido en plena luz del día, ante multitud de gente y ya lo sabían millares de personas.

A pesar de su deseo de matar a los discípulos, los sacerdotes sólo se atrevieron a amenazarlos con riguroso castigo si seguían hablando u obrando en el nombre de Jesús.

Nuevamente los llamaron ante el Sanedrín, y les intimaron que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan respondieron: "Juzgad si es justo delante de Dios obedecer antes a vosotros que a Dios: porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído."

De buena gana hubieran los sacerdotes castigado a los discípulos por su inquebrantable fidelidad a su sagrada vocación; pero temían al pueblo, "porque todos glorificaban a Dios de lo que había sido hecho." Así, con reiteradas amenazas y órdenes fueron puestos los apóstoles en libertad.

Capítulo 17

Lealtad a Dios bajo la persecución

En Jerusalén, donde existían los más arraigados prejuicios y dominaban las más confusas ideas acerca de Aquel que había sido crucificado como un malhechor, los discípulos proseguían predicando valientemente las palabras de vida y exponiendo ante los judíos la obra y misión de Cristo, su crucifixión, resurrección y ascensión. Los sacerdotes y magistrados oían admirados el explícito e intrépido testimonio de los apóstoles. El poder del resucitado Salvador se había transferido en efecto a los discípulos cuya obra iba acompañada de señales y milagros que diariamente acrecentaban el número de creyentes.

Vieron los sacerdotes y magistrados que Cristo era ensalzado por encima de ellos. Como los saduceos no creían en la resurrección, se encolerizaron al oír a los discípulos afirmar que Cristo había resucitado de entre los muertos, pues comprendían que si se dejaba a los apóstoles predicar a un resucitado Salvador y obrar milagros en su nombre, rechazaría la gente la doctrina que ellos enseñaban negando la resurrección, y pronto se extinguiría la secta de los saduceos. Por su parte, los fariseos se enojaron al notar que las enseñanzas de los discípulos propendían a suprimir las ceremonias judaicas e invalidar los sacrificios.

Vanos habían sido los esfuerzos hechos hasta entonces para suprimir la nueva doctrina; pero los saduceos y fariseos determinaron conjuntamente hacer cesar la obra de los discípulos, pues demostraba la culpabilidad que ellos tenían en la muerte de Jesús. Poseídos de indignación, los sacerdotes echaron violentamente mano a Pedro y Juan y los pusieron en la cárcel pública.

No se intimidaron ni se abatieron los discípulos por semejante trato. El Espíritu Santo les recordó las palabras de Cristo: "No es el siervo mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros perseguirán: si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado." "Os echarán de las sinagogas; y aun viene la hora, cuando cualquiera que os matare, pensará que hace servicio a Dios." "Mas os he dicho esto, para que cuando aquella hora viniere, os acordéis de que yo os lo había dicho." 1

El Dios del cielo, el poderoso Gobernador del universo tomó por su cuenta el asunto del encarcelamiento de los discípulos; porque los hombres guerreaban contra su obra. Durante la noche, el ángel del Señor abrió las puertas de la cárcel y dijo a los discípulos: "Id, y estando en el templo, hablad al pueblo todas las palabras de esta vida."

Dios había dicho: "Id" y ellos obedecieron. "Entraron de mañana en el templo, y enseñaban."

Cuando Pedro y Juan se presentaron ante los fieles y refirieron cómo el ángel los había guiado por entre la tropa de soldados que guardaba la cárcel, ordenándoles que reanudaran la interrumpida obra, se llenaron los hermanos de admiración y gozo.

Entretanto, el príncipe de los sacerdotes y los que eran con él "convocaron el concilio, y a todos los ancianos de los hijos de Israel." Los sacerdotes y magistrados decidieron acusar a los discípulos de ser insurrectos, de haber asesinado a Ananías y Safira, y de conspirar para desposeer de su autoridad a los sacerdotes, esperando con ello excitar a las turbas de modo que interviniesen en el asunto y trataran a los discípulos como habían tratado a Jesús.

Cuando enviaron por los presos para que comparecieran ante su presencia, grande fué el asombro general al recibirse la noticia de que se había hallado las puertas de la cárcel cerradas con toda seguridad y a los guardas delante de ellas, pero que no se podía encontrar a los presos en ninguna parte.

Pronto llegó este sorprendente informe: "He aquí, los varones que echasteis en la cárcel, están en el templo, y enseñan al pueblo. Entonces fué el magistrado con los ministros, y trájelos sin violencia; porque temían del pueblo ser apedreados."

Aunque los apóstoles habían sido milagrosamente libertados de la cárcel, no se libraron de indagatoria y castigo. Cristo les había dicho cuando estuvo con ellos: "Mirad por vosotros: porque os entregarán en los concilios." 2 Al enviarles un ángel para libertarlos, Dios les había dado una muestra de su amor y una seguridad de su presencia. Ahora les tocaba a ellos por su parte sufrir por causa de Aquel cuyo evangelio predicaban.

La historia de los profetas y apóstoles nos ofrece muchos nobles ejemplos de lealtad a Dios. Los testigos de Cristo han sufrido cárcel, tormento y la misma muerte antes de quebrantar los mandamientos de Dios. El ejemplo de Pedro y Juan es heroico cual ninguno en la dispensación evangélica. Al presentarse por segunda vez ante los hombres que parecían resueltos a destruirlos, no se advirtió señal ninguna de temor ni vacilación en sus palabras y ademanes. Y cuando el pontífice les dijo: "¿No os denunciarnos estrechamente, que no enseñaseis en este nombre? y he aquí, habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de este hombre," Pedro respondió: "Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres." Un ángel del cielo los había librado de la cárcel y ordenádoles que enseñaran en el templo. Al seguir sus instrucciones obedecían el divino mandato, y así debían proseguir haciéndolo a pesar de cuántos impedimentos encontraran para ello.

Entonces el espíritu de inspiración descendió sobre los discípulos. Los acusados se convirtieron en acusadores, inculcando de la muerte de Cristo a quienes componían el concilio. Pedro declaró: "El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, al cual vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste ha Dios ensalzado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y remisión de pecados. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen."

Tan airados se pusieron los judíos al oír estas palabras, que resolvieron juzgar por sí mismos y sin más proceso ni consentimiento de los magistrados romanos, condenar a muerte a los presos. Culpables ya de la sangre de Cristo, ansiaban ahora mancharse las manos con la sangre de sus discípulos.

Pero había en el concilio un varón que reconoció la voz de Dios en las palabras de los discípulos. Era Gamaliel, un fariseo de buena reputación, hombre erudito y de elevada categoría social. Su claro criterio comprendió que la violenta medida propuesta por los sacerdotes tendría terribles consecuencias. Antes de hablar a sus compañeros de concilio, pidió Gamaliel que se hiciese salir de allí a los presos, pues sabía con quiénes trataba, y que los matadores de Cristo no vacilarían en nada con tal de llevar adelante su propósito.

Con mucho aplomo y sensatez, Gamaliel se puso de pie y dijo:

"Varones israelitas, mirad por vosotros acerca de estos hombres en lo que habéis de hacer. Porque antes de estos días se levantó Teudas, diciendo que era alguien; al que se agregó un número de hombres como cuatrocientos: el cual fué matado; y todos los que le creyeron fueron dispersos y reducidos a nada. Después de éste, se levantó Judas el galileo en los días del empadronamiento, y llevó mucho pueblo tras sí. Pereció también aquél; y todos los que consintieron con él, fueron derramados. Y ahora os digo: Dejaos de estos hombres, y dejadles; porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá: más si es de Dios, no la podréis deshacer; no seáis tal vez hallados resistiendo a Dios."

Los sacerdotes comprendieron lo razonable de esta opinión, y no pudieron menos que convenir con Gamaliel. Sin embargo, no les fué posible dominar sus odios y prejuicios, y de muy mala gana, después de mandar que azotasen a los discípulos e intimarlos bajo pena de la vida a que no volviesen a predicar en el nombre de Jesús, los soltaron. "Y ellos partieron de delante del concilio, gozosos de que fuesen tenidos por dignos de padecer afrenta por el Nombre. Y todos los días, en el templo y por las casas no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo."

¿Cuál fué la fortaleza de los que en pasados tiempos padecieron persecución por causa de Cristo? Consistió en su unión con Dios, con el Espíritu Santo y con Cristo. El vituperio y la persecución han separado a muchos de sus afectos terrenos, pero nunca del amor de Cristo. Nunca es tan amada de su Salvador el alma combatida por las tormentas de la prueba como cuando padece afrenta por la verdad. "Yo le amaré, y me manifestaré a él" dijo Cristo. 1 Cuando el creyente se sienta en el banquillo de los acusados ante los tribunales terrenos por la causa de la verdad, está Cristo a su lado. Cuando se ve recluido entre las paredes de una cárcel, Cristo se le manifiesta y le consuela el corazón con su amor. Cuando padece la muerte por causa de Cristo, el Salvador le dice: Podrán matar el cuerpo, pero no dañará el alma. "Confiad, yo he vencido al mundo." 2 "No temas, que yo soy contigo; no desmayes, que yo soy tu Dios que te esfuerzo: siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia." 3

"Los que confían en Jehová son como el monte Sión, que no deslizará: estará para siempre. Como Jerusalén tiene montes alrededor de ella, así Jehová alrededor de su pueblo desde ahora y para siempre." "De engaño y de violencia redimirá sus almas; y la sangre de ellos será preciosa en sus ojos." 4

Capítulo 18

Ordenación evangélica

"En aquellos días, creciendo el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que sus viudas eran menospreciadas en el ministerio cotidiano." En la iglesia primitiva había gente de diversas clases sociales y distintas nacionalidades. Cuando la venida del Espíritu Santo en Pentecostés "moraban entonces en Jerusalén judíos, varones religiosos, de todas las naciones debajo del cielo." 1 Entre los hebreos reunidos en Jerusalén había también algunos que eran conocidos generalmente como griegos, cuya desconfianza y aun enemistad con los judíos de Palestina databa de largo tiempo.

Los que se habían convertido por la labor de los apóstoles estaban afectuosamente unidos por el amor cristiano. A pesar de sus anteriores prejuicios, hallábanse en recíproca concordia. Sabía Satanás que mientras durase aquella unión no podría impedir el progreso de la verdad evangélica, y procuró prevalerse de los antiguos modos de pensar, con la esperanza de introducir así en la iglesia elementos de discordia. Sucedió que habiendo crecido el número de discípulos, logró Satanás despertar las sospechas de algunos que anteriormente habían tenido la costumbre de mirar con envidia a sus correligionarios y de señalar faltas en sus jefes espirituales. Así "hubo murmuración de los griegos contra los hebreos." El motivo de la queja fué un supuesto descuido de las viudas griegas en el reparto diario de socorros. Toda desigualdad hubiese sido contraria al espíritu del evangelio; pero Satanás había logrado provocar celos. Por lo tanto, era indispensable tomar medidas que quitasen todo motivo de descontento, so pena de que el enemigo triunfara en sus esfuerzos y determinase una división entre los fieles.

Los apóstoles reunieron a los fieles en asamblea, e inspirados por el Espíritu Santo, expusieron un plan para la mejor organización de todas las fuerzas vivas de la iglesia. Dijeron los apóstoles que había llegado el tiempo en que los jefes espirituales fuesen relevados de la tarea de socorrer directamente a los pobres, y cargas semejantes, pues debían quedar libres para proseguir la obra de predicar el evangelio. Así que dijeron: "Buscad pues, hermanos, siete varones de vosotros de buen testimonio, llenos de Espíritu Santo y de sabiduría, los cuales pongamos en esta obra. Y nosotros

persistiremos en la oración, y en el ministerio de la palabra." Siguieron los fieles este consejo, y por oración e imposición de manos, fueron escogidos solemnemente siete hombres para el oficio de diáconos.

El nombramiento de los siete para tomar a su cargo determinada modalidad de trabajo fué muy beneficioso a la iglesia. Estos oficiales cuidaron especialmente de las necesidades de los miembros así como de los intereses económicos de la iglesia; y con su prudente administración y piadoso ejemplo, prestaron importante ayuda a sus colegas para armonizar en unidad de conjunto los diversos intereses de la iglesia.

Esta medida fué inspirada seguramente por Dios, como así lo demostraron los inmediatos resultados que en bien de la iglesia produjo. "Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba mucho en Jerusalén: también una gran multitud de los sacerdotes obedecía a la fe." Esta cosecha de almas se debió igualmente a la mayor libertad de que gozaban los apóstoles y al celo y virtud demostrados por los siete diáconos. Aunque estos hermanos habían sido ordenados para la obra especial de mirar por las necesidades de los pobres, no dejaban de enseñar también la fe, sino que, por el contrario, tenían plena capacidad para instruir a otros en la verdad, lo cual hicieron con grandísimo fervor y éxito feliz.

La organización de la iglesia de Jerusalén había de servir de modelo para la de las iglesias que se establecieran en muchos otros puntos donde los mensajeros de la verdad habían de ganar almas al evangelio. Los que tenían la responsabilidad del gobierno general de la iglesia, no habían de enseñorearse de la heredad de Dios, sino que, como prudentes pastores, habían de "apacentar la grey de Dios ... siendo dechados de la grey,"¹ y los diáconos habían de ser "varones de buen testimonio, llenos de Espíritu Santo y de sabiduría." Estos hombres debían ejercer su cargo con toda unidad de justicia y mantenerlo con firmeza y decisión. Así tendrían unificadora influencia en la grey entera.

Más adelante en la historia de la iglesia primitiva, cuando se habían constituido en iglesias muchos grupos de creyentes en diversas partes del mundo, se perfeccionó aun más la organización a fin de conservar la acción concertada. Se exhortaba a cada uno de los miembros a que desempeñasen bien su cometido, empleando útilmente los talentos que se le hubiesen confiado. Algunos estaban dotados por el Espíritu Santo con dones especiales: "primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero doctores; luego facultades; luego dones de sanidades, ayudas, gobernaciones, géneros de lenguas." ²

Pero todas estas clases de obreros habían de trabajar concertadamente.

El orden mantenido en la primitiva iglesia cristiana la habilitó para seguir firmemente adelante como disciplinado ejército revestido de la armadura de Dios. Aunque diseminadas las compañías o grupos de fieles por un dilatado territorio, eran todos miembros de un solo cuerpo, y actuaban en concierto y mutua armonía. Cuando estallaban discusiones en alguna iglesia local, como ocurrió después en Antioquía y otras partes, y los fieles no lograban avenirse, no se consentía que la cuestión dividiese a la iglesia, sino que se la sometía a un concilio general de todos los fieles, constituido por delegados de las diversas iglesias locales con los apóstoles y ancianos en funciones de responsabilidad directora. Así por la concertada acción de todos se desbarataban los esfuerzos que Satanás hacía para atacar a las iglesias aisladas y quedaban deshechos los planes de quebranto y destrucción que forjaba el enemigo.

"Dios no es Dios de disensión, sino de paz; como en todas las iglesias de los santos," 3 y quiere que hoy día se observe orden y sistema en la conducta de la iglesia, lo mismo que en tiempos antiguos. Desea que su obra se lleve adelante con perfección y exactitud, a fin de sellarla con su aprobación. Los cristianos han de estar unidos con los cristianos y las iglesias con las iglesias, de suerte que los instrumentos humanos cooperen con la instrumentalidad divina, subordinándose toda actuación al Espíritu Santo y combinándose en dar al mundo las buenas nuevas de la gracia de Dios.

Capítulo 19

Muerte de Esteban

Esteban, el más destacado de los siete diáconos, era varón de profunda piedad e intensa fe. Aunque judío de nacimiento, hablaba griego y estaba familiarizado con los usos y costumbres de los griegos, por lo que tuvo ocasión de predicar el evangelio en las sinagogas de los judíos griegos. Era muy activo en la causa de Cristo y proclamaba osadamente su fe. Eruditos rabinos y doctores de la ley entablaron con él discusiones públicas, confiados en obtener fácil victoria. Pero "no podían resistir a la sabiduría y al espíritu con que hablaba." No sólo hablaba con la virtud del Espíritu Santo, sino que era evidente que había estudiado las profecías y estaba versado en todas las cuestiones de la ley. Hábilmente defendía las verdades por que abogaba y venció por completo a sus adversarios.

Al ver los sacerdotes y magistrados el poder que acompañaba a la predicación de Esteban, le cobraron acerbo odio, y en vez de rendirse a las pruebas que presentaba, determinaron acallar su voz condenándole a muerte. Así que echaron mano de Esteban y le condujeron ante el consejo del Sanedrín para juzgarlo.

Llamaron a eruditos judíos de los países comarcanos para que refutasen los argumentos del preso. Saulo de Tarso estaba presente, y tomó muy activa parte contra Esteban, aportando todo el peso de su elocuencia y la lógica de los rabinos a fin de convencer a las gentes de que Esteban predicaba falsas y perniciosas doctrinas. Pero Saulo encontró en Esteban un varón que comprendía plenamente los designios de Dios en la difusión del evangelio por las demás naciones.

En vista de que los sacerdotes y magistrados no podían rebatir la evidente y explícita sabiduría de Esteban, resolvieron hacer en él un escarmiento, de modo que a la par de satisfacer su vengativo rencor, impidiesen por el miedo que otros aceptaran sus creencias. Sobornaron a unos cuantos testigos para que levantaran el falso testimonio de que le habían oído blasfemar contra el templo y la ley. Los testigos declararon: "Le hemos oído decir, que este Jesús de Nazaret destruirá este lugar, y mudará las ordenanzas que nos dió Moisés." Mientras Esteban se hallaba frente a frente con sus jueces para responder a la acusación de blasfemo, brillaba sobre su semblante una santa

irradiación de luz, y "todos los que estaban sentados en el concilio, puestos los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel." Muchos de los que contemplaron esta luz, temblaron y encubrieron su rostro; pero la obstinada incredulidad y los prejuicios de los magistrados no vacilaron.

Cuando interrogaron a Esteban respecto de si eran ciertas las acusaciones formuladas contra él, defendióse con clara y penetrante voz que resonó en toda la sala del concilio. Con palabras que cautivaron al auditorio, procedió a repasar la historia del pueblo escogido de Dios, demostrando completo conocimiento de la dispensación judaica y de su interpretación espiritual, ya manifiesta por Cristo. Repitió las palabras de Moisés referentes al Mesías: "Profeta os levantará el Señor Dios vuestro de vuestros hermanos, como yo; a él oiréis." Evidenció su lealtad para con Dios y la fe judaica, aunque demostrando que la ley en que confiaban los judíos para su salvación no había podido salvar a Israel de la idolatría. Relacionó a Jesucristo con toda la historia del pueblo judío. Refirióse a la edificación del templo por Salomón, y a las palabras de Salomón e Isaías: "Si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano; como el profeta dice: El cielo es mi trono, y la tierra es el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor; ¿o cuál es el lugar de mi reposo? ¿No hizo mi mano todas estas cosas?"

Al llegar Esteban a este punto, se produjo un tumulto entre los oyentes. Cuando relacionó a Cristo con las profecías, y habló de aquel modo del templo, el sacerdote rasgó sus vestiduras, fingiéndose horrorizado. Esto fué para Esteban un indicio de que su voz iba pronto a ser acallada para siempre. Vió la resistencia que encontraban sus palabras y comprendió que estaba dando su postrer testimonio. Aunque no había llegado más que a la mitad de su discurso, lo terminó abruptamente.

De pronto, interrumpiendo el relato histórico que proseguía, y volviéndose hacia sus enfurecidos jueces, exclamó: "Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo: como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? y mataron a los que antes anunciaron la venida del Justo, del cual vosotros habéis sido ahora entregadores y matadores; que recibisteis la ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis."

Al oír esto, la ira de los sacerdotes y magistrados los puso fuera de sí. Obrando más bien como fieras que como seres humanos, se abalanzaron contra Esteban crujendo

los dientes. El preso leyó su destino en los crueles rostros que le cercaban, pero no se inmutó. No temía a la muerte ni le aterrorizaban los furiosos sacerdotes ni las excitadas turbas. Perdió de vista el espectáculo que se ofrecía a sus ojos, se le entornaron las puertas del cielo, y vió la gloria de Dios y a Cristo que se levantaba de su trono como para sostener a su siervo. Con voz de triunfo exclamó Esteban: "He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está a la diestra de Dios."

Al describir Esteban la gloriosa escena que sus ojos contemplaban, ya no pudieron aguantar más sus perseguidores. Se taparon los oídos para no oírle, y dando grandes voces, arremetieron unánimes contra él, le echaron "fuera de la ciudad" "y apedrearon a Esteban, invocando él y diciendo: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les imputes este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió."

No se había sentenciado legalmente a Esteban; pero las autoridades romanas fueron sobornadas con una gruesa suma de dinero, para que no hiciesen investigación alguna sobre el caso.

El martirio de Esteban impresionó profundamente a cuantos lo presenciaron. El recuerdo de la señal de Dios en su rostro; sus palabras, que conmovieron a cuantos las escucharon, quedaron en las mentes de los circunstantes y atestiguaron la verdad de lo que él había proclamado. Su muerte fué una dura prueba para la iglesia; pero en cambio produjo convicción en Saulo, quien no podía borrar de su memoria la fe y constancia del mártir y el resplandor que le había iluminado.

En el proceso y muerte de Esteban, denotó Saulo estar imbuido de un celo frenético. Después se irritó por su secreto convencimiento de que Esteban había sido honrado por Dios en el mismo momento en que los hombres le infamaban. Saulo continuó persiguiendo a la iglesia de Dios, acosando a los cristianos, prendiéndolos en sus casas y entregándolos a los sacerdotes y magistrados para encarcelarlos y matarlos. Su celo en llevar a cabo esta persecución llenó de terror a los cristianos de Jerusalén. Las autoridades romanas no hicieron ningún esfuerzo para detener esta cruel obra, sino que ayudaban secretamente a los judíos con objeto de reconciliarse con ellos y asegurarse sus simpatías.

Después de la muerte de Esteban, fué Saulo elegido miembro del Sanedrín en

premio a la parte que había tomado en aquella ocasión. Durante algún tiempo fué un poderoso instrumento en manos de Satanás para proseguir su rebelión contra el Hijo de Dios. Pero pronto este infatigable perseguidor iba a ser empleado en edificar la iglesia que estaba a la sazón demoliendo. Alguien más poderoso que Satanás había escogido a Saulo para ocupar el sitio del martirizado Esteban, para predicar y sufrir por el Nombre y difundir dilatadamente las nuevas de salvación por medio de su sangre.

Capítulo 20

El evangelio en Samaria

Después de la muerte de Esteban, se levantó contra los cristianos de Jerusalén una persecución tan violenta que "todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria." Saulo "asolaba la iglesia, entrando por las casas: y trayendo hombres y mujeres, los entregaba en la cárcel."

La persecución desencadenada contra la iglesia de Jerusalén dió por resultado que la obra del evangelio recibiese poderoso impulso. Los fieles "iban por todas partes anunciando la palabra."

Entre aquellos a quienes el Salvador había dado la comisión: "Id, y doctrinad a todos los gentiles," 1 se contaban muchos de humilde clase social, hombres y mujeres que habían aprendido a amar a su Señor, y determinado seguir su ejemplo de abnegado servicio. A estos humildes hermanos, así como a los discípulos que estuvieron con el Salvador durante su ministerio terrenal, se les había entregado un precioso cometido. Debían proclamar al mundo la alegre nueva de la salvación por Cristo.

Al ser esparcidos por la persecución, salieron llenos de celo misionero. Comprendían la responsabilidad de su misión. Sabían que en sus manos llevaban el pan de vida para un mundo famélico; y el amor de Cristo los movía a compartir este pan con todos los necesitados. El Señor obró por medio de ellos. Por doquiera iban, sanaban los enfermos y los pobres oían la predicación del evangelio.

Felipe, uno de los siete diáconos, fué de los expulsados de Jerusalén. "Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo. Y las gentes escuchaban atentamente unánimes." La obra de Felipe en Samaria tuvo gran éxito, y alentado por ello, solicitó ayuda de Jerusalén. Los apóstoles comprendieron entonces más plenamente el significado de las palabras de Cristo: "Y me seréis testigos en Jerusalén, y en toda Judea, y Samaria, y hasta lo último de la tierra." 2

Mientras Felipe estaba todavía en Samaria, un mensajero celeste le mandó que fuera "hacia el mediodía, al camino que descende de Jerusalén a Gaza. ... Entonces él

se levantó, y fué." No puso en duda el llamamiento ni vaciló en obedecer, porque había aprendido a conformarse con la voluntad del Dios de los cielos.

"Y he aquí un etíope, eunuco, gobernador de Candace, reina de los etíopes, el cual era puesto sobre todos sus tesoros, y había venido a adorar a Jerusalén, se volvía sentado en su carro, y leyendo el profeta Isaías." Este etíope era hombre de buena posición y amplia influencia. Dios vió que una vez convertido comunicaría a otros la luz recibida, y ejercería poderoso influjo en favor del evangelio. Los ángeles del Señor asistían a este hombre que buscaba luz, y lo atraían hacia el Salvador. Por ministerio del Espíritu Santo, el Señor lo puso en contacto con quien podía conducirlo a la luz.

A Felipe se le mandó que fuese al encuentro del etíope y le explicase la profecía que iba leyendo. El Espíritu dijo: "Llégate, y júntate a este carro." Una vez cerca, preguntó Felipe al eunuco: "¿Entiendes lo que lees? Y él dijo: ¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare? Y rogó a Felipe que subiese, y se sentase con él." El etíope leía el pasaje de Isaías referente a Cristo, que dice: "Como oveja a la muerte fué llevado; y como cordero mudo delante del que le trasquila, así no abrió su boca: en su humillación su juicio fué quitado: mas su generación, ¿quién la contará? porque es quitada de la tierra su vida." El eunuco preguntó: "¿De quién el profeta dice esto? ¿de sí, o de otro alguno?" Entonces Felipe le declaró la gran verdad de la redención. Comenzando desde dicho pasaje de la Escritura "le anunció el evangelio de Jesús."

El corazón del etíope conmovióse de interés cuando Felipe le explicó las Escrituras, y al terminar el discípulo, el hombre se mostró dispuesto a aceptar la luz que se le daba. No alegó su alta posición mundana como excusa para rechazar el evangelio. "Y yendo por el camino, llegaron a cierta agua; y dijo el eunuco: He aquí agua; ¿qué impide que yo sea bautizado? Y Felipe dijo: Si crees de todo corazón, bien puedes. Y respondiendo, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Y mandó parar el carro: y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco; y bautizóle.

"Y como subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe; y no le vió más el eunuco, y se fué por su camino gozoso. Felipe empero se halló en Azoto: y pasando, anunciaba el evangelio en todas las ciudades, hasta que llegó a Cesarea."

Este etíope simboliza una numerosa clase de personas que necesita ser enseñada por misioneros como Felipe, esto es, por hombres que escuchen la voz de Dios y vayan

adonde él los envíe. Hay muchos que leen las Escrituras sin comprender su verdadero sentido. En todo el mundo, hay hombres y mujeres que miran fijamente al cielo. Oraciones, lágrimas e interrogaciones brotan de las almas anhelosas de luz en súplica de gracia y de la recepción del Espíritu Santo. Muchos están en el umbral del reino esperando únicamente ser incorporados en él.

Un ángel guió a Felipe junto a uno que anhelaba luz y estaba dispuesto a recibir el evangelio. Hoy también los ángeles guiarán los pasos de aquellos obreros que consientan en que el Espíritu Santo santifique sus lenguas y refine y ennoblezca sus corazones. El ángel enviado a Felipe podía efectuar por sí mismo la obra relacionada con el etíope; pero no es tal el modo que Dios tiene de obrar. Su designio es que los hombres trabajen en beneficio de sus prójimos.

Tampoco recae únicamente sobre el ministro ordenado la responsabilidad de salir a realizar la comisión evangélica. Todo el que ha recibido a Cristo está llamado a trabajar por la salvación de sus prójimos. "Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven." 3 A toda la iglesia incumbe el deber de dar esta invitación. Todo el que ha oído ha de ser el eco que por valles y montes repita: "Ven."

Largo tiempo ha esperado Dios que el espíritu de servicio se posesionase de la iglesia entera, de suerte que cada miembro trabajase por él según su capacidad. Cuando los miembros de la iglesia de Dios efectúen su señalada labor en los menesterosos campos de su país y del extranjero, en cumplimiento de la comisión evangélica, pronto será amonestado el mundo entero y el Señor Jesús volverá a la tierra con poder y grande gloria. "Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, por testimonio a todos los gentiles; y entonces vendrá el fin." 4

Capítulo 21

Conversión de Saulo

Saulo de tarso sobresalía entre los dignatarios judíos que se habían enfurecido por el éxito de la proclamación del evangelio. Aunque ciudadano romano por nacimiento, era Saulo de linaje judío, y había sido educado en Jerusalén por los más eminentes rabinos. Era Saulo "del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; cuanto a la ley, fariseo; cuanto al celo, perseguidor de la iglesia; cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable." 1

La actividad de Saulo en llevar a los fieles ante los tribunales que los condenaban a cárcel y a algunos a muerte, por el solo hecho de su fe en Jesús, llenó de tristeza y melancolía a la recién organizada iglesia y motivó que muchos buscasen su seguridad en la huida. Una de las ciudades donde se refugiaron fué Damasco, en la que la nueva fe ganó muchos conversos.

Los sacerdotes y magistrados esperaban que con vigilante esfuerzo y acerba persecución podría extirparse la herejía. Por entonces creyeron necesario ampliar a otros lugares las resueltas medidas tomadas en Jerusalén contra las nuevas enseñanzas. Para esta labor especial, que deseaban realizar en Damasco, ofreció Saulo sus servicios. "Respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al príncipe de los sacerdotes, y demandó de él letras para Damasco a las sinagogas, para que si hallase algunos hombres o mujeres de esta secta, los trajese presos a Jerusalén." Así, "con facultad de los príncipes de los sacerdotes," Saulo de Tarso, en toda la fuerza y el vigor de virilidad e inflamado de equivocado celo, emprendió el memorable viaje en que había de ocurrirle el singular suceso que cambió por completo el curso de su vida.

El último día del viaje "en mitad del día," al acercarse los fatigados caminantes a Damasco, "súbitamente" vio una luz del cielo "la cual--según él declaró después--me rodeó y a los que iban conmigo;" "una luz del cielo, que sobrepujaba el resplandor del sol," 2 demasiado esplendente para que la soportaran ojos humanos. Ofuscado y aturdido cayó Saulo postrado en tierra.

Mientras la luz brillaba en rededor de ellos, Saulo oyó "una voz que le decía" "en

lengua hebraica:" "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y él dijo: Yo soy Jesús a quien tú persigues: dura cosa te es dar coces contra el aguijón."

Temerosos y casi cegados por la intensidad de la luz, los compañeros de Saulo oían la voz, pero no veían a nadie. Sin embargo, Saulo comprendió lo que se le decía, y se le reveló claramente que quien hablaba era el Hijo de Dios. En el glorioso Ser que estaba ante él reconoció al Crucificado. La imagen del aspecto del Salvador quedó para siempre grabada en el alma del humillado judío. Las palabras oídas conmovieron su corazón con irresistible fuerza. Su mente se iluminó con un torrente de luz esclarecedora de la ignorancia y el error de su pasada vida, y de la necesidad en que estaba de la iluminación del Espíritu Santo.

En aquel momento de celestial iluminación, la mente de Saulo actuó con notable rapidez. Los proféticos relatos de la Sagrada Escritura se abrieron a su comprensión. Vió que el rechazo de Jesús por los judíos, su crucifixión, resurrección y ascensión habían sido predichos por los profetas y le demostraron que era el Mesías prometido. El discurso de Esteban en ocasión de su martirio le vino vívidamente a la memoria.

¡Qué revelación fué todo esto para el perseguidor! Ahora conocía Saulo con toda seguridad que el prometido Mesías había venido a la tierra en la persona de Jesús de Nazaret, y que lo habían rechazado y crucificado aquellos mismos a quienes había venido a salvar. También conocía que el Salvador había resucitado triunfante de la tumba y ascendido a los cielos. En aquel momento de divina revelación, recordó Saulo aterrorizado que con su consentimiento había sido sacrificado Esteban por dar testimonio del crucifijo y resucitado Salvador, y que después fué instrumento para que muchos otros dignos discípulos de Jesús encontrasen la muerte por cruel persecución.

Cristo había hablado con su propia voz diciendo: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" No dudó Saulo de que quien le hablaba fuese Jesús de Nazaret, el por tanto tiempo esperado Mesías, la Consolación y el Redentor de Israel. Saulo, "temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que haga? Y el Señor le dice: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que te conviene hacer."

Cuando se desvaneció el resplandor, y se levantó Saulo del suelo, notó que estaba completamente ciego. Le había cegado el fulgor de la celeste luz. Fué preciso llevarle de

la mano a Damasco, donde estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió. Entonces envió el Señor su ángel a uno de los mismos hombres que Saulo proyectaba prender, y le reveló en visión que fuese a la calle llamada Derecha para buscar en "casa de Judas a uno llamado Saulo, de Tarso: porque he aquí, él ora; y ha visto en visión un varón llamado Ananías, que entra y le pone la mano encima, para que reciba la vista."

Temió Ananías que hubiese algún error en todo esto, y así empezó a relatar al Señor cuanto de Saulo había oído decir. Pero el Señor respondióle: "Ve: porque instrumento escogido me es éste, para que lleve mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel: porque yo le mostraré cuanto le sea menester que padezca por mi nombre." Ananías siguió las instrucciones del Señor y entró en la casa, y poniéndole las manos encima, dijo: "Saulo hermano, el Señor Jesús, que te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno de Espíritu Santo."

Inmediatamente recobró Saulo la vista, levantóse y fué bautizado. Después enseñó en las sinagogas que Jesús era verdaderamente Hijo de Dios. Cuantos le oían estaban atónitos y preguntaban: "¿No es éste el que asolaba en Jerusalén a los que invocaban este nombre, y a eso vino acá, para llevarlos presos a los príncipes de los sacerdotes?" Empero Saulo mucho más se esforzaba, y confundía a los judíos, que volvieron a estar turbados. Todos conocían la oposición de Saulo contra Jesús y su celo en perseguir y entregar a la muerte a cuantos creían en su nombre; por lo que su milagrosa conversión convenció a muchos de que Jesús era el Hijo de Dios. Saulo refería sus experiencias con el poder del Espíritu Santo. Estaba persiguiendo a muerte a los cristianos, hombres o mujeres, a quienes prendía y encarcelaba, cuando en el camino a Damasco le rodeó súbitamente una esplendorosa luz del cielo y Jesús se le apareció revelándole que era el Hijo de Dios.

Las valientes predicaciones de Saulo ejercieron grandísima influencia. Después de su conversión, vió iluminadas con divina luz las profecías referentes a Jesús, lo cual le habilitó para exponer clara y firmemente la verdad, y corregir toda torcida interpretación de las Escrituras. Poseído del Espíritu de Dios, representaba de explícita y convincente manera a sus oyentes las profecías relativas a la época del primer advenimiento de Cristo y demostraba que se habían cumplido las Escrituras respecto a su pasión, muerte y resurrección. Sin embargo, muchos endurecieron sus corazones, rehusando responder a su mensaje; y muy luego el asombro causado por su conversión

se invirtió en tan intenso odio como el que los judíos habían manifestado contra Jesús.

Llegó la oposición a tales proporciones, que no se permitió a Saulo proseguir su obra en Damasco. Un mensajero celeste le mandó interrumpirla por algún tiempo, y se fué a Arabia,³ donde halló seguro refugio. Allí, en la soledad del desierto, tuvo Pablo amplia oportunidad para el sosegado estudio y la meditación. Desechó de su alma los prejuicios y tradiciones que hasta entonces habían amoldado su vida, y recibió instrucciones de la Fuente de verdad. Jesús se comunicó con él, confirmándole en la fe y otorgándole abundantísima sabiduría y gracia.

Capítulo 22

Primer ministerio de Pablo

De arabia volvió Pablo "de nuevo a Damasco" 1 y hablaba "confiadamente en el nombre de Jesús." Incapaces los judíos de rebatir la sabiduría de sus argumentos "hicieron entre sí consejo de matarle." Día y noche guardaron diligentemente las puertas de la ciudad para que no se escapara. Esta crisis movió a los discípulos a buscar a Dios ardientemente, y al fin "tomándole de noche, le bajaron por el muro en una espuerta."

Después de haberse fugado de Damasco, fué Pablo a Jerusalén a los tres años de su conversión, con el principal objeto de "ver a Pedro" según él mismo declaró después. Al llegar a la ciudad donde tan conocido fuera un tiempo como Saulo el perseguidor, "tentaba de juntarse con los discípulos; mas todos tenían miedo de él, no creyendo que era discípulo. Entonces Bernabé, tomándole, lo trajo a los apóstoles, y contóles cómo había visto al Señor en el camino, y que le había hablado, y cómo en Damasco había hablado confiadamente en el nombre de Jesús."

Al oír esto, los discípulos lo admitieron en su medio, y muy luego tuvieron abundantes pruebas de la sinceridad de su experiencia cristiana. El futuro apóstol de los gentiles estaba a la sazón en la ciudad donde residían muchos de sus antiguos colegas, a quienes anhelaba explicar las profecías referentes al Mesías, que habían quedado cumplidas por el advenimiento del Salvador.

Tenía Pablo la seguridad de que los doctores de Israel con quienes tan bien relacionado estuvo, eran igualmente sinceros y honrados como había sido él; pero no tuvo Pablo en cuenta el ánimo de sus colegas judíos y se trocaron en amargo desengaño las esperanzas que había puesto en su rápida conversión. Aunque "hablaba confiadamente en el nombre del Señor: y disputaba con los griegos," los dignatarios de la iglesia judaica no quisieron creer y "procuraban matarle."

Entristeciósese el corazón de Pablo. De bonísima gana hubiera dado su vida, si con ello trajera a alguien al conocimiento de la verdad. Avergonzado, pensaba él en la activa parte que había tomado en el martirio de Esteban, y en su ansiedad de lavar la mancha arrojada sobre el calumniado mártir, quería vindicar la verdad en aras de la cual había

entregado Esteban su vida.

Afligido en beneficio de los incrédulos, estaba Pablo orando en el templo, según él mismo atestiguó después, cuando cayó en éxtasis, y apareciósele un mensajero celeste que le dijo: "Date prisa, y sal prestamente fuera de Jerusalén; porque no recibirán tu testimonio de mí." 2

Pablo estaba inclinado a quedarse en Jerusalén, donde podía arrostrar la oposición. Le parecía un acto cobarde la huida, si quedándose podía convencer a alguno de los obstinados judíos de la verdad del mensaje evangélico, aunque el quedarse le costara la vida. Así que respondió: "Señor, ellos saben que yo encerraba en cárcel, y hería por las sinagogas a los que creían en ti; y cuando se derramaba la sangre de Esteban tu testigo, yo también estaba presente, y consentía a su muerte, y guardaba las ropas de los que lo mataban." Pero no estaba de acuerdo con los designios de Dios que su siervo expusiera inútilmente su vida; y el mensajero celeste replicó: "No, porque yo te tengo que enviar lejos a los gentiles." 3

Al enterarse de esta visión, los hermanos se apresuraron a facilitar a Pablo la fuga en secreto, por temor de que lo asesinaran, y "le acompañaron hasta Cesarea, y le enviaron a Tarso." La partida de Pablo suspendió por algún tiempo la violenta oposición de los judíos, y la iglesia disfrutó de un período de sosiego, durante el cual multiplicóse el número de creyentes.

Capítulo 23

Un indagador de la verdad

En el curso de su ministerio, el apóstol Pedro visitó a los creyentes de Lydda. Allí sanó a Eneas, que durante ocho años había estado postrado en cama con parálisis. "Y le dijo Pedro: Eneas, Jesucristo te sana; levántate, y hazte tu cama. Y luego se levantó. Y viéronle todos los que habitaban en Lydda y en Saron, los cuales se convirtieron al Señor."

En Joppe, ciudad que estaba cercana a Lydda, vivía una mujer llamada Dorcas, cuyas buenas obras le habían conquistado extenso afecto. Era una digna discípula de Jesús, y su vida estaba llena de actos de bondad. Ella sabía quiénes necesitaban ropas abrigadas y quiénes simpatía, y servía generosamente a los pobres y afligidos. Sus hábiles dedos estaban más atareados que su lengua.

"Y aconteció en aquellos días que enfermando, murió." La iglesia de Joppe sintió su pérdida; y oyendo que Pedro estaba en Lydda, los creyentes le mandaron mensajeros, "rogándole: No te detengas en venir hasta nosotros. Pedro entonces levantándose, fué con ellos: y llegado que hubo, le llevaron a la sala, donde le rodearon todas las viudas, llorando y mostrando las túnicas y los vestidos que Dorcas hacía cuando estaba con ellas." A juzgar por la vida de servicio que Dorcas había vivido, no es extraño que llorasen, y que sus cálidas lágrimas cayesen sobre el cuerpo inanimado.

El corazón del apóstol fué movido a simpatía al ver tanta tristeza. Luego, ordenando que los llorosos deudos saliesen de la pieza, se arrodilló y oró fervorosamente a Dios para que devolviese la vida y la salud a Dorcas. Volviéndose hacia el cuerpo, dijo: "Tabita, levántate. Y ella abrió los ojos, y viendo a Pedro, incorporóse." Dorcas había prestado grandes servicios a la iglesia, y a Dios le pareció bueno traerla de vuelta del país del enemigo, para que su habilidad y energía siguiesen beneficiando a otros, y también para que por esta manifestación de su poder la causa de Cristo quedase fortalecida.

Fué mientras Pedro estaba todavía en Joppe cuando fué llamado a llevar el evangelio a Cornelio en Cesarea.

Cornelio era un centurión romano, hombre rico y de noble linaje, y ocupaba una posición de responsabilidad y honor. Aunque pagano de nacimiento y educación, por su contacto con los judíos había adquirido cierto conocimiento de Dios, y le adoraba con corazón veraz, demostrando la sinceridad de su fe por su compasión hacia los pobres. Era bien conocido por su beneficencia, y su rectitud le daba buen renombre tanto entre los judíos como entre los gentiles. Su influencia era una bendición para cuantos entraban en contacto con él. El Libro inspirado le describe como "un hombre pío y temeroso de Dios con toda su casa, y que hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre."

Considerando a Dios como Creador de los cielos y la tierra, Cornelio le reverenciaba, reconocía su autoridad, y buscaba su consejo en todos los asuntos de la vida. Era fiel a Jehová tanto en su vida familiar como en sus deberes oficiales. Había erigido altar a Dios en su hogar, pues no se atrevía a intentar llevar a cabo sus planes ni desempeñar sus responsabilidades sin la ayuda divina.

Aunque creía en las profecías y esperaba la venida del Mesías, Cornelio no tenía conocimiento del evangelio según se revelaba en la vida y muerte de Cristo. No era miembro de la congregación judía, y habría sido considerado por los rabinos como pagano e inmundo. Pero el mismo santo Vigía que dijo de Abrahán: "Le conozco," conocía también a Cornelio, y le mandó un mensaje directo del cielo.

El ángel se le apareció a Cornelio mientras estaba orando. Al oír el centurión que se le llamaba por su nombre, tuvo miedo. Sin embargo, sabía que el mensajero había venido de Dios, y dijo: "¿Qué es, Señor?" El ángel contestó: "Tus oraciones y tus limosnas han subido en memoria a la presencia de Dios. Envía pues ahora hombres a Joppe, y haz venir a un Simón, que tiene por sobrenombre Pedro. Este posa en casa de un Simón, curtidor, que tiene su casa junto a la mar."

El carácter explícito de estas indicaciones, en las que se nombraba hasta la ocupación del hombre en cuya casa posaba Pedro, demuestra que el cielo conoce la historia y los quehaceres de los hombres en toda circunstancia de la vida. Dios está familiarizado con la experiencia y el trabajo del más humilde obrero tanto como con los del rey en su trono.

"Envía pues ahora hombres a Joppe, y haz venir a un Simón." Con esta orden, Dios dió evidencia de su consideración por el ministerio evangélico y por su iglesia organizada. El ángel no fué enviado a relatar a Cornelio la historia de la cruz. Un hombre, sujeto como el centurión mismo a las flaquezas y tentación humanas, había de ser quien le hablase del Salvador crucificado y resucitado.

En su sabiduría, el Salvador pone a los que buscan la verdad en contacto con semejantes suyos que conocen la verdad. Es plan del Cielo que los que han recibido la luz la impartan a los que están todavía en tinieblas. La humanidad, sacando eficiencia de la gran Fuente de sabiduría, es convertida en instrumento, agente activo, por medio del cual el evangelio ejerce su poder transformador sobre la mente y el corazón.

Cornelio obedeció gustosamente la orden recibida en visión. Cuando el ángel se hubo ido, el centurión "llamó dos de sus criados, y un devoto soldado de los que le asistían; a los cuales, después de habérselo contado todo, los envió a Joppe."

El ángel, después de su entrevista con Cornelio, se fué a Pedro, en Joppe. En ese momento, el apóstol se hallaba orando en la azotea de la casa donde posaba, y leemos que "le vino una grande hambre, y quiso comer; pero mientras disponían, sobrevínole un éxtasis." No era sólo de alimento físico que Pedro sentía hambre. Mientras que desde la azotea contemplaba la ciudad de Joppe y la región comarcana, sintió hambre por la salvación de sus compatriotas. Sintió el intenso deseo de mostrarles en las Sagradas Escrituras las profecías relativas a los sufrimientos y la muerte de Jesús.

En la visión, Pedro "vió el cielo abierto, y que descendía un vaso, como un gran lienzo, que atado de los cuatro cabos era bajado a la tierra; en el cual había de todos los animales cuadrúpedos de la tierra, y reptiles, y aves del cielo. Y le vino una voz: Levántate, Pedro, mata y come. Entonces Pedro dijo: Señor, no; porque ninguna cosa común e inmunda he comido jamás. Y volvió la voz hacia él la segunda vez: Lo que Dios limpió, no lo llames tú común. Y esto fué hecho por tres veces; y el vaso volvió a ser recogido en el cielo."

¡Cuán cuidadosamente obró el Señor para vencer los prejuicios contra los gentiles, que tan firmemente había inculcado en la mente de Pedro su educación judaica! Por la visión del lienzo y de su contenido, trató de despojar la mente del apóstol de esos prejuicios, y de enseñarle la importante verdad de que en el cielo no hay

acepción de personas; que los judíos y los gentiles son igualmente preciosos a la vista de Dios; que por medio de Cristo los paganos pueden ser hechos partícipes de las bendiciones y privilegios del evangelio. *

Mientras Pedro meditaba en el significado de la visión, llegaron a Joppe los hombres enviados por Cornelio, y se hallaban delante de la puerta de la casa en que posaba. Entonces el Espíritu le dijo: "He aquí, tres hombres te buscan. Levántate, pues, y desciende, y no dudes ir con ellos; porque yo los he enviado."

Para Pedro esa orden era penosa, y debía hacer violencia a su voluntad a cada paso que daba mientras emprendía el deber que se le imponía; pero no se atrevía a desobedecer. Así que, "descendiendo a los hombres que eran enviados por Cornelio, dijo: He aquí, yo soy el que buscáis: ¿cuál es la causa por la que habéis venido?" Ellos le refirieron su singular misión, diciendo: "Cornelio, el centurión, varón justo y temeroso de Dios, y que tiene testimonio de toda la nación de los judíos, ha recibido respuesta por un santo ángel, de hacerte venir a su casa, y oír de ti palabras."

En obediencia a las indicaciones que acababa de recibir de Dios, el apóstol prometió ir con ellos. A la mañana siguiente salió para Cesarea, acompañado de seis de sus hermanos. Estos habían de ser testigos de todo lo que dijera o hiciera mientras visitaba a los gentiles; porque Pedro sabía que sería llamado a dar cuenta de tan directa violación de las enseñanzas judaicas.

Muchos de los gentiles habían sido oyentes interesados de la predicación de Pedro y los demás apóstoles, y muchos de los judíos griegos habían creído en Cristo, pero la conversión de Cornelio fué la primera de importancia entre los gentiles.

Al entrar Pedro en la casa del gentil, Cornelio no le saludó como visitante común, sino como un ser honrado del Cielo y enviado a él por Dios. Es costumbre oriental postrarse ante un príncipe u otro alto dignatario, y que los niños se inclinen ante sus padres; pero Cornelio, embargado por la reverencia hacia el que Dios le enviara para enseñarle, cayó en adoración a los pies del apóstol. Pedro se quedó horrorizado, y levantó al centurión, diciendo: "Levántate; yo mismo también soy hombre."

Mientras los mensajeros de Cornelio se hallaban cumpliendo su misión, el centurión "los estaba esperando, habiendo llamado a sus parientes y los amigos más

familiares," para que juntamente con él pudiesen oír la predicación del evangelio. Cuando Pedro llegó, halló a una gran compañía aguardándole.

A los congregados habló primero Pedro de la costumbre de los judíos, diciendo que ellos tenían por ilícito el trato social con los gentiles, y que el practicarlo entrañaba contaminación ceremonial. "Vosotros sabéis--dijo--que es abominable a un varón judío juntarse o llegarse a un extranjero; mas me ha mostrado Dios que a ningún hombre llame común o inmundo; por lo cual, llamado, he venido sin dudar. Así que preguntó: ¿Por qué causa me habéis hecho venir?"

Cornelio refirió entonces lo que le había sucedido y las palabras del ángel, diciendo en conclusión: "Así que, luego envié a ti; y tú has hecho bien en venir. Ahora pues, todos nosotros estamos aquí en la presencia de Dios, para oír todo lo que Dios te ha mandado."

Pedro dijo: "Por verdad hallo que Dios no hace acepción de personas; sino que de cualquiera nación que le teme y obra justicia, se agrada."

Y luego, a esa compañía de atentos oyentes predicó el apóstol a Cristo, su vida, sus milagros, su entrega y crucifixión, su resurrección y ascensión y su obra en el cielo como representante y defensor del hombre. Mientras señalaba a los presentes a Jesús como única esperanza del pecador, Pedro mismo comprendió más plenamente el significado de la visión que había tenido, y en su corazón ardía el espíritu de la verdad que estaba presentando.

De repente, el discurso quedó interrumpido por el descenso del Espíritu Santo. "Estando aún hablando Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el sermón. Y se espantaron los fieles que eran de la circuncisión, que habían venido con Pedro, de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo. Porque los oían que hablaban en lenguas, y magnificaban a Dios.

"Entonces respondió Pedro: ¿Puede alguno impedir el agua, para que no sean bautizados éstos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros? Y les mandó bautizar en el nombre del Señor Jesús."

Así fué comunicado el evangelio a los que habían sido extraños, haciéndolos

conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios. La conversión de Cornelio y su familia no fué sino las primicias de una mies que se había de cosechar. Comenzando con esta familia, se llevó a cabo una extensa obra de gracia en esa ciudad pagana. Porque Cornelio vivía obediente a toda la instrucción que había recibido, Dios ordenó los acontecimientos de modo que recibiese más luz.

Hay en nuestro mundo muchos que están más cerca del reino de Dios de lo que suponemos. En este oscuro mundo de pecado, el Señor tiene muchas joyas preciosas, hacia las que él guiará a sus mensajeros. Por doquiera hay quienes se decidirán por Cristo. Muchos apreciarán la sabiduría de Dios más que cualquier ventaja terrenal, y llegarán a ser fieles portaluces. Constreñidos por el amor de Cristo, compelerán a otros a ir a él.

Cuando los hermanos de Judea oyeron decir que Pedro había ido a la casa de un gentil y predicado a los que en ella estaban congregados, se sorprendieron y escandalizaron. Temían que semejante conducta, que les parecía presuntuosa, hubiese de contrarrestar sus propias enseñanzas. En cuanto vieron a Pedro después de esto, le recibieron con severas censuras, diciendo: "¿Por qué has entrado a hombres incircuncisos, y has comido con ellos?"

Pedro les presentó todo el asunto. Relató su visión, e insistió en que ella le amonestaba a no observar más la distinción ceremonial de la circuncisión e incircuncisión, y a no considerar a los gentiles como inmundos. Les habló de la orden que le fuera dada de ir a los gentiles, de la llegada de los mensajeros, de su viaje a Cesarea y de la reunión con Cornelio. Relató el resumen de su entrevista con el centurión en la que este último le había referido la visión en la que se le indicara que mandase llamar a Pedro.

"Y como comencé a hablar--dijo, relatando su experiencia,--cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio. Entonces me acordé del dicho del Señor, como dijo: Juan ciertamente bautizó en agua; mas vosotros seréis bautizados en Espíritu Santo. Así que, si Dios les dió el mismo don también como a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo que pudiese estorbar a Dios?"

Al oír esta explicación, los hermanos callaron. Convencidos de que la conducta

de Pedro estaba de acuerdo con el cumplimiento directo del plan de Dios, y que sus prejuicios y espíritu exclusivo eran totalmente contrarios al espíritu del evangelio, glorificaron a Dios, diciendo: "De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida."

Así, sin discusión, los prejuicios fueron quebrantados, se abandonó el espíritu de exclusión establecido por la costumbre secular, y quedó expedito el camino para la proclamación del evangelio a los gentiles.

Capítulo 24

Pedro librado de la cárcel

"Y en el mismo tiempo el rey Herodes echó mano a maltratar algunos de la iglesia."

El gobierno de Judea estaba entonces en manos de Herodes Agripa, bajo Claudio, emperador romano. Herodes ocupaba también el puesto de tetrarca de Galilea. Profesaba ser prosélito de la fe judaica, y aparentaba mucho celo por seguir las ceremonias de la ley. Deseoso de obtener el favor de los judíos, y en la esperanza de asegurarse así sus cargos y honores, procedió a llevar a cabo los deseos de ellos persiguiendo la iglesia de Cristo, despojando de casas y bienes a los creyentes. Pues a Jacobo, hermano de Juan, en la cárcel, y mandó al verdugo matarle por espada, como otro Herodes había hecho decapitar al profeta Juan. Viendo que tales esfuerzos agradaban a los judíos, encarceló también a Pedro.

La muerte de Jacobo causó gran pesar y consternación entre los creyentes. Cuando Pedro también fué encarcelado, toda la iglesia se puso a orar y ayunar.

El acto de Herodes al dar muerte a Jacobo fué aplaudido por los judíos, aunque algunos se quejaron de la manera privada en que habíase llevado a cabo, aseverando que una ejecución pública habría intimidado más cabalmente a los creyentes y quienes simpatizaban con ellos. Herodes, por lo tanto, siguió custodiando a Pedro con la intención de complacer aun más a los judíos con el espectáculo público de su muerte. Pero hubo quienes sugirieron que no sería cosa segura sacar al veterano apóstol para ejecutarlo públicamente en Jerusalén. Temían que al verle ir a la muerte, la multitud se compadeciese de él.

Los sacerdotes y ancianos temían también que Pedro hiciese uno de esos poderosos llamados que con frecuencia habían incitado al pueblo a estudiar la vida y carácter de Jesús, llamamientos que ellos no habían podido rebatir con todos sus argumentos. El celo de Pedro en defensa de la causa de Cristo había inducido a muchos a decidirse por el evangelio, y los magistrados temían que si se le daba oportunidad de defender su fe en presencia de la multitud que había acudido a la ciudad para adorar, su

liberación sería exigida del rey.

Mientras que, por diversos pretextos, la ejecución de Pedro fué postergada hasta después de la pascua, los miembros de la iglesia tuvieron tiempo para examinar profundamente sus corazones y orar con fervor. Oraban sin cesar por Pedro; porque les parecía que la causa no podría pasarlo sin él. Se daban cuenta de que habían llegado a un punto en que, sin la ayuda especial de Dios, la iglesia de Cristo quedaría destruida.

Finalmente fué señalado el día de la ejecución de Pedro, pero las oraciones de los creyentes siguieron ascendiendo al cielo; y mientras que todas sus energías y simpatías se expresaban en fervientes pedidos de ayuda, los ángeles de Dios velaban sobre el encarcelado apóstol.

Recordando cómo en ocasión anterior los apóstoles habían escapado de la cárcel, Herodes había tomado esta vez dobles precauciones. Para evitar toda posibilidad de que se le libertase, se había puesto a Pedro bajo la custodia de dieciséis soldados que, en diversas guardias, cuidaban de él día y noche. En su celda, había sido colocado entre dos soldados, y estaba ligado por dos cadenas, aseguradas a la muñeca de ambos soldados. No podía moverse sin que ellos lo supieran. Manteniendo las puertas cerradas con toda seguridad y delante de ellas una fuerte guardia, se había eliminado toda oportunidad de escapar por medios humanos. Pero la situación extrema del hombre es la oportunidad de Dios.

Pedro estaba encerrado en una celda cortada en la peña viva, cuyas puertas se hallaban atrancadas con fuertes cerrojos y barras; y los soldados de guardia eran responsables de la custodia de su preso. Pero los cerrojos y las barras y la guardia romana, que eliminaban eficazmente toda posibilidad de ayuda humana, estaban destinadas a hacer más completo el triunfo de Dios en la liberación de Pedro. Herodes estaba alzando la mano contra el Omnipotente, y había de resultar totalmente derrotado. Por la manifestación de su poder, Dios iba a salvar la preciosa vida que los judíos se proponían quitar.

Ya llegó la noche precedente a la propuesta ejecución. Un poderoso ángel es enviado del cielo para rescatar a Pedro. Las pesadas puertas que guardan al santo de Dios se abren sin ayuda de manos humanas. Pasa el ángel del Altísimo, y las puertas se cierran sin ruido tras él. Entra en la celda, donde yace Pedro, durmiendo el apacible

sueño de la confianza perfecta.

La luz que rodea al ángel llena la celda, pero no despierta al apóstol. Antes de sentir el toque de la mano angélica y oír una voz que le dice: "Levántate prestamente," no se despierta lo suficiente para ver su celda iluminada por la luz del cielo, y a un ángel de gloria de pie delante de él. Mecánicamente obedece la palabra que se le dirige, y mientras se levanta y alza las manos, se da vagamente cuenta de que las cadenas han caído de sus muñecas.

La voz del mensajero celestial le vuelve a decir: "Cíñete, y átate tus sandalias," y Pedro vuelve a obedecer mecánicamente, con la asombrada mirada fija en el visitante, y creyendo estar soñando o en una visión. Una vez más el ángel ordena: "Rodéate tu ropa, y sígueme." Se dirige hacia la puerta, seguido por Pedro, tan locuaz de costumbre, ahora mudo de asombro. Pasan por encima de la guardia, y llegan a la pesada puerta cerrada con cerrojos, la cual se abre de por sí, y vuelve a cerrarse inmediatamente, mientras que los guardas de adentro y afuera están inmóviles en sus puestos.

Llegan a la segunda puerta, también guardada de adentro y de afuera. Se abre como la primera, sin chirrido de goznes ni ruido de cerrojos. Ellos pasan, y vuelve a cerrarse silenciosamente. De la misma manera pasan por la tercera puerta, y se encuentran en la calle abierta. Ni una palabra es pronunciada; ni se oyen pisadas. El ángel se desliza adelante, rodeado de un deslumbrante esplendor, y Pedro, aturdido, y aun creído de que está soñando, sigue a su libertador. Así pasan por una calle, y luego, cumplida la misión del ángel, éste desaparece súbitamente.

La luz celestial se desvanece, y Pedro se encuentra en profundas tinieblas; pero a medida que sus ojos se acostumbran a ellas, parecen disminuir gradualmente, y descubre que se halla solo en la calle silenciosa, recibiendo el frío soplo del aire nocturno en la frente. Se da cuenta de que está libre, en una parte conocida de la ciudad; reconoce el lugar que a menudo ha frecuentado, y por el que esperaba pasar por última vez a la mañana siguiente.

Entonces trató de recordar los sucesos de los pocos momentos pasados. Recordó que se había dormido, atado entre dos soldados, despojado de sus sandalias y ropa exterior. Examinó su persona, y vió que estaba completamente vestido y ceñido. Sus muñecas, hinchadas por efecto de los crueles hierros, estaban libres de cadenas. Se

percató de que su libertad no era un engaño, ni un sueño ni visión, sino una bendita realidad. Por la mañana había de ser llevado a la ejecución; pero he aquí que un ángel le había librado de la cárcel y de la muerte. "Entonces Pedro, volviendo en sí, dijo: Ahora entiendo verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel, y me ha librado de la mano de Herodes, y de todo el pueblo de los judíos que me esperaba."

El apóstol se dirigió en seguida a la casa donde estaban reunidos sus hermanos, y donde en ese mismo momento estaban orando fervientemente por él. "Y tocando Pedro a la puerta del patio, salió una muchacha, para escuchar, llamada Rhode: la cual como conoció la voz de Pedro, de gozo no abrió el postigo, sino corriendo adentro, dió nueva de que Pedro estaba al postigo. Y ellos le dijeron: Está loca. Mas ella afirmaba que así era. Entonces ellos decían: Su ángel es.

"Más Pedro perseveraba en llamar: y cuando abrieron, viéronle, y se espantaron. Mas él haciéndoles con la mano señal de que callasen, les contó cómo el Señor le había sacado de la cárcel." Y Pedro "salió, y partió a otro lugar." El gozo y la alabanza llenaron los corazones de los creyentes, porque Dios había oído y contestado sus oraciones, y había librado a Pedro de las manos de Herodes.

Cuando tuvo noticia del libramiento de Pedro, Herodes quedó exasperado y enfurecido. Acusando de infidelidad a los guardas de la cárcel, ordenó que se les diese muerte. Herodes sabía que ningún poder humano había rescatado a Pedro, pero estaba resuelto a no reconocer que un poder divino había frustrado su designio, y desafió insolentemente a Dios.

Poco después que Pedro fuera librado de la cárcel, Herodes fué a Cesarea. Mientras estaba allí, dió una gran fiesta, con el fin de suscitar la admiración y conquistar el aplauso del pueblo. A esta fiesta asistieron los amadores de placeres de muchos lugares, y se banqueteo mucho y bebió mucho vino. Con gran pompa y ceremonia se presentó Herodes ante el pueblo, y se dirigió a él en un elocuente discurso. Vestido de un manto resplandeciente de plata y oro, que reflejaba los rayos del sol en sus relumbrantes pliegues, y deslumbraba los ojos de los espectadores, era de imponente figura. La majestad de su aspecto y la fuerza de sus palabras bien escogidas ejercieron poderoso influjo sobre la asamblea. Sus sentidos estaban ya pervertidos por la gula y el vino, y se quedaron deslumbrados por los atavíos de Herodes y encantados por su porte y oratoria; de manera que con frenético entusiasmo, le tributaron adulación, declarando

que ningún mortal podía presentar tal aspecto y disponer de tan sorprendente elocuencia. Dijeron, además, que aunque siempre le habían respetado como gobernante, de ahora en adelante le adorarían como dios.

Algunos de aquellos cuya voz estaba ahora glorificando a un vil pecador, habían elevado, tan sólo pocos años antes, el clamor frenético: ¡Quita a Jesús! ¡Crucifícale, crucifícale! Los judíos se habían negado a recibir a Jesús, cuyas vestiduras, bastas y a menudo sucias del viajar, cubrían un corazón lleno de amor divino. Sus ojos no podían discernir, bajo el exterior humilde, al Señor de vida y gloria, aun cuando el poder de Cristo se había revelado ante ellos en obras que ningún hombre podía hacer. Pero estaban dispuestos a adorar como dios al altanero rey, cuyos magníficos vestidos de plata y oro cubrían un corazón corrompido y cruel.

Herodes sabía que no merecía ninguna de las alabanzas y homenajes que se le tributaban, y sin embargo aceptó la idolatría del pueblo como si le fuera debida. Su corazón latía locamente de triunfo, y una expresión de orgullo satisfecho se notaba en su semblante, mientras oía el clamor: "Voz de dios, y no de hombre."

Pero de repente le sobrecogió un cambio espantoso. Su rostro se puso pálido como la muerte, y convulsionado por la agonía. Gruesas gotas de sudor brotaron de sus poros. Quedó un momento de pie como transido de dolor y terror; luego, volviendo su semblante lívido hacia sus horrorizados amigos, exclamó en tono hueco de desesperación: Aquel que ensalzasteis como dios está herido de muerte.

Se le sacó de la escena de orgía y pompa sufriendo la angustia más torturante. Instantes antes había recibido alabanzas y culto de una vasta muchedumbre; ahora se daba cuenta de que se hallaba en las manos de un Gobernante mayor que él. Se sintió invadido de remordimiento: recordó su implacable persecución de los discípulos de Cristo; su cruel orden de matar al inocente Jacobo, y su propósito de dar muerte al apóstol Pedro; recordó cómo en su mortificación e ira frustrada había ejercido una venganza irrazonable contra los guardas de la cárcel. Sintió que Dios estaba obrando con él, el perseguidor implacable. No hallaba alivio del dolor corporal ni de la angustia mental, ni esperaba recibirlo.

Herodes conocía la ley de Dios que dice: "No tendrás dioses ajenos delante de mí;"¹ y sabía que al aceptar la adoración del pueblo, había llenado la medida de su

iniquidad, y atraído sobre sí la justa ira de Jehová.

El mismo ángel que había bajado de los atrios celestiales para librar a Pedro, había sido mensajero de ira y juicio para Herodes. El ángel hirió a Pedro para despertarle de su sueño; pero fué con un golpe diferente cómo hirió al perverso rey, humillando su orgullo y haciendo caer sobre él el castigo del Todopoderoso. Herodes murió en gran agonía mental y corporal, bajo el justo castigo de Dios.

Esta demostración de la justicia divina tuvo una poderosa influencia sobre el pueblo. Fueron propagadas por todos los países las nuevas de que el apóstol de Cristo había sido librado de la cárcel y de la muerte mientras que su perseguidor había sido herido por la maldición de Dios, y ellas constituyeron el medio de conducir a muchos a creer en Cristo.

La experiencia de Felipe, dirigido por un ángel del cielo para que fuese adonde había de encontrarse con uno que buscaba la verdad; la de Cornelio, visitado por un ángel que le llevó un mensaje de Dios; de Pedro que, encarcelado y condenado a muerte, fué sacado a un lugar seguro por un ángel; todos estos casos demuestran cuán íntima es la relación que existe entre el cielo y la tierra.

El recuerdo de estas visitas angélicas debe proporcionar fuerza y valor a aquel que trabaja por Dios. Hoy día, tan ciertamente como en el tiempo de los apóstoles, los mensajeros celestiales recorren toda la anchura y longitud de la tierra, tratando de consolar a los tristes, proteger a los impenitentes, ganar los corazones de los hombres a Cristo. No podemos verlos personalmente; pero no obstante ellos están constantemente con nosotros, para dirigirnos, guiarnos y protegernos.

El cielo se acerca a la tierra por esa escalera mística, cuya base está firmemente plantada en la tierra, mientras que su cumbre llega al trono del Infinito. Los ángeles están constantemente ascendiendo y descendiendo por esta escalera 2 de deslumbrante resplandor, llevando las oraciones de los menesterosos y angustiados al Padre celestial, y trayendo bendición y esperanza, valor y ayuda, a los hijos de los hombres. Esos ángeles de luz crean una atmósfera celestial en derredor del alma, elevándonos hacia lo invisible y eterno.

"El ángel de Jehová acampa en derredor de los que le temen, y los defiende." 3

Dios envía a sus ángeles a salvar a sus escogidos de la calamidad, a protegerlos de "pestilencia que ande en obscuridad," y de "mortandad que en medio del día destruya." 4 Repetidas veces los ángeles han hablado con los hombres como un hombre habla con su amigo, y los han guiado a lugares seguros.

La obra de los ángeles consiste en acercarse a los que son probados, sufren o son tentados. Trabajan incansablemente en favor de aquellos por quienes Cristo murió. Se lleva al cielo informe de todo esfuerzo que de nuestra parte hagamos con éxito para despejar las tinieblas y difundir el conocimiento de Cristo. Y al ser relatado el hecho delante del Padre, el gozo conmueve a toda la hueste celestial.

Los principados y las potestades de los cielos están contemplando la guerra que, bajo circunstancias aparentemente desalentadoras, están riñendo los siervos de Dios. Se verifican nuevas conquistas, se ganan nuevos honores a medida que los cristianos, congregándose en derredor del estandarte de su Redentor, salen a pelear la buena batalla de la fe. Todos los ángeles celestiales están al servicio de los humildes y creyentes hijos de Dios; y cuando el ejército de obreros canta aquí en la tierra sus himnos de alabanza, el coro celestial se une a él para tributar loor a Dios y a su amadísimo Hijo.

Necesitamos comprender más plenamente la misión de los ángeles. Sería bueno recordar que cada verdadero hijo de Dios cuenta con la cooperación de los seres celestiales. Ejércitos invisibles de luz y poder acompañan a los mansos y humildes que creen y aceptan las promesas de Dios. Hay a la diestra de Dios querubes y serafines, y ángeles poderosos en fortaleza, y "son todos espíritus administradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de salud." 5

Capítulo 25

El mensaje evangélico a los gentiles

Rápidamente se difundió el mensaje evangélico por las comarcas limítrofes de Palestina, y en importantes poblaciones se constituyeron pequeñas compañías de creyentes. El evangelio fué públicamente enseñado en Antioquía por ciertos discípulos naturales de Chipre y Cirene, quienes entraron "anunciando el evangelio del Señor Jesús." "Y la mano del Señor era con ellos;" su fervorosa labor producía fruto, pues "creyendo, gran número se convirtió al Señor. Y llegó la fama de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén: y enviaron a Bernabé que fuese hasta Antioquía."

La obra de Bernabé en Antioquía fué copiosamente bendecida y aumentó allí muchísimo el número de fieles. Al prosperar la obra, sintió Bernabé la necesidad de conveniente ayuda a fin de responder a las evidentes providencias de Dios; y así se fué a Tarso en busca de Pablo quien, después de salir de Jerusalén poco antes, había estado trabajando en las comarcas de "Siria y de Cilicia," anunciando "la fe que en otro tiempo destruía." 1 Bernabé encontró a Pablo y le persuadió a que volviese con él como compañero de ministerio.

En la populosa ciudad de Antioquía, halló Pablo un excelente campo de labor. Su condición, sabiduría y celo influyeron poderosamente en los vecinos y forasteros de aquella culta ciudad, de manera que Pablo proporcionó precisamente la ayuda que Bernabé necesitaba. Durante un año trabajaron ambos discípulos unidos en fiel ministerio, comunicando a muchos el salvador conocimiento de Jesús de Nazaret, el Redentor del mundo.

En compañía de Bernabé, recorrió Pablo otras ciudades predicando a Jesús y obrando milagros, por lo que muchos se convirtieron. En todos sus esfuerzos misioneros, Pablo y Bernabé procuraron seguir el ejemplo de Cristo de voluntario sacrificio y fiel y fervorosa labor en bien de las almas. Siempre diligentes, celosos e infatigables, no atendieron a su personal inclinación y comodidad, sino que sin descanso y orando anhelosamente sembraban la semilla de verdad. Al propio tiempo tenían mucho cuidado de dar instrucciones valiosísimas de carácter práctico a cuantos tomaban partido por el evangelio. Este espíritu de fervor y piadoso temor produjo en el ánimo de

los nuevos discípulos una duradera impresión acerca de la importancia del mensaje evangélico.

Cuando se convertían hombres de mérito y capacidad, como en el caso de Timoteo, procuraban Pablo y Bernabé representarles vividamente la necesidad de trabajar en la viña del Señor. Y cuando los apóstoles se iban a otra ciudad, la fe de esos conversos no disminuía sino que se acrecentaba. Habían sido fielmente instruidos en el camino del Señor y enseñados a trabajar abnegada, fervorosa y perseverantemente por la salvación de sus prójimos. Esta solícita educación de los neófitos fué un importante factor en el notable éxito que obtuvieron Pablo y Bernabé al predicar el evangelio en tierras paganas.

De ciudad en ciudad sufrían persecución los maestros de la verdad. Los enemigos de Cristo no podían impedir el progreso del evangelio; pero sí lograron dificultar extraordinariamente la obra de los apóstoles. Con todo, frente a la oposición y a los conflictos, Pablo seguía firmemente adelante, determinado a realizar el propósito de Dios tal como se le revelara en la visión de Jerusalén: "Te tengo que enviar lejos a los gentiles." 2

Después de efectuada su jira misionera, Pablo y Bernabé volvieron sobre sus pasos, visitando las iglesias que habían establecido y escogiendo algunos fieles a quienes educar para asociarlos a la proclamación del evangelio. El apóstol Pablo hizo de la enseñanza de jóvenes para el oficio de ministros una parte de su obra. Se los llevaba consigo en sus viajes misioneros y así adquirirían la necesaria experiencia para ocupar más tarde cargos de responsabilidad. Mientras estaba separado de ellos, se mantenía en contacto con su obra, y sus epístolas a Timoteo y Tito demuestran cuán vivamente anhelaba que obtuviesen éxito.

Desde la hora en que rindió fidelidad a Cristo, la vida de Pablo estuvo llena de infatigable servicio. Viajaba de ciudad en ciudad y de país en país, relatando la historia de la cruz, atrayendo almas al evangelio y estableciendo iglesias. A veces trabajaba en su oficio para ganarse el pan cotidiano. Pero en todas las atareadísimas actividades de su vida, nunca perdió Pablo de vista su gran propósito de proseguir hacia el premio de su alta vocación. Firmemente mantenía ante sí el ideal de ser fiel a Quien se le había revelado junto a las puertas de Damasco.

Su motivo capital, el principio que impulsaba su conducta, era el amor al Señor de gloria, a quien tan implacablemente había perseguido en la persona de sus santos. Si alguna vez flaqueaba su ardor en el camino del deber, una mirada a la cruz y el admirable amor allí revelado bastaba para inducirle a ceñir los lomos de su ánimo y marchar adelante por el sendero de la abnegación.

Capítulo 26

Últimos años del ministerio de Pablo

En la lista de cuantos trabajaron y sufrieron por causa de Jesús, no hay nombre más brillante e ilustre que el de Pablo, el apóstol de los gentiles. El amor de Jesús inflamó su corazón y le hizo olvidarse de sí mismo con plena abnegación. Había visto a Cristo resucitado, y la imagen del Salvador impresa en su alma resplandecía en su conducta. Con fe, valor y fortaleza no intimidados por el peligro ni entorpecidos por los obstáculos, proseguía su camino de tierra en tierra, difundiendo entre las gentes el conocimiento de la cruz redentora.

Mientras batallaba contra la oposición e impelía con infatigable celo la obra evangélica, había de llevar Pablo sobre su alma una pesada carga por todas las iglesias. Al enterarse de los procedimientos empleados para entorpecer su obra, pasaba muchas noches en vela, orando y meditando. Cuando tenía ocasión y las circunstancias lo demandaban, escribía a las iglesias reconviniéndolas, aconsejándolas, amonestándolas y alentándolas. En estas epístolas no se detiene el apóstol en sus propias tribulaciones, aunque de cuando en cuando deja entrever sus trabajos y sufrimientos por la causa de Cristo. Azotes, cárceles, frío, hambre, sed, peligros por mar y tierra, en la ciudad y en el yermo, de sus compatriotas, de los paganos y de falsos hermanos; todo esto sufrió por la causa del evangelio. Fué infamado, envilecido y se le miró como "la hez del mundo y el desecho de todo." Estuvo perplejo, perseguido, conturbado por todas partes, en peligro a todas horas y "siempre entregado a la muerte por Jesús."

El intrépido apóstol casi se descorazonaba a veces entre la constante borrasca de la oposición, el clamor de los enemigos y el abandono de los amigos. Pero volvía la vista hacia el Calvario, y con nuevo ardor proseguía difundiendo el conocimiento del Crucificado. Iba hollando el ensangrentado sendero que Cristo había hollado antes que él. No quería desentenderse de la pelea hasta que hubiese de depositar su armadura a los pies de su Redentor.

Durante su estada en Corinto tuvo Pablo tiempo de vislumbrar nuevos y más dilatados campos de servicio. Pensaba especialmente en su anhelado viaje a Roma. Una de sus más caras esperanzas y acariciados planes era ver firmemente establecida la fe

cristiana en la gran capital del mundo conocido. Ya había en Roma una iglesia, y el apóstol deseaba obtener la cooperación de los fieles de allí para la obra que había de hacerse en Italia y otros países. A fin de preparar su labor entre aquellos hermanos, muchos de los cuales le eran todavía desconocidos, les escribió una epístola anunciándoles su propósito de visitar a Roma y su esperanza de enarbolar el estandarte de la cruz en España. Pero primero debía visitar otra vez a Jerusalén.

Nunca como entonces se había acercado el apóstol a Jerusalén con tan entristecido corazón. Sabía que iba a encontrar pocos amigos y muchos enemigos. La misma ciega cólera que un tiempo inflamara su corazón, encendía ahora con indecible intensidad el corazón de todo un pueblo contra él. Mas a pesar de su desaliento no desesperó el apóstol. Confiaba en que la misma voz que le había hablado al corazón, hablaría también al corazón de sus compatriotas.

El Señor se le había aparecido a Pablo, revelándole que debía ir a Jerusalén, donde le prenderían para sufrir por su nombre. Así sucedió. Mientras estaba en el templo, fué reconocido por algunos judíos de Asia, que se precipitaron sobre él con demoníaca furia, gritando: "Varones israelitas, ayudad: Este es el hombre que por todas partes enseña a todos contra el pueblo, y la ley, y este lugar." Y cuando el pueblo acudió a prestar ayuda, agravaron la acusación, diciendo: "Y además de esto ha metido gentiles en el templo, y ha contaminado este lugar santo."

Según la ley judaica, era un crimen punible de muerte que un incircunciso penetrara en los atrios interiores del edificio sagrado. A Pablo le habían visto en la ciudad en compañía de Trófimo de Efeso, y suponían que Pablo había metido a éste en el templo. Pero no había hecho tal cosa; y como Pablo era judío no violaba la ley al entrar en el templo. No obstante ser de todo punto falsa la acusación, sirvió para excitar los prejuicios populares. Al propalarse los gritos por los atrios del templo, la gente allí reunida fué presa de salvaje excitación. La noticia cundió rápidamente por Jerusalén y "toda la ciudad se alborotó, y agolpóse el pueblo."

"Y procurando ellos matarle, fué dado aviso al tribuno de la compañía, que toda la ciudad de Jerusalén estaba alborotada." Claudio Lisias conocía muy bien a los levantiscos elementos con los cuales tenía que tratar, y "tomando luego soldados y centuriones, corrió a ellos. Y ellos como vieron al tribuno y a los soldados, cesaron de herir a Pablo."

Ignorante de la causa del tumulto, pero en vista de que la furia de la multitud se dirigía contra Pablo, el tribuno romano se figuró que era cierto sedicioso egipcio de quien había oído hablar, y no habían logrado prender. Por lo tanto, "le prendió, y le mandó atar con dos cadenas; y preguntó quién era, y qué había hecho." En seguida se levantaron muchas voces en clamorosa y colérica acusación.

El apóstol se mantenía tranquilo y dueño de sí en medio del tumulto. Su mente estaba fija en Dios, y sabía que le rodeaban los ángeles del cielo. No quería dejar el templo sin hacer un esfuerzo para proclamar la verdad ante sus compatriotas, y cuando iban a conducirlo al castillo, le dijo al tribuno: "¿Me será lícito hablarte algo?" Lisias replicó: "¿Sabes griego? ¿No eres tú aquel egipcio que levantaste una sedición antes de estos días, y sacaste al desierto cuatro mil hombres salteadores?" Entonces repuso Pablo: "Yo de cierto soy hombre judío, ciudadano de Tarso, ciudad no obscura de Cilicia: empero ruégote que me permitas que hable al pueblo."

Concedido el permiso, "Pablo, estando en pie en las gradas, hizo señal con la mano al pueblo." El ademán del apóstol atrajo la atención del gentío, y su porte inspiraba respeto. "Y hecho grande silencio, habló en lengua hebrea, diciendo: Varones hermanos y padres, oid la razón que ahora os doy."

El relato de sus experiencias fué acompañado de tan convincente poder, que parecía enternecer y rendir los corazones del concurso. La gente escuchaba con mucha atención; pero cuando Pablo llegó en su relato al punto en que dijo que Dios le había escogido por embajador de Cristo a los gentiles, volvió a estallar la furia del pueblo; pues, acostumbrados a considerarse como único pueblo favorecido por Dios, no querían consentir que los menospreciados gentiles participasen de los privilegios que hasta entonces tuvieron por exclusivamente suyos, y levantando sus voces sobre la del orador, gritaron: "Quita de la tierra a un tal hombre, porque no conviene que viva."

"Y dando ellos voces, y arrojando sus ropas y echando polvo al aire, mandó el tribuno que le llevasen a la fortaleza, y ordenó que fuese examinado con azotes, para saber por qué causa clamaban así contra él.

"Y como le ataron con correas, Pablo dijo al centurión que estaba presente: ¿Os es lícito azotar a un hombre romano sin ser condenado? Y como el centurión oyó esto,

fué y dió aviso al tribuno, diciendo: ¿Qué vas a hacer? porque este hombre es romano. Y viniendo el tribuno, le dijo: Dime, ¿eres tú romano? Y él dijo: Sí. Y respondió el tribuno: Yo con grande suma alcancé esta ciudadanía. Entonces Pablo dijo: Pero yo lo soy de nacimiento. Así que, luego se apartaron de él los que le habían de atormentar: y aun el tribuno también tuvo temor, entendido que era romano, por haberle atado.

"Y al día siguiente, queriendo saber de cierto la causa por qué era acusado de los judíos, le soltó de las prisiones, y mandó venir a los príncipes de los sacerdotes, y a todo su concilio: y sacando a Pablo, le presentó delante de ellos."

El apóstol iba ahora a ser juzgado por el mismo tribunal del que había formado parte antes de su conversión. Ante los magistrados judíos compareció con tranquilo aspecto y su semblante denotaba la paz de Cristo.

"Entonces Pablo, sabiendo que la una parte era de saduceos, y la otra de fariseos, clamó en el concilio: Varones hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo: de la esperanza y de la resurrección de los muertos soy yo juzgado. Y como hubo dicho esto, fué hecha disensión entre los fariseos y los saduceos; y la multitud fué dividida." Los dos partidos empezaron a disputar entre sí; y de este modo se quebrantó su oposición contra Pablo. "Los escribas de la parte de los fariseos, contendían diciendo: Ningún mal hallamos en este hombre; que si espíritu le ha hablado, o ángel, no resistamos a Dios."

En la confusión que siguió a esto, los saduceos se esforzaban en apoderarse del apóstol para matarlo, y los fariseos luchaban con todo ardor por protegerlo. "El tribuno, teniendo temor de que Pablo fuese despedazado de ellos, mandó venir soldados, y arrebatarse de en medio de ellos, y llevarle a la fortaleza."

Después, reflexionando sobre las arduas experiencias de aquel día, receló Pablo de que su conducta no hubiese sido agradable a Dios. ¿Acaso se había equivocado al visitar a Jerusalén? La causa de Cristo estaba muy cerca del corazón de Pablo, y con profunda ansiedad pensaba en los peligros de las diseminadas iglesias, expuestas a las persecuciones de hombres tales como los que había encontrado en el concilio del Sanedrín. Angustiado y desconsolado, lloró y oró.

En aquella tenebrosa hora no echó en olvido el Señor a su siervo. Le había librado de las turbas asesinas en los atrios del templo. Estuvo con él ante el concilio del

Sanedrín. Estaba con él en la fortaleza; y se reveló a su fiel testigo en respuesta a las fervorosas oraciones en súplica de dirección. "Y la noche siguiente, presentándosele el Señor, le dijo: Confía, Pablo; que como has testificado de mí en Jerusalén, así es menester testifiques también en Roma."

Pablo deseaba desde hacía mucho tiempo visitar a Roma. Anhelaba testificar por Cristo allí; pero pensaba que la enemistad de los judíos había frustrado su propósito. Poco se figuraba, aun ahora, que iría en calidad de preso. Aunque Pablo estuvo largo tiempo en prisiones, el Señor llevó adelante su obra valiéndose de él. Sus ataduras habían de ser el medio de difundir el conocimiento de Cristo y así glorificar a Dios. Según le trasladaban de ciudad a ciudad a causa de su proceso, exponía el testimonio de Jesús y los interesantes incidentes de su conversión ante reyes y gobernadores, para que no alegasen ignorancia respecto de Jesús. Quedaron cautivados por sus argumentos, y mientras predicaba a Jesús y relataba sus experiencias con celo y virtud del Espíritu Santo, convencíales de que Jesús era el Hijo de Dios. Mientras le escuchaban admirados, uno de ellos exclamó: "Por poco me persuades a ser cristiano." Sin embargo, la mayor parte de quienes oían la defensa de Pablo, pensaron que más adelante podrían reflexionar sobre lo que habían oído. Satanás se aprovechó del aplazamiento; y como ellos desperdiciaron la ocasión cuando sus corazones estaban enternecidos, la perdieron para siempre. Se les endureció el corazón.

Cansado de la lucha, el activo espíritu de Pablo apenas podía soportar los repetidos aplazamientos y suspensiones de su causa y prisión. Por lo tanto, resolvió ejercer su derecho de ciudadano romano, de apelar a César, y los magistrados romanos no tuvieron más remedio que enviarlo a Roma.

Capítulo 27

En Roma

Muchos meses pasaron desde la llegada de Pablo a Roma hasta la comparecencia de los judíos que de Jerusalén vinieron para acusarle. Habían sido repetidamente estorbados en sus propósitos; y ahora que Pablo iba a ser juzgado por el supremo tribunal del imperio romano, no deseaban exponerse a otro fracaso. Lisias, Félix, Festo y Agripa habían declarado todos que le juzgaban inocente. Sus enemigos sólo podían esperar inclinar al emperador en su favor por medio de intrigas. Así que pensaron que lo mejor sería demorar la vista de la causa a fin de poner en práctica su plan, y al efecto aguardaron algún tiempo antes de acusar personalmente al apóstol.

Por providencia de Dios, este aplazamiento tuvo por resultado el adelanto del evangelio. Mediante el favor de los encargados de la guarda, le fué permitido a Pablo residir en una cómoda vivienda, donde podía tratarse libremente con sus amigos y también declarar diariamente la verdad a cuantos acudían a oírle. Así prosiguió durante dos años su labor "predicando el reino de Dios y enseñando lo que es del Señor Jesucristo con toda libertad, sin impedimento."

Durante este tiempo no quedaron olvidadas las iglesias que él había establecido en muchos países. Comprendiendo los peligros que amenazaban a los convertidos a la nueva fe, el apóstol procuraba en tanto le era posible atender a sus necesidades por medio de cartas de amonestación e instrucciones prácticas. Y desde Roma envió consagrados obreros a trabajar no sólo en aquellas iglesias sino también en campos que él no había visitado. Estos obreros, como prudentes pastores, intensificaron la obra tan bien comenzada por Pablo, quien se mantuvo informado de la situación y peligros de las iglesias por la constante correspondencia con ellos, de suerte que pudo ejercer prudente inspección sobre todos.

Así, aunque aparentemente ajeno a la labor activa, Pablo ejerció más amplia y duradera influencia que si hubiese podido viajar libremente de iglesia en iglesia como en años anteriores.

No cabía esperar que Pablo, pobre y desvalido prisionero, fuese capaz de llamar

la atención de los opulentos y aristócratas ciudadanos romanos, a quienes el vicio ofrecía todos sus halagos y los sujetaba en voluntaria esclavitud. Pero de entre las fatigadas y menesterosas víctimas de la opresión y aun de entre los infelices esclavos, muchos escuchaban gozosamente las palabras de Pablo, y en la fe de Cristo hallaban la esperanza y paz que les prestaban aliento para sobrellevar las innumerables penalidades que les tocasen en suerte.

Sin embargo, aunque el apóstol comenzó su obra con los bajos y humildes, su influencia se dilató hasta alcanzar el mismo palacio del emperador. En menos de dos años, el evangelio se abrió camino desde la modesta morada del prisionero a las salas imperiales. Pablo estaba preso como un malhechor; pero 'la palabra de Dios no está presa.' 1 Aun en la misma casa de Nerón ganó trofeos la cruz. No eran cristianos en secreto, sino abiertamente, y no se avergonzaban de su fe.

Cuando las iglesias cristianas se enteraron de que Pablo iba a Roma, esperaron un señalado triunfo del evangelio en esa ciudad. Pablo había llevado la verdad a muchos países, y la había proclamado en populosas ciudades. Por lo tanto, ¿no podía este campeón de la fe tener éxito en ganar almas para Cristo aun en la metrópoli del mundo? Pero se desvanecieron sus esperanzas al saber que Pablo había ido a Roma en calidad de preso. Esperaban los cristianos confiadamente ver cómo, una vez establecido el evangelio en aquel gran centro, se propagaba rápidamente por todas las naciones y llegaba a ser una prevaleciente potestad en la tierra. ¡Cuán grande fué su desengaño! Habían fracasado las esperanzas humanas, pero no los propósitos de Dios.

No por los discursos de Pablo, sino por sus prisiones, dirigió la corte imperial su atención al cristianismo, al ver que un cautivo quebrantaba las ligaduras que mantenían a muchas almas en la esclavitud del pecado. No fué sólo esto. Pablo declaró: "Muchos de los hermanos en el Señor, tomando ánimo con mis prisiones, se atreven mucho más a hablar la palabra sin temor." 2

La paciencia tiene sus victorias lo mismo que el valor. Mediante la mansedumbre en las pruebas no menos que por la gallardía en las empresas pueden ganarse almas a Cristo. Los cristianos que demuestren paciencia y afabilidad bajo los duelos y el sufrimiento, que arrostran aun la misma muerte con la paz y sosiego de una fe inquebrantable, pueden realizar por el evangelio mucho más de lo que hubiesen efectuado en una larga vida de fiel labor.

Aunque la obra de Pablo en Roma se veía bendecida por la conversión de muchas almas y el fortalecimiento y estímulo de los fieles, se iban acumulando nubes amenazadoras no sólo de su seguridad personal sino también de la prosperidad de la iglesia. Al llegar a Roma, había sido puesto Pablo bajo la custodia del capitán de la guardia imperial, hombre justo e íntegro, por cuya benevolencia tenía el apóstol relativa libertad para proseguir la obra del evangelio. Pero antes de concluir dos años de encarcelamiento, el capitán de la guardia fué relevado por otro de quien el apóstol no podía esperar ningún favor especial.

Los judíos se volvieron entonces más activos que nunca en sus esfuerzos contra Pablo, y encontraron valiosa ayuda en la disoluta mujer a quien Nerón había hecho su segunda esposa, y que por ser prosélita judía prestó toda su influencia en favor de los homicidas proyectos contra el campeón del cristianismo. Pablo no podía esperar mucha justicia del César a quien había apelado. Nerón era hombre de costumbres depravadas y frívolo carácter a la par que capaz de más atroces crueldades que cuantos emperadores le habían precedido. Las riendas del gobierno no podían haber sido confiadas a más despótico monarca. El primer año de su reinado se señaló por el envenenamiento de su hermanastro, el heredero legítimo del trono. Había descendido Nerón de un abismo a otro abismo de crímenes y vicios, hasta asesinar a su propia madre y después a su esposa. No hubo atrocidad que no perpetrase ni vileza ante la cual se detuviese. A toda alma noble inspiraba aborrecimiento y desprecio.

Desde el punto de vista de los juicios humanos, era segura la condena de Pablo ante semejante juez. Pero el apóstol comprendía que mientras se mantuviese leal a Dios, nada había de temer. Aquel que en el pasado fuera su protector podría escudarle aún contra la malignidad de los judíos y el poder de César.

Y Dios escudó a su siervo. En la vista de la causa no sostuvo nadie las acusaciones contra Pablo; y en contra de la general expectación y con un miramiento a la justicia del todo opuesto a su carácter, absolvió Nerón al procesado. Pablo se vió desligado de sus prisiones y en completa libertad.

Si el proceso de Pablo se hubiese diferido por más tiempo, o si por cualquier motivo se detuviera en Roma hasta el año siguiente, sin duda pereciera en la persecución entonces levantada contra los cristianos. Durante el encarcelamiento de

Pablo los conversos al cristianismo habían llegado a ser tan numerosos que atrajeron la atención y suscitaron la enemistad de las autoridades. La cólera del emperador se excitó especialmente por la conversión de gente de su propia servidumbre cortesana, y pronto encontró pretexto para hacer a los cristianos objeto de su despiadada crueldad.

Por entonces estalló en Roma un terrible incendio que consumió casi media ciudad. Según rumores, el mismo Nerón había sido el incendiario; pero a fin de alejar toda sospecha hizo alarde de gran generosidad yendo a visitar a las víctimas del siniestro que habían quedado sin hacienda ni hogar. Sin embargo, se le acusó del crimen y el vecindario se levantó encolerizado, por lo que para disculparse y al propio tiempo deshacerse de una gente a quien temía y odiaba, volvió la acusación contra los cristianos. Su arteria tuvo éxito y millares de hombres, mujeres y niños cristianos sufrieron el martirio.

Escapó Pablo de aquella terrible persecución, porque muy luego de verse en libertad había salido de Roma, empleando el tiempo en trabajar entre las iglesias. Era su propósito establecer una firme unión entre las iglesias griegas y orientales, y fortalecer el entendimiento de los creyentes contra las falsas doctrinas que ya se insinuaban para corromper la fe.

Las pruebas y penalidades sufridas por Pablo habían quebrantado su naturaleza corporal. Padecía los achaques de la edad. Comprendía que estaba realizando su postrera labor, y a medida que se le iba acortando el tiempo, eran más intensos sus esfuerzos.

Su celo no tenía límites. Resuelto en el propósito, rápido en la acción y firme en la fe, pasaba de iglesia en iglesia por diversos países, y procuraba por todos los medios a su alcance fortalecer las manos de los creyentes para que actuasen fielmente en la obra de ganar almas a Jesús, y que en los tiempos de prueba que se acercaban permaneciesen firmes en el evangelio y testificasen fielmente por Cristo.

No podía escapar a la atención de sus enemigos la obra de Pablo entre las iglesias después de su absolución en Roma. Desde los comienzos de la persecución neroniana, los cristianos eran por doquiera una secta proscripta. Pasado algún tiempo, los incrédulos judíos concibieron la idea de achacar a Pablo el crimen de haber instigado el incendio de Roma. Ninguno de ellos pensaba ni por un momento que fuese culpable;

pero comprendían que semejante acusación hecha con la menor apariencia de probabilidad acarrearía su condena. Los esfuerzos de los judíos dieron por resultado que Pablo fuese nuevamente detenido y llevado en seguida a su final prisión.

Al llegar a Roma, lo encerraron en una lóbrega mazmorra, en la cual iba a quedar hasta el fin de su carrera.

Capítulo 28

Pablo ante Nerón

Cuando Pablo recibió el aviso de comparecer ante Nerón para la vista de su causa, tenía ante sí la perspectiva de una muerte segura. La grave índole del crimen que se le imputaba y la prevaleciente animosidad contra los cristianos dejaban pocas esperanzas de éxito favorable.

Sin dinero ni amigos ni consejeros, el anciano apóstol compareció ante Nerón, cuyo aspecto revelaba las vergonzosas pasiones que en su interior rebullían, mientras que el rostro del acusado reflejaba un corazón en paz con Dios. La vida de Pablo lo había sido de pobreza, abnegación y sufrimiento. A pesar de las constantes falsedades, vituperios y maltrato con que sus enemigos habían procurado intimidarlo, mantuvo él impávidamente enhiesto el estandarte de la Cruz. Como su Maestro, había peregrinado sin hogar propio, y vivido en beneficio de la humanidad. ¿Cómo podía el antojadizo, pasional y libertino tirano Nerón comprender ni estimar el carácter y motivos de este hijo de Dios?

El amplio salón estaba lleno de una turba ansiosa e inquieta que se apretujaba hacia adelante para ver y oír cuanto sucediese. Altos y bajos, ricos y pobres, letrados e ignorantes, altivos y humildes, todos estaban allí destituidos del verdadero conocimiento del camino de vida y salvación.

Los judíos levantaron contra Pablo las viejas acusaciones de sedición y herejía; y tanto judíos como romanos le inculpaban de haber instigado el incendio de la ciudad. Pablo escuchó estos cargos con imperturbable serenidad. Los jueces y el público le miraban sorprendidos. Habían presenciado muchas vistas de proceso y observado a muchos criminales; pero nunca vieron un procesado que denotara tan santa tranquilidad como el que tenían delante. La sagaz mirada de los jueces, acostumbrados a leer en el semblante de los reos, indagaba vanamente en el rostro de Pablo alguna prueba de culpabilidad. Cuando se le concedió la palabra para hablar en defensa propia, todos escucharon con vivísimo interés.

Una vez más tuvo Pablo ocasión de izar ante una admirada muchedumbre la

bandera de la Cruz. Al contemplar a los circunstantes, entre los que había judíos, griegos, romanos y extranjeros de muchos países, el alma de Pablo se conmovió con un intenso anhelo de su salvación. Olvidóse entonces de la prueba en que se hallaba, no vió los peligros que le circuían ni el terrible destino que le aguardaba. Sólo vió a Jesús, el Mediador, abogando ante Dios en favor de los pecadores. Con sobrehumana elocuencia y vigor expuso Pablo las verdades del evangelio. Representó a sus oyentes el sacrificio realizado en bien de la raza caída. Declaró que por la redención del hombre había sido pagado un rescate infinito, que le daba la posibilidad de compartir el trono de Dios. Añadió que la tierra está relacionada con el cielo por medio de ángeles mensajeros, y que todas las acciones buenas o malas de los hombres están bajo la mirada de la infinita Justicia.

Tal fué el alegato del abogado de la verdad. Fiel entre los infieles, leal entre los desleales, se erguía como representante de Dios y su voz era voz del cielo. No tuvo temor ni tristeza ni desaliento en palabra ni obra.

Sus palabras eran como un grito de victoria sobresaliente entre el fragor de la batalla. Declaró que la causa a que había dedicado su vida era la única causa que no podía fracasar. Aunque él pereciera, el evangelio no perecería. Dios vive y su verdad triunfará.

Muchos de los que le contemplaron aquel día "vieron su rostro como el rostro de un ángel." 1 Nunca habían escuchado los circunstantes palabras como aquéllas. La verdad clara y convincente desbarataba el error. La luz alumbró el entendimiento de muchos que después siguieron alegremente sus rayos. Las verdades declaradas aquel día iban a conmover a las naciones y perdurar a través de todos los tiempos para influir en el corazón de la gente, aun cuando los labios que las pronunciaban iban a quedar silenciosos en la tumba del martirio.

Nunca hasta entonces había oído Nerón la verdad como en aquella ocasión la oyera. Nunca se le había revelado de tal manera la enorme culpabilidad de su conducta. La luz del cielo penetró en los recovecos de su alma manchados por la culpa y aterrorizado tembló al pensamiento de un tribunal ante el cual él, dueño del mundo, habría finalmente de comparecer para recibir el justo castigo de sus obras. Temía Nerón al Dios del apóstol y no se atrevió a dictar sentencia contra Pablo, pues nadie había mantenido sus acusaciones. Un sentimiento de pavor restringió por algún tiempo su

sanguinario espíritu.

Por un momento se le abrió el cielo al culpable y empedernido Nerón, y su paz y pureza le parecieron apetecibles. En aquel momento se extendió sobre él, a pesar de todo, la invitación de misericordia. Pero sólo por un momento acogió el emperador la idea del perdón. Después mandó que volviesen a llevar a Pablo a la mazmorra, y al cerrarse la puerta tras el mensajero de Dios, se cerró también para siempre contra el emperador de Roma la puerta del arrepentimiento y la salvación eterna.

Desde la sala del juicio, volvió Pablo al calabozo, comprendiendo que sólo había conseguido para sí un corto respiro. Sabía que sus enemigos no iban a cejar en su empeño hasta obtener su muerte. Pero también sabía que la verdad estaba triunfante por algún tiempo. Ya era de por sí una victoria haber proclamado al crucificado y resurrecto Salvador ante la numerosa multitud que le había escuchado. Aquel día había comenzado una obra que iba a prosperar y fortalecerse, sin que Nerón ni los demás enemigos de Cristo lograsen entorpecerla ni destruirla.

Capítulo 29

Martirio de Pablo y Pedro

Durante muchos años trabajaron muy lejos uno del otro los apóstoles Pablo y Pedro. La labor de Pablo era llevar el evangelio a los gentiles, mientras que Pedro trabajaba especialmente para los judíos. Pero la providencia de Dios permitió que Pedro acabase su ministerio en Roma, donde el emperador Nerón le mandó prender por los días en que fué preso Pablo. Así los dos veteranos apóstoles, durante tantos años separados, iban a dar su postrer testimonio de Cristo en la metrópoli del mundo, y derramar allí su sangre como semilla de una copiosa cosecha de santos y mártires.

Desde su arrepentimiento por haber negado a Cristo, Pedro arrostró inflexiblemente el peligro, demostrando noble valentía en predicar a un crucificado, resucitado y ascendido Salvador. Mientras yacía en el calabozo, recordaba lo que Cristo le dijera: "De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más mozo, te ceñías, e ibas donde querías; mas cuando ya fueres viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará adonde no quieras." 1 De este modo dió a entender Jesús a Pedro de qué género de muerte había de morir, y profetizó la extensión de sus manos sobre la cruz.

A Pedro, por ser judío y extranjero, lo condenaron a recibir azotes y a ser crucificado después. En la perspectiva de esta espantosa muerte, el apóstol recordó su gravísimo pecado de negar a Jesús en la hora de su prueba. Tanto como un tiempo le había repugnado la cruz, tenía ahora por gozo dar su vida por el evangelio, sintiendo tan sólo que fuese demasiada honra para él morir como había muerto el Señor a quien negara. Pedro se había arrepentido sinceramente de su pecado, y Cristo lo perdonó, según lo comprueba el altísimo encargo que le confió de apacentar a las ovejas y corderos del rebaño. Pero Pedro no podía perdonarse a sí mismo. Ni aun el pensamiento de las agonías de la muerte que le aguardaba era capaz de mitigar la amargura de su aflicción y arrepentimiento. Como último favor suplicó a sus verdugos que lo crucificaran cabeza abajo. La súplica fué otorgada, y de esta manera murió el gran apóstol Pedro.

Durante la vista del proceso final de Pablo ante Nerón, quedó este emperador vivamente conmovido por la lógica argumentación del procesado, de suerte que sin

absolverlo ni condenarlo difirió el fallo. Pero no tardó en renacer la malicia del emperador contra Pablo. Exasperado por su impotencia para atajar los progresos de la religión cristiana ni aun en su misma corte, determinó condenar a muerte al apóstol en cuanto se deparase oportuna ocasión. No tardó Nerón en pronunciar la sentencia condenando a Pablo al martirio; pero como era ciudadano romano, no se le podía atormentar y así se le condenó a decapitación.

Fué conducido Pablo secretamente al lugar del suplicio. A pocos se les permitió presenciar la ejecución, porque alarmados los enemigos por la poderosa influencia de Pablo, temieron que el espectáculo de su muerte ganara más conversos al cristianismo. Pero los desalmados soldados que le escoltaban, escucharon sus últimas palabras, asombrándose de ver la placidez y aun el gozo de la víctima en presencia de la muerte. Para algunos de los circunstantes fué sabor de vida para vida el contemplar su martirio, su espíritu de perdón para con los verdugos y su inquebrantable confianza en Cristo hasta el último momento. Varios de ellos aceptaron al Salvador predicado por Pablo, y no tardaron en sellar impávidamente su fe con su sangre.

Pablo llevaba consigo el ambiente del cielo. Todos cuantos le trataban sentían la influencia de su unión con Cristo. Daba mayor valía a su predicación la circunstancia de que sus obras estaban de acuerdo con sus palabras. En esto consiste el poder de la verdad. La sencilla e ingenua influencia de una conducta ejemplar es el más convincente sermón que puede predicarse en favor del cristianismo. Puede ser que los argumentos, por irrefutables que sean, no provoquen más que oposición; pero un piadoso ejemplo entraña irresistible fuerza.

Olvidóse el apóstol de sus inminentes sufrimientos para atender solícitamente a los que iba a dejar expuestos al prejuicio, odio y persecución de sus enemigos. Los pocos cristianos que le acompañaron al lugar de la ejecución, recibieron de él aliento y estímulo para que se fortaleciesen y animasen recordando la promesa dada a los que padecen persecución por la justicia. Les aseguró que nada dejaría de cumplirse de cuanto el Señor había dicho respecto de sus atribulados y fieles hijos. Añadió que, por corto tiempo, podrían verse apesadumbrados por múltiples tentaciones y despojados de las comodidades terrenas; pero que confortaran su corazón con la seguridad de que Dios sería fiel, y así dijeran: "Yo sé a quién he creído, y estoy cierto que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día." 2 Pronto acabaría la noche de prueba y sufrimiento, y alborearía la alegre mañana del día de perfecta paz.

El apóstol contemplaba el gran más allá, no con temor e incertidumbre, sino con gozosa esperanza y anhelosa expectación. Al llegar al paraje del suplicio no vio la espada del verdugo ni la tierra que iba a absorber su sangre, sino que a través del sereno cielo de aquel día estival miraba el trono del Eterno.

Redimido Pablo por el sacrificio de Cristo, lavado de pecado en su sangre y revestido de su justicia, tenía en sí mismo el testimonio de que su alma era preciosa a la vista de su Redentor. Estaba su vida oculta con Cristo en Dios, y tenía el convencimiento de que Quien venció a la muerte es poderoso para guardar cuanto se le confíe. La mente de Pablo recordaba la promesa del Salvador: "Yo le resucitaré en el día postrero." 3 Sus pensamientos y esperanzas estaban concentrados en la segunda venida de su Señor. Y al caer la espada del verdugo, y agolparse sobre el mártir las sombras de la muerte, se lanzó hacia adelante su último pensamiento como lo hará el primero que de él brote en el momento de la gran resurrección de los justos, cuando vaya al encuentro del Autor de la vida que le acogerá en el gozo de los bienaventurados.

Casi veinte siglos han transcurrido desde que el anciano Pablo derramó su sangre en testimonio de la palabra de Dios y la fe de Jesucristo. Ninguna mano fiel registró para las generaciones futuras las últimas escenas de la vida de este santo apóstol; pero la Inspiración nos ha reservado su postrer testimonio. Como resonante trompeta, su voz ha vibrado desde entonces a través de los siglos, enardeciendo con su propio valor a millares de testigos de Cristo y despertando en millares de afligidos corazones el eco de su triunfante gozo: "Porque yo ya estoy para ser ofrecido, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida." 4

Capítulo 30

La persecución

Dos días antes de la pascua, al salir Cristo por última vez del templo, fué con sus discípulos al monte de las Olivas, y sentado en una herbosa pendiente que dominaba la ciudad, les representó las vicisitudes de su pueblo, desde el día en que sería arrebatado de entre ellos, hasta su vuelta en poder y gloria para libertarlos. En pocas y breves expresiones de imponente significado, predijo la situación en que los príncipes del mundo colocarían a la iglesia de Dios. Los discípulos de Cristo habrían de hollar el mismo sendero de humillación, vituperio y sufrimiento que holló su Maestro. La enemistad surgida contra el Redentor del mundo se manifestaría también contra cuantos creyeran en su nombre.

La historia de la iglesia primitiva atestigua el cumplimiento de las palabras del Salvador. Las potestades de la tierra y del infierno se concitaron contra Cristo en la persona de sus discípulos. Se encendieron los fuegos de la persecución; y letrados y vulgo fueron igualmente asesinados sin piedad. Opulentas familias quedaron en la miseria por no abjurar de su religión; mas a pesar de los padecimientos y persecuciones soportados, aquellos cristianos no arriaron la bandera. Guardaron pura su religión. Satanás triunfaba y se gozaba de sus sufrimientos. Pero Dios aprobaba la conducta de sus fieles mártires. Amaba vivamente a los cristianos de aquella espantosa época porque voluntariamente sufrían por su causa. Cada sufrimiento que soportaban acrecía su recompensa en el cielo.

Aunque Satanás se alegraba del sufrimiento de los santos, no estaba satisfecho. Quería dominar así la mente como el cuerpo. Los sufrimientos que sobrellevaban los mártires los ponían más cerca del Señor, moviéndolos a amarse unos a otros y a temer más que nunca el ofender a Dios. Satanás quería inducirlos a que desagradasen a Dios, pues así perderían su vigor, fortaleza y constancia. Aunque morían a millares, otros surgían para substituirlos. Vió Satanás que perdía súbditos, pues por más que sufriesen persecución y muerte, se mantenían seguros en Jesucristo para ser súbditos de su reino.

Por lo tanto, trazó Satanás sus planes para batallar más provechosamente contra el gobierno de Dios y derrocar la iglesia. Indujo a los idólatras paganos a que abrazasen

una parte de la fe cristiana. Profesaron creer en la crucifixión y resurrección de Cristo, sin cambiar los sentimientos de su corazón, y propusieron juntarse con los discípulos de Jesús. ¡Oh! ¡cuán terrible peligro para la iglesia! Fué una época de angustia mental. Algunos se figuraron que uniéndose con aquellos idólatras que habían abrazado una parte de la fe cristiana, lograrían su completa conversión. Satanás procuraba corromper las enseñanzas de la Biblia.

Por último se abatió la bandera, y los paganos se unieron con los cristianos. Aunque los idólatras afirmaban que se habían convertido, introdujeron su idolatría en la iglesia, sin hacer más que cambiar los ídolos en imágenes de santos y aun de Cristo y de su madre María. Al unirse con ellos los discípulos de Cristo, la religión se fué corrompiendo gradualmente, y la iglesia perdió su pureza y poder. Algunos no quisieron unirse con los paganos, y conservaron su pureza y adoraron únicamente a Dios. No quisieron inclinarse ante imagen alguna de nada de lo que está arriba en los cielos o abajo en la tierra.

Satán se alegró de que tantos cayeran, y entonces excitó a la caída iglesia para que condenara a muerte a quienes quisieran conservar la pureza de su religión, a no ser que rindieran adoración a las imágenes y se sometiesen a las ceremonias. Encendióse de nuevo la persecución contra la verdadera iglesia de Cristo y millones de fieles fueron muertos sin piedad.

Esto se me representó de la siguiente manera: Un numeroso grupo de idólatras paganos llevaba una bandera negra con las figuras del sol, la luna y estrellas. Daban muestras de mucha cólera e ira. Vi después otro grupo de gente que enarbolaba una bandera completamente blanca con una inscripción que decía: "Pureza y santidad en el Señor." Su aspecto denotaba firmeza y celestial resignación. Los idólatras se acercaron a este otro grupo e hicieron en él espantosa matanza. Los cristianos quedaban diezmados ante ellos, y sin embargo, se estrechaban más unos contra otros y sostenían mucho más firme la bandera, en cuyo torno se agolpaban otros para ocupar los lugares de los que caían.

El grupo de idólatras consultó entre sí para concertar otro plan en vista de que no habían logrado aniquilar a los cristianos. Abatieron entonces su bandera y se acercaron al denodado grupo cristiano para proponerle una avenencia. En un principio fueron rechazadas sus proposiciones; pero después vi que los cristianos celebraban consejo, y

algunos dijeron que si abatían la bandera y aceptaban las proposiciones, salvarían la vida, y por fin podrían enarbolar su bandera entre los paganos. Sin embargo, unos cuantos no se conformaban con este plan, sino que resueltamente prefirieron morir abrazados a su enhiesta bandera. Entonces muchos abatieron la bandera y se unieron con los paganos; pero los firmes y constantes se apoderaron de ella para izarla de nuevo. Vi que continuamente desertaban muchos de la bandera pura, y se iban con los paganos que hacían ondear la bandera negra, para perseguir también a los de la blanca. Muchos murieron, y sin embargo, la bandera blanca continuaba enhiesta, y a los creyentes se les incitaba a estrechar filas en derredor de ella.

Capítulo 31

El misterio de iniquidad

Siempre ha sido el proyecto de Satanás desviar la mente de la gente de Jesús y volverla a los hombres, desvaneciendo la idea de responsabilidad individual. Fracasó Satanás en su proyecto cuando tentó al Hijo de Dios; pero tuvo más éxito en su esfuerzo con los caídos hombres. Corrompióse el cristianismo. Papas y sacerdotes se arrogaron elevadas posiciones y enseñaron a la gente que a ellos debía acudir para obtener el perdón de sus pecados en vez de dirigirse directamente a Cristo.

La gente quedó del todo engañada. Se le dijo que el papa y los sacerdotes eran los representantes de Cristo, cuando en verdad lo eran de Satanás, y a Satanás adoraban cuantos ante ellos se rendían. La gente pedía la Biblia; pero el clero creyó peligroso que la leyeran los fieles por sí mismos, por temor de que se ilustrasen y descubriesen los pecados de sus instructores. De modo que se enseñó a la gente a recibir las palabras de estos engañadores maestros como si salieran de labios de Dios. Se arrogaban sobre la mente un poder que sólo pertenece a Dios.

Fué odiada la Biblia, y se hicieron esfuerzos para raerla de la tierra. Quedó prohibida su lectura bajo pena de muerte, y se quemaban cuantos ejemplares se descubrían. Pero Dios tuvo cuidado especial de su Palabra, y la protegió. En diferentes períodos sólo quedaron unos cuantos ejemplares de la Biblia, pero no consintió Dios que se perdiese su Palabra, porque más tarde, en estos últimos días, se había de difundir de tal manera que toda familia pudiese poseerla.

Vi que cuando había pocos ejemplares de la Biblia, hallaban en ella inestimable tesoro y profundo consuelo los perseguidos discípulos de Jesús. La leían secretamente, y quienes disfrutaban de este excelso beneficio sentían que habían conversado con Dios, con su Hijo Jesús y con sus discípulos. Pero este bendito privilegio les costó a muchos la vida. Si los descubrían, los mandaban al tajo del verdugo, a la hoguera o a lóbregas mazmorras donde los dejaban morir de hambre.

No podía Satanás impedir el plan de salvación. Jesús fué crucificado y resucitó al tercer día. Pero Satanás les dijo a sus ángeles que se aprovecharía en favor suyo de la

crucifixión y resurrección. Estaba conforme con que los que profesaban la fe de Jesús diesen por invalidadas después de la muerte de Cristo las leyes que regulaban los sacrificios y ofrendas judaicos, con tal que, yendo más lejos, creyesen que también la ley de los diez mandamientos había cesado.

Muchos cedieron fácilmente a este engaño de Satanás. El cielo entero se indignó al ver pisoteada la sacrosanta ley de Dios. Jesús y las huestes celestiales conocían la índole de la ley de Dios, y sabían que no era posible alterarla ni abrogarla. La miserable situación del hombre después de la caída había causado en el cielo profundísima tristeza, moviendo a Jesús a ofrecerse para morir por los transgresores de la santa ley de Dios. En caso de haberse podido abrogar la ley, el hombre se hubiese salvado sin necesidad de la muerte de Jesús. Por lo tanto, su muerte no destruyó la ley de su Padre, sino que la magnificó y honró, obligando a todos a la obediencia de sus santos preceptos.

Si la iglesia hubiese permanecido pura y firme, no habría podido Satanás engañarla ni inducirla a que pisotease la ley de Dios. En este descarado plan, Satanás embiste directamente contra las bases del gobierno de Dios en el cielo y en la tierra. Por su rebelión fué expulsado del cielo, y después quiso salvarse pretendiendo que Dios alterase su ley; pero ante la hueste del cielo se le manifestó que la ley de Dios era inalterable. Sabe Satanás que induciendo a otros a quebrantar la ley de Dios los gana para su causa, porque todo transgresor de la ley debe morir.

Resolvió Satanás ir todavía más lejos. Les dijo a sus ángeles que algunos serían tan celosos de la ley de Dios que no se dejarían prender en esa trampa, pues los diez mandamientos eran tan explícitos, que muchos creerían que seguían válidos, y por lo tanto le era preciso corromper tan sólo uno de los mandamientos. Así que indujo a sus representantes en la tierra a intentar cambiar el cuarto, o sea el mandamiento del día de reposo, y alterar así el único de los diez que expone el concepto del verdadero Dios, el Creador de cielos y tierra. Satanás puso ante la mente de sus representantes la gloriosa resurrección de Jesús, diciéndoles que por haber resucitado el primer día de la semana, el Salvador había trasladado el descanso del séptimo al primer día de la semana.

Así se valió Satanás de la resurrección en provecho de sus propósitos, y él y sus ángeles se congratularon de que los errores por ellos preparados cundiesen tan favorablemente entre quienes se llamaban amigos de Cristo. Lo que unos repugnaban

con religioso horror, lo admitían otros, y así fueron celosamente admitidos y defendidos diversos errores. La voluntad de Dios, tan claramente revelada en su Palabra, fué encubierta con errores y tradiciones que eran enseñados como mandamientos de Dios. Aunque este engaño que desafía al Cielo se consentirá hasta la segunda venida de Jesús, no ha quedado Dios sin testigos durante todo este tiempo de error y engaño. En medio de las tinieblas y persecuciones contra la iglesia, siempre hubo cristianos que guardaron fielmente todos los mandamientos de Dios.

La hueste angélica llenóse de asombro al contemplar la pasión y muerte del Rey de gloria; pero no le sorprendió que el Señor de la vida y de la gloria, el que henchía los cielos de gozo y esplendor, quebrantase los lazos de la muerte y surgiese de la tumba como triunfante vencedor. Por lo tanto, si alguno de estos sucesos hubiese de conmemorarse por un día de descanso, habría de ser el de la crucifixión. Pero yo vi que ninguno de estos acontecimientos estaba destinado a mudar o revocar la ley de Dios, sino que por el contrario corroboraban su carácter inmutable.

Ambos importantes sucesos tienen su peculiar conmemoración. Al participar del pan y del vino en la Santa Cena, recordamos la muerte del Señor hasta que él venga. Así se renuevan en nuestra memoria las escenas de su pasión y muerte. Conmemoramos la resurrección de Cristo al sepultarnos con él en el bautismo y levantarnos de la líquida tumba para vivir en novedad de vida a semejanza de su resurrección.

Se me mostró que la ley de Dios permanecería inalterable por siempre y regiría en la nueva tierra por toda la eternidad. Cuando en la creación se echaron los cimientos de la tierra, los hijos de Dios contemplaron admirados la obra del Creador y la hueste celestial prorrumpió en exclamaciones de júbilo. Entonces se echaron también los cimientos del sábado. Después de los seis días de la creación, Dios descansó el séptimo de toda la obra que había hecho, y lo bendijo y santificó, porque en dicho día había descansado de toda su obra. El sábado fué instituído en el Edén antes de la caída, y lo observaron Adán y Eva y toda la hueste celestial. Dios descansó en el séptimo día, lo bendijo y lo santificó, y nunca será abolido, sino que los santos redimidos y toda la hueste angélica lo observarán eternamente en honra del gran Creador.

Capítulo 32

La reforma en Alemania

A pesar de la persecución contra los santos, se levantaban por doquiera vivos testigos de la verdad de Dios. Los ángeles del Señor efectuaban la obra que se les había confiado. Por los más oscuros lugares buscaban y elegían, sacándolos de las tinieblas, a los varones de honrado corazón, que estaban sumidos en el error y que, sin embargo, como Saulo, eran llamados por Dios para ser escogidos mensajeros de su verdad, que levantarán la voz contra los pecados del que decía ser su pueblo.

Los ángeles de Dios movieron el corazón de Martín Lutero, Melancton y otros en diversos lugares, despertándoles la sed del viviente testimonio de la Palabra de Dios. El enemigo había irrumpido como una inundación y era preciso levantar bandera contra él. Lutero fué escogido para arrostrar la tormenta alzándose contra las iras de una iglesia degenerada, y así fortalecer a los pocos que permanecían fieles a su santa profesión. Había hecho lo posible por obtener el favor divino mediante las obras, pero no quedó satisfecho hasta que un resplandor de la luz del cielo disipó las tinieblas de su mente y le condujo a confiar, no en las obras, sino en los méritos de la sangre de Cristo. Entonces pudo dirigirse personalmente a Dios, por el único medio de Jesucristo y no por intermedio de papas ni confesores.

¡Oh, y cuán valiosa fué para Lutero esta nueva y refulgente luz que había alboreado en su entenebrecido entendimiento, y disipado su superstición! La estimaba en más que todos los tesoros del mundo. La Palabra de Dios era nueva para él. Todo lo veía de distinto modo. El libro que había temido por no poder hallar belleza en él, era ahora para él la vida eterna, su gozo, su consuelo y su bendito instructor. Nada podría inducirle a desistir de su estudio. Había tenido temor de la muerte; pero al leer la palabra de Dios, se desvanecieron sus terrores, y admiró el carácter de Dios y le amó. Escudriñó por sí mismo la Biblia y se regocijó en los preciosos tesoros en ella contenidos. Después la escudriñó para la iglesia. Le indignaban los pecados de aquellos en quienes había confiado para salvarse, y al ver a muchos otros envueltos en las mismas tinieblas que a él le habían ofuscado, buscó anhelosamente la ocasión de mostrarles el Cordero de Dios, el único que quita el pecado del mundo.

Alzando su voz contra los errores y pecados de la iglesia papal, procuró ardientemente quebrantar la cadena de tinieblas que ataba a millares de personas, y las movía a confiar en las obras para su salvación. Anhelaba poder representar a sus entendimientos las verdaderas riquezas de la gracia de Dios y la excelencia de la salvación obtenida por medio de Jesucristo. En el poder del Espíritu Santo clamó contra los pecados de los dirigentes de la iglesia, y no desmayó su valor al tropezar con la borrascosa oposición de los sacerdotes, porque confiaba firmemente en el fuerte brazo de Dios y esperaba seguro que él le diera la victoria. Al estrechar más y más la batalla, recrudecía la cólera del clero romano contra él. Los clérigos no querían reformarse. Preferían que los dejaran en sus comodidades, en sus livianos y libertinos placeres, en su perversidad. También deseaban mantener a la iglesia en tinieblas.

Lutero era vehemente, celoso, intrépido y resuelto en la reprobación de los pecados y la defensa de la verdad. No le importaban los demonios ni los malvados, pues sabía que estaba asistido por Quien puede más que todos ellos. Era valiente, celoso y osado, y hasta a veces arriesgaba llegar al exceso; pero Dios levantó a Melancton, cuyo carácter era diametralmente opuesto, para que ayudase a Lutero en la obra de la Reforma. Melancton era tímido, temeroso, precavido y pacientísimo. Dios le amaba grandemente. Conocía muy bien las Escrituras y tenía excelente y perspicaz criterio. Su amor a la causa de Dios igualaba al de Lutero. El Señor unió los corazones de estos dos hombres, y fueron amigos inseparables. Lutero ayudaba poderosamente a Melancton cuando éste temía y era tardo en sus pasos, y Melancton le servía de mucho a Lutero cuando éste intentaba precipitar los suyos. Las previsoras precauciones de Melancton evitaron muchas dificultades con que hubiese tropezado la causa si la obra estuviera en las solas manos de Lutero, mientras que otras veces la obra no hubiera prosperado si tan sólo la dirigiese Melancton.

Los escritos de Lutero tenían tan favorable acogida en la ciudad como en la aldea. Por las noches, los maestros rurales los leían a los pequeños grupos reunidos junto a la chimenea. A cada esfuerzo se iban convenciendo de la verdad algunas almas, las cuales, al recibir gozosamente la palabra, iban a su vez a comunicar a otros la buena nueva.

Cuando se encendió la persecución contra los instructores de la verdad, siguieron el consejo dado por Cristo: "Cuando os persiguieren en esta ciudad, huid a la otra." 1 La luz penetraba por doquiera. En alguna parte hallaban abierta los fugitivos una hospitalaria puerta, y allí aposentados predicaban a Cristo, a veces en la iglesia, y si se

les negaba este privilegio, en casas particulares o al aire libre. Doquiera encontraban oyentes, allí estaba su consagrado templo. La verdad proclamada con tal energía y convencimiento se propagaba con irresistible fuerza.

En vano la autoridad eclesiástica apoyada por la civil intentó aplastar la herejía. En vano recurrieron a las cárceles, tormentos, hogueras y espadas. Millares de creyentes sellaron su fe con su sangre, y sin embargo, prosperaba la obra. La persecución sólo servía para difundir la verdad, y el fanatismo que Satanás había procurado entremezclar con ella, esclarecía el contraste entre la obra de Satanás y la de Dios.

Capítulo 33

La reforma en otros países

No acabó la Reforma al morir Lutero ni se contrajo a la nación alemana. Al presentar a las gentes la Biblia abierta, procuró ser admitida por todos los países de Europa. Algunas naciones la recibieron gozosamente como mensaje del cielo. En otras tierras el papado logró en gran parte impedir que entrase, y fué de allí casi enteramente excluida la luz del conocimiento bíblico con su poderosa influencia.

En Suiza

Pocas semanas después del nacimiento de Lutero en la choza de un minero de Sajonia, nació en la granja de un pastor de los Alpes un niño destinado a ser cuando hombre el caudillo de la Reforma en Suiza. Ulrico Zuinglio, como Lutero, siendo aún muy joven se ordenó de sacerdote en Roma, "dedicándose con toda su alma a la investigación de la verdad divina, porque estaba persuadido de lo mucho que debía saber aquel a quien se le confiaba el rebaño de Cristo." 1

Primero en Einsiedeln y después en Zurich, presentó Zuinglio la palabra de Dios como única autoridad infalible, y la muerte de Cristo como el único sacrificio completo. Muy luego se levantó contra él violenta oposición; pero su obra y la de sus colaboradores ya habían contribuído a dar un enérgico impulso a la causa de la reforma protestante en Suiza.

En Francia

Antes de que el nombre de Lutero tuviese fama de reformador, ya había comenzado la Reforma en Francia. Uno de los primeros que aceptaron la luz fué el anciano Lefevre, profesor de la universidad de París, quien introdujo el estudio de la Biblia entre sus alumnos, algunos de los cuales escucharon anhelosamente sus enseñanzas y continuaron proclamando la verdad después de muerto su profesor. Uno de los discípulos de Lefevre fué Guillermo Farel. Un dignatario de la iglesia, el obispo de Meaux, se unió a los reformadores y el evangelio fué ganando adherentes entre todas las clases sociales, desde el hogar de los obreros y campesinos hasta el palacio del rey.

La hermana de Francisco I, entonces monarca reinante, aceptó la fe reformada. El mismo rey y la reina madre parecieron por algún tiempo inclinados a su favor, y los reformadores pusieron halagüeñas esperanzas en el día en que fuera ganada Francia para el evangelio. Pero sus esperanzas no habían de verse realizadas. Terribles pruebas y persecuciones aguardaban a los discípulos de Cristo en Francia. Mientras hombres intrépidos proclamaban el libre evangelio de Cristo y cada día aumentaba el número de conversos, muchos atestiguaron la verdad en la hoguera. El ejemplo de valor y fidelidad que estos humildes cristianos dieron en la pira, fué elocuentísimo para millares de personas que en días de paz no habían oído su testimonio. Sin embargo, el mal triunfó por último y fué rechazada la verdad del cielo.

Francia cosechó los amargos frutos de la conducta que había seguido. La disciplinadora influencia del Espíritu de Dios se retiró de un pueblo que había menospreciado el don de su gracia. El mal llegó a madurar y el mundo entero vió el resultado del terco rechazo de la luz. La guerra contra la Biblia, proseguida durante tantos siglos en Francia, culminó en las espantosas escenas de la Revolución de 1793.

En los Países Bajos

Las enseñanzas de Lutero hallaron campo propicio en los Países Bajos, y celosos y fieles varones se levantaron a predicar el evangelio. De una de las provincias de Holanda salió Menno Simons, que había sido ordenado sacerdote. El estudio de las Escrituras y los escritos de Lutero le movió a aceptar el protestantismo, y durante veinticinco años viajó con su esposa e hijos, soportando duras penalidades y privaciones con frecuente peligro de la vida.

En ninguna parte fueron más generalmente recibidas las doctrinas de la reforma que en Holanda; y sin embargo, en pocos países hubieron de sufrir sus adherentes tan tremendas persecuciones. Leer la Biblia, oír o predicar de ella y aun hablar de ella equivalía a incurrir en pena de muerte en la hoguera. La misma pena sufría quien oraba a Dios en secreto, se negaba a inclinarse ante una imagen o cantaba un salmo. Millares perecieron durante los reinados de Carlos V y Felipe II.

La fe de los mártires estuvo al nivel de la ira de los perseguidores. No solamente los hombres sino delicadas mujeres y tiernas doncellas desplegaron indomable valor.

Como en los días en que el paganismo trató de aniquilar el evangelio, la sangre de los cristianos servía de semilla. Por fin, el noble Guillermo de Orange dió al pueblo holandés la libertad de adorar a Dios.

En Escandinavia

Mientras que en las montañas del Piamonte, en las llanuras de Francia y en las costas de Holanda el progreso del evangelio estaba señalado con la sangre de sus discípulos, en los países del Norte se introdujo pacíficamente. Los estudiantes de Wittemberg, al regresar a sus casas, llevaron la fe reformada a Escandinavia. La publicación de los escritos de Lutero también difundió la luz. Los sencillos y robustos habitantes del Norte desecharon la corrupción, pompas y supersticiones de Roma para aceptar la pureza y sencillez de las vivificadoras verdades de la Biblia.

Tausen, el reformador de Dinamarca, era hijo de un labriego. Fué a educarse en Colonia, uno de los baluartes del romanismo, y pronto le disgustó el misticismo de los escolásticos. Por el mismo tiempo llegaron a sus manos los escritos de Lutero, y leyólos con tal deleite que decidió recibir la personal instrucción del reformador alemán. No tardó en matricularse como estudiante en Wittemberg, y al regresar a Dinamarca predicó a Cristo como la única esperanza de salvación para el pecador. Los esfuerzos que hicieron los papistas para desbaratar la obra sólo lograron dilatarla, y al poco tiempo Dinamarca se declaró protestante.

También en Suecia los jóvenes que habían estudiado en la universidad de Wittemberg proclamaron la verdad a sus compatriotas. Dos de los caudillos de la Reforma en Suecia, Olaf y Lorenzo Petri, estudiaron bajo la enseñanza de Lutero y Melancton, y a su vez comunicaron diligentemente las verdades aprendidas. En presencia del monarca y de los principales personajes de Suecia, Olaf Petri defendió hábilmente las doctrinas de la Reforma contra los campeones romanistas. A consecuencia de esta controversia, el rey de Suecia aceptó la fe protestante; y poco después se declaró en su favor la Asamblea nacional. Suecia llegó a ser uno de los baluartes del protestantismo.

En Inglaterra

Mientras Lutero abría la Biblia ante los ojos del pueblo alemán, el Espíritu de

Dios movía a Tyndale a hacer lo mismo por Inglaterra.

Era Tyndale asiduo estudiante y ardoroso indagador de la verdad, y había leído el evangelio en el Testamento griego de Erasmo. Denodadamente proclamó su convicción, diciendo que toda doctrina había de estar confirmada por las Escrituras. Al argumento papista de que la iglesia había dado la Biblia y que sólo la iglesia podía interpretarla, respondió Tyndale: "¿Sabéis quién enseñó a las águilas a encontrar su presa? pues el mismo Dios enseña a sus hambrientos hijos a encontrar a su Padre en su palabra. Lejos de habernos dado la iglesia las Escrituras, las escondió de nuestra vista y quema a los que las enseñan, y si pudiera, quemaría aún las mismas Escrituras."

Un nuevo propósito se apoderó del ánimo de Tyndale, y acerca de ello decía: "Los salmos se cantaban en el templo de Jehová en la lengua de Israel; y ¿no hablará el evangelio en inglés entre nosotros? ... ¿Ha de tener la iglesia menos luz al mediodía que al amanecer?"

Este propósito que había empezado Tyndale a nutrir, de dar al pueblo el Nuevo Testamento en su propia lengua, pudo ahora realizarse, e inmediatamente puso manos a la obra. Finalmente se publicaron tres mil ejemplares del Nuevo Testamento, y otra edición vio la luz el mismo año.

Fué entregado Tyndale en manos de sus enemigos y estuvo preso muchos meses hasta atestiguar su fe con el martirio; pero las armas que había preparado habilitaron a otros soldados para batallar durante siglos y aun en nuestros propios días.

Latimer mantuvo desde el púlpito que la Biblia debía leerse en el lenguaje del pueblo. Barnes y Frith, los fieles amigos de Tyndale, se alzaron en defensa de la verdad. Siguiéronles Ridley y Cranmer. Estos caudillos de la Reforma inglesa eran hombres eruditos y la mayoría de ellos habían gozado de gran estimación por su celo y piedad en la comunión romana. Su conocimiento de los misterios de Babilonia les daba autotoridad para testificar contra ella.

El principio capital que estos reformadores mantuvieron era el mismo que habían sostenido los valdenses, Wyclef, Lutero, Zuinglio y los que se unieron a ellos, a saber: la infalible autoridad de las Sagradas Escrituras como regla de fe y conducta. Negaban a los papas, concilios, patriarcas y reyes el derecho de dirigir la conciencia en materia de

religión. La Biblia era su autoridad, y por sus enseñanzas ponían a prueba toda doctrina y toda afirmación.

La fe en Dios y su palabra sostuvo a estos santos varones al dar su vida en la hoguera. Cuando las llamas iban a apagar su voz, le decía Latimer a Ridley, su compañero de martirio: "Ten buen ánimo, que hoy, por la gracia de Dios, confío en que encenderemos en Inglaterra una luz que nunca será apagada."

Capítulo 34

Alianza entre la iglesia y el mundo

Pero Satanás no estaba satisfecho. Sólo tenía poder sobre el cuerpo, y no podía lograr que los fieles renunciasen a su fe y esperanza, porque aun en la muerte triunfaban con la brillante esperanza de inmortalidad a la resurrección de los justos. La energía de estos cristianos era sobrehumana. Sin dormirse ni por un momento, mantenían ceñida la armadura de Cristo, dispuestos a contender no sólo con enemigos espirituales, sino con Satanás en forma de hombres cuyo constante grito era: "Renunciad a vuestra fe o morid." Estos pocos cristianos eran firmes en Dios y más valiosos a sus ojos que la mitad de un mundo que llevaba el nombre de Cristo y era cobarde en su causa. Aunque la iglesia era perseguida, sus miembros permanecían unidos en amor, y seguían firmes en Dios. A los pecadores no se les permitía unirse con la iglesia. Únicamente podían ser discípulos de Cristo quienes estuviesen dispuestos a abandonarlo todo por él, y quisiesen ser pobres, humildes y en todo semejantes al divino Maestro.

Después de esto vi que Satanás consultaba con sus ángeles para considerar cuánto habían ganado. Era cierto que por medio del temor a la muerte habían logrado que algunas almas tímidas no abrazaran la verdad; pero muchos, que aunque tímidos la abrazaron, vieron al punto desvanecidos sus temores. Al presenciar la muerte de sus hermanos y contemplar su firmeza y paciencia, comprendieron que Dios y los ángeles les ayudaban a soportar tantos sufrimientos. Así se volvían valerosos y resueltos; y cuando les tocaba la vez de dar la vida, mantenían su fe con tal paciencia y firmeza que aun a sus propios verdugos hacían temblar.

Satanás y sus ángeles decidieron que había otro medio aun más eficaz para que las almas se perdieran, y que daría mejores resultados. Aunque a los cristianos se les infligían sufrimientos, su firmeza y la brillante esperanza que los animaba fortalecían al débil y le habilitaban para arrostrar impávido el tormento y la hoguera. Imitaban el noble proceder de Cristo ante sus verdugos, y por su constancia y la gloria de Dios que los circuía, convencían a muchos otros de la verdad.

Por lo tanto, resolvió Satanás valerse de un procedimiento más suave. Ya había corrompido las doctrinas de la Biblia, e iban arraigándose profundamente las tradiciones

que habían de perder a millones de personas. Refrenando su odio, resolvió no excitar a sus vasallos a tan acerba persecución, sino inducir a la iglesia a que disputara sobre varias tradiciones, en vez de la fe entregada una vez a los santos. En cuanto logró Satanás que la iglesia recibiese favores y honores del mundo bajo pretexto de recibir beneficios, principió a perder la iglesia el favor de Dios, y fué debilitando en poder porque rehuía declarar las austeras verdades que excluyen los gustos, placeres y aficiones mundanales.

La iglesia no es ahora el apartado y peculiar pueblo que era cuando los fuegos de la persecución estaban encendidos contra ella. ¡Cuán empañado está el oro! ¡Cuán transmutado el oro finísimo! Si la iglesia hubiese conservado siempre su peculiar y santo carácter, todavía permanecería en ella el poder del Espíritu Santo que recibieron los discípulos. Sanarían los enfermos, los demonios serían reprobados y echados, y sería la iglesia potente, y el terror de sus enemigos.

Vi una numerosa compañía que profesaba el nombre de Cristo, pero Dios no la reconocía por suya. No se complacía en ella. Satanás asumía carácter religioso y estaba dispuesto a que la gente se creyese cristiana; y hasta estaba también ansioso de que creyeran en Jesús, en su crucifixión y resurrección. Aun Satanás y sus ángeles creen todo esto y tiemblan. Pero si la fe del cristiano no le mueve a buenas obras ni induce a quienes la profesan a imitar la abnegación de Cristo, no se conturba Satanás, porque como entonces los cristianos lo son sólo de nombre y sus corazones continúan siendo carnales, él puede emplearlos en su servicio mucho mejor que si no profesaran ser cristianos. Ocultando su deformidad bajo el nombre de cristianos pasan por la vida con profanos temperamentos y sus indómitas pasiones. Esto da motivo a que los incrédulos achaquen a Cristo las imperfecciones de los llamados cristianos, y desacrediten a los de pura e inmaculada religión.

Los ministros ajustan sus sermones al gusto de los cristianos mundanos. No se atreven a predicar a Jesús y las penetrantes verdades de la Biblia, porque si lo hiciesen, estos cristianos mundanos no quedarían en las iglesias. Sin embargo, como la mayor parte de ellos son gente rica, los ministros procuran retenerlos, aunque no sean más merecedores de estar en la iglesia que Satanás y sus ángeles. Esto es precisamente lo que Satanás quería. Acomodó la religión de Jesús de suerte que pareciera popular y honrosa a los ojos de los mundanos, enseñándosele a la gente que el mundo honraría a los que profesaran la religión. Pero estas enseñanzas difieren notablemente de las de

Cristo. Su doctrina y la mundanalidad no pueden convivir en paz. Quienes siguen a Cristo han de renunciar al mundo. La lenidad proviene de Satanás y sus ángeles, quienes trazaron el plan que siguen los cristianos nominales. Se relataron bonitas fábulas que las gentes creyeron fácilmente, y se agregaron a la iglesia hipócritas y descarados pecadores. Si la verdad hubiese sido predicada en toda su pureza, pronto desertara de la iglesia esta clase de gente. Pero no hubo diferencia entre los que profesaban seguir a Cristo y los mundanos.

Dios tenía un sagrado e importante mensaje para la iglesia. En caso de haberlo recibido, ésta se habría reformado completamente, renaciendo el viviente testimonio que la purgara de hipócritas y pecadores, volviéndola de nuevo al favor de Dios.

Capítulo 35

Guillermo Miller

Dios envió a su ángel para que moviese el corazón de un agricultor que antes no creyera en la Biblia, y lo indujese a escudriñar las profecías. Los ángeles de Dios visitaban repetidamente a aquel varón escogido, y guiaban su entendimiento para que comprendiese las profecías que siempre habían estado veladas al pueblo de Dios. Se le dió el primer eslabón de la cadena de verdades y se le indujo a buscar uno tras otro los demás eslabones hasta que se maravilló de la Palabra de Dios, viendo en ella una perfecta cadena de verdades. Aquella palabra que había considerado no inspirada, se desplegaba ahora esplendente y hermosa ante su vista. Echó de ver que unos pasajes de la Escritura son explicación de otros, y cuando no entendía uno de ellos lo encontraba esclarecido por otro. Miraba la sagrada palabra de Dios con gozo, a la par que con profundísimo respeto y reverencia.

Según fué prosiguiendo en el escrutinio de las profecías, convenciéndose de que los habitantes de la tierra estaban viviendo sin saberlo en los últimos tiempos de la historia del mundo. Vió que las iglesias estaban relajadas, que habían desviado su afecto de Jesús para ponerlo en el mundo; que ansiaban honores mundanos en vez del honor que proviene de lo alto; que codiciaban riquezas terrenales en vez de allegar tesoros en el cielo. Vió por doquiera hipocresía, tinieblas y muerte. Su ánimo estaba desgarrado en sí mismo. Dios le llamaba para que abandonara su granja, como había llamado a Eliseo para que dejara los bueyes y el campo de labranza y siguiese a Elías. Tembloroso empezó Guillermo Miller a declarar ante la gente los misterios del reino de Dios, conduciendo a sus oyentes por medio de las profecías al segundo advenimiento de Cristo. Se iba fortaleciendo a cada esfuerzo. Así como Juan el Bautista anunció el primer advenimiento de Jesús y preparó el camino para su venida, también Guillermo Miller y los que se le unieron proclamaron al mundo el segundo advenimiento del Hijo de Dios en las nubes.

Se me transportó a la era apostólica y se me mostró que Dios había confiado una obra especial a su amado discípulo Juan. Satanás quiso impedir esta obra e indujo a sus siervos a que matasen a Juan; pero Dios le libró milagrosamente por medio de su ángel. Todos cuantos presenciaron el gran poder de Dios en la liberación de Juan, quedaron

atónitos, y muchos se convencieron de que Dios estaba con él, y que era verdadero el testimonio que daba de Jesús. Quienes trataban de matarlo, temieron atentar de nuevo contra su vida, y le fué permitido seguir sufriendo por Jesús. Finalmente sus enemigos le acusaron calumniosamente y fué desterrado a una isla desierta, donde el Señor envió su ángel para revelar lo que había de suceder en la tierra y la situación de la iglesia en el tiempo del fin, con sus apostasías y la posición que debía ocupar para agradar a Dios y obtener la victoria final.

El ángel del cielo llegóse majestuosamente a Juan, reflejando en su semblante la excelsa gloria de Dios. Reveló a Juan escenas de profundo y conmovedor interés en la historia de la iglesia de Dios, y le representó las peligrosas tribulaciones que habrían de sufrir los discípulos de Cristo. Juan los vió atravesando durísimas pruebas en que se fortalecían y purificaban para por fin triunfar victoriosa y gloriosamente salvados en el reino de Dios. El aspecto del ángel rebosaba de gozo y refulgía extremadamente al mostrar a Juan el triunfo final de la iglesia de Dios.

Al contemplar el apóstol la liberación final de la iglesia, quedó arrobado por la magnificencia del espectáculo, y con profunda reverencia y pavor postróse a los pies del ángel para adorarle. El mensajero celeste lo alzó instantáneamente del suelo y suavemente le reconvino diciendo: "Mira que no lo hagas: yo soy siervo contigo, y con tus hermanos que tienen el testimonio de Jesús: adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía." 1 Después el ángel le mostró a Juan la celeste ciudad con todo su esplendor y refulgente gloria; y él, absorto y abrumado, olvidándose de la anterior reconvención del ángel, postróse de nuevo a sus pies para adorarle. También esta vez le reconvino el ángel, diciéndole: "Mira que no lo hagas: porque yo soy siervo contigo, y con tus hermanos los profetas, y con los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios." 2

Los predicadores y el pueblo han considerado misterioso el libro del Apocalipsis y de menor importancia que otras partes de las Escrituras sagradas. Pero yo vi que este libro es verdaderamente una revelación dada en especial beneficio de quienes viviesen en los últimos días para guiarlos a discernir su verdadera posición y su deber. Dios dirigió la mente de Guillermo Miller hacia las profecías, y le iluminó en el estudio del Apocalipsis.

Si la gente hubiese entendido las visiones de Daniel, seguramente entendiera

mejor las visiones de Juan. Pero a su debido tiempo, Dios obró en su siervo elegido, y él, con claridad y el poder del Espíritu Santo, explicó las profecías demostrando la concordancia entre las visiones de Daniel y las de Juan, así como con otros pasajes de la Biblia e infundió en el ánimo de la gente las sagradas y terribles advertencias de la Escritura a que se prepare para el advenimiento del Hijo del hombre. Quienes le oyeron quedaron profundamente convencidos y clero y pueblo, pecadores e incrédulos, se convirtieron al Señor con propósito de disponerse a comparecer ante el Juicio.

Los ángeles de Dios acompañaron a Guillermo Miller en su misión. Firme, intrépida y valerosamente, proclamaba el mensaje que se le había confiado. Un mundo sumido en la maldad y una fría y mundana iglesia eran bastante para actualizar todas sus energías y moverlo a sufrir voluntariamente toda clase de penalidades y privaciones. Aunque combatido por los que se llamaban cristianos y por el mundo, y abofeteado por Satanás y sus ángeles, no cesaba Miller de predicar el evangelio eterno a las multitudes siempre que se le deparaba ocasión, pregonando cerca y lejos el grito: "Temed a Dios, y dadle honra; porque la hora de su juicio es venida." 3

Capítulo 36

El mensaje del primer ángel

Vi que Dios estaba en la proclamación del tiempo en 1843. Era su propósito despertar a la gente y colocarla en un punto de prueba donde se decidiese en pro o en contra de la verdad. Algunos ministros se convencieron de la exactitud de los computados períodos proféticos, y dando de mano a su orgullo y renunciando a sus emolumentos y sus parroquias, fueron de lugar en lugar dando el mensaje. Pero como el mensaje del cielo no podía encontrar sitio más que en el corazón de unos cuantos de los que se llamaban ministros de Cristo, la obra fué confiada a muchos seglares. Unos dejaron sus campos y otros sus tiendas y almacenes para proclamar el mensaje; y aun no faltaron profesionales de carrera liberal que abandonaron el ejercicio de su profesión para sumarse a la obra impopular de difundir el mensaje del primer ángel.

Hubo ministros que desechando sus sectarias opiniones y sentimientos se unieron para proclamar la venida de Jesús. Doquiera se publicaba el mensaje, conmovíase el ánimo de la gente. Los pecadores se arrepentían, lloraban e impetraban perdón; y quienes habían cometido algún hurto o desfalco, anhelaban restituir la substracción. Los padres sentían profundísima solicitud por sus hijos. Los que recibían el mensaje exhortaban a los parientes y amigos todavía no convertidos, y con el alma doblegada bajo el peso del solemne mensaje, los amonestaban e invitaban a prepararse para la venida del Hijo del hombre. Eran personas de corazón muy empedernido las que no quisieron ceder a las poderosas pruebas dadas por las cariñosas advertencias. Esta obra purificadora de almas apartaba los afectos de las cosas mundanas y los conducía a una consagración no sentida hasta entonces.

Millares de personas abrazaban la verdad predicada por Guillermo Miller, y muchos siervos de Dios se levantaban con el espíritu y el poder de Elías a proclamar el mensaje. Como Juan, el precursor de Jesús, los que predicaban este solemne mensaje, se veían movidos a poner la segur a la raíz de los árboles, y exhortar a los hombres a que diesen frutos de arrepentimiento. Propendía su testimonio a influir poderosamente en las iglesias y manifestar su verdadero carácter. Al resonar la solemne amonestación de que huyesen de la ira venidera, muchos miembros de las iglesias recibieron el salutífero mensaje, y echando de ver sus apostasías lloraron amargas lágrimas de arrepentimiento

y con profunda angustia de ánimo se humillaron ante Dios. Cuando el Espíritu de Dios se posó sobre ellos, ayudaron a pregonar el grito: "Temed a Dios, y dadle honra; porque la hora de su juicio es venida." 1

La predicación de una fecha definida para el advenimiento, levantó violenta oposición en todas partes, desde el clérigo en el púlpito hasta el más descuidado y empedernido pecador. El clérigo hipócrita y el descarado burlón decían: "Del día y hora, nadie sabe." Ni los unos ni los otros querían ser enseñados y corregidos por quienes señalaban el año en que creían terminarían los períodos proféticos y llamaban la atención a las señales que indicaban que Cristo estaba cerca, a las puertas. Muchos pastores del rebaño que aseguraban amar a Jesús, decían que no eran contrarios a la predicación de la venida de Cristo, sino al señalamiento de la fecha fija de su venida. Pero el omnividente ojo de Dios leía en sus corazones. No deseaban que Jesús estuviese cerca. Comprendían que su profana conducta no podría resistir la prueba, porque no andaban por el humilde sendero que trazara Cristo.

Los falsos pastores se interpusieron en el camino de la obra de Dios. El convincente poder de la palabra predicada despertó a la gente, que como el carcelero empezó a preguntar: "¿Qué es menester que yo haga para ser salvo?" Pero los malos pastores se interpusieron entre la verdad y la gente, predicando cosas halagadoras para apartarla de la verdad. Se unieron con Satanás y sus ángeles exclamando: "Paz, paz," cuando no había paz. Quienes amaban sus comodidades, y estaban contentos lejos de Dios, no quisieron moverse de su carnal seguridad. Vi que los ángeles lo anotaban todo. Las vestiduras de aquellos profanos pastores estaban teñidas con la sangre de las almas. Los ministros que no querían aceptar este mensaje salvador, estorbaron a quienes lo hubieran recibido. La sangre de las almas está sobre ellos. Los predicadores y la gente se coligaron en oposición a este mensaje del cielo, para perseguir a Guillermo Miller y a quienes con él se unían en la obra. Se hicieron circular calumnias para perjudicar su influencia, y diferentes veces, después de declarar Miller el consejo de Dios e infundir contundentes verdades en el corazón del auditorio, se encendía violenta cólera contra él, y al salir del lugar de la reunión le acechaban algunos para quitarle la vida. Pero Dios envió ángeles para protegerle, y le salvaron de manos de las enfurecidas turbas. Su obra no estaba aún terminada.

Los más devotos recibían alegremente el mensaje. Conocían que dimanaba de Dios, y que había sido dado en tiempo oportuno. Los ángeles contemplaban con

profundísimo interés el resultado del mensaje celeste, y cuando las iglesias lo rechazaban, consultaban ellos tristemente con Jesús, quien apartaba su rostro de las iglesias, ordenando a sus ángeles que velasen fielmente sobre las preciosas almas que no rechazaban el testimonio, porque aun había de iluminarlas otra luz.

Vi que si los que se llamaban cristianos hubiesen amado la aparición de su Salvador y hubiesen puesto en él sus afectos, convencidos de que nada en la tierra podía compararse a él, habrían escuchado gozosos la primera intimación de su advenimiento. Pero el desagrado que manifestaban al oír hablar de la venida de su Señor, era concluyente prueba de que no le amaban. Satanás y sus ángeles triunfaban echando en cara a Cristo y sus ángeles que su pueblo escogido tenía tan poco amor a Jesús que no deseaba su segundo advenimiento.

Vi a los hijos de Dios que esperaban gozosamente a su Señor. Pero Dios resolvió ponerlos a prueba. Su mano encubrió un error en el cómputo de los períodos proféticos. * Quienes esperaban a su Señor no advirtieron la equivocación ni tampoco la echaron de ver los hombres más eruditos que se oponían a la determinación de la fecha. Dios quiso que su pueblo tropezase con un desengaño. Pasó la fecha señalada, y quienes esperaban con gozosa expectación a su Salvador quedaron tristes y descorazonados, mientras que quienes habían aceptado el mensaje por miedo, sin desear la aparición de Jesús, se alegraron de que no viniese cuando se le esperaba. Su profesión de fe no había afectado su corazón ni purificado su conducta. El paso de la fecha estaba bien calculado para dar a conocer el ánimo de estos tales, quienes fueron los primeros en ponerse a ridiculizar a los entristecidos y descorazonados fieles que verdaderamente deseaban la aparición de su Salvador. Vi la sabiduría de Dios al probar a su pueblo y proporcionar el medio de descubrir quiénes se retirarían y volverían atrás en la hora de la prueba.

Jesús y la hueste celestial miraban con simpatía y amor a quienes con dulce expectación habían anhelado ver a Quien amaban. Los ángeles se cernían sobre ellos y los sostenían en la hora de su prueba. Los que habían rechazado el mensaje permanecieron en tinieblas; y la cólera de Dios se encendió contra ellos por no haber recibido la luz que les había enviado desde el cielo.

Pero los desalentados fieles que no podían comprender porqué no había venido su Señor, no quedaron en tinieblas. Nuevamente se les indujo a escudriñar en la Biblia los períodos proféticos. La mano del Señor se apartó de las cifras, y echaron de ver el error.

Vieron ellos que los períodos proféticos alcanzaban hasta 1844, y que la misma prueba que habían aducido para demostrar que los períodos proféticos terminaban en 1843, demostraba que terminarían en 1844.

La luz de la palabra de Dios iluminó su situación y descubrieron que había un período de tardanza. 2 "Aunque la visión tardará aún por tiempo, mas al fin hablará, y no mentirá: aunque se tardare, espéralo, que sin duda vendrá; no tardará." 3 En su amor a la inmediata venida de Cristo habían olvidado la demora de la visión, calculada para comprobar quiénes eran los que verdaderamente esperaban al Salvador. De nuevo señalaron una fecha. Sin embargo, yo vi que muchos de ellos no podían sobreponerse a su desaliento ni llegar al grado de celo y energía que caracterizara su fe en 1843.

Satanás y sus ángeles triunfaron de ellos, y los que no habían querido recibir el mensaje se congratulaban de su perspicacia y prudencia en no ceder a la ilusión, como la llamaban. No echaban de ver que estaban rechazando el consejo de Dios contra sí mismos y obrando en unión de Satanás y sus ángeles para poner en perplejidad al pueblo de Dios que vivía de acuerdo con el mensaje celeste.

Los creyentes en este mensaje fueron oprimidos en las iglesias. Durante algún tiempo los que no querían recibir el mensaje se abstuvieron por miedo de obrar según sentían; pero al transcurrir la fecha revelaron sus verdaderos sentimientos. Deseaban acallar el testimonio, que los que esperaban se veían compelidos a dar, de que los períodos proféticos se extendían hasta 1844. Con claridad explicaron su error los creyentes y expusieron las razones por las cuales esperaban a su Señor en 1844. Sus adversarios no podían aducir argumentos contra las poderosas razones expuestas. Sin embargo, se encendió la cólera de las iglesias y resolvieron negarse a la evidencia y no permitir el testimonio en las iglesias a fin de que los demás no pudieran oírlo. Quienes no se avinieron a privar a los demás de la luz que Dios les había dado fueron expulsados de las iglesias; pero Jesús estaba con ellos y se regocijaron a la luz de su faz. Estaban dispuestos a recibir el mensaje del segundo ángel.

Capítulo 37

El mensaje del segundo ángel

Al negarse las iglesias a aceptar el mensaje del primer ángel rechazaron la luz del cielo y perdieron el favor de Dios. Confiaban en sus propias fuerzas, y al oponerse al primer mensaje se colocaron en donde no podían ver la luz del mensaje del segundo ángel. Pero los amados del Señor, que estaban oprimidos, aceptaron el mensaje: "Ha caído Babilonia," y salieron de las iglesias.

Cerca del término del mensaje del segundo ángel vi una intensa luz del cielo que brillaba sobre el pueblo de Dios. Los rayos de esta luz eran tan brillantes como los del sol. Y oí las voces de los ángeles que exclamaban: "He aquí, el esposo viene; salid a recibirle." 1

Era el clamor de media noche que había de dar poder al mensaje del segundo ángel. Fueron enviados ángeles del cielo para alentar a los desanimados santos y prepararlos para la magna obra que les aguardaba. Los hombres de mayor talento no fueron los primeros en recibir este mensaje, sino que los ángeles se dirigieron a los humildes y devotos, incitándolos a pregonar el grito: "He aquí, el esposo viene; salid a recibirle." Aquellos a quienes se confió la proclamación de este grito se apresuraron a ello y con el poder del Espíritu Santo publicaron el mensaje y alentaron a sus desanimados hermanos. Esta obra no se fundaba en la sabiduría y erudición de los hombres sino en el poder de Dios, y quienes de sus santos escuchaban el clamor no lo podían resistir. Primeramente recibieron este mensaje los más espirituales, y los que en un principio habían dirigido la obra fueron los últimos en recibirlo y ayudar a que resonase más potente el grito: "He aquí, el esposo viene; salid a recibirle."

En todas partes del país brilló la luz sobre el mensaje del segundo ángel y el grito enterneció el corazón de millares de personas. Propagóse de villa en villa y de ciudad en ciudad, hasta despertar por completo al expectante pueblo de Dios. En muchas iglesias no fué permitido dar el mensaje, y gran número de fieles que tenían el viviente testimonio abandonaron aquellas caídas iglesias. El grito de media noche efectuaba una potente obra. El mensaje llegaba a lo íntimo del corazón, e inducía a los creyentes a buscar por sí mismos una vívida experiencia. Comprendían que no era posible que unos

se apoyasen en otros.

Los santos esperaban anhelosamente a su Señor con ayunos, vigiliass y casi continuas oraciones. Aun algunos pecadores miraban la fecha con terror; pero la gran mayoría manifestaba espíritu satánico en su oposición al mensaje. Se burlaban y escarnecían repitiendo por todas partes: "Del día y hora, nadie sabe." Los ángeles malignos los movían a endurecer sus corazones y rechazar todo rayo de luz celeste, para sujetarlos en los lazos de Satanás. Muchos que afirmaban su esperanza en Cristo, no tomaban parte en la obra del mensaje. La gloria de Dios que habían presenciado, la humildad y profunda devoción de los que esperaban y el peso abrumador de las pruebas, los movían a declarar que aceptaban la verdad; pero no se habían convertido ni estaban apercebidos para la venida de su Señor.

Sentían los santos un espíritu de solemne y fervorosa oración. Reinaba entre ellos una santa solemnidad. Los ángeles vigilaban con profundísimo interés los efectos del mensaje y alentaban a quienes lo recibían, apartándolos de las cosas terrenas para abastecerse en la fuente de salvación. Dios aceptaba entonces a su pueblo. Jesús lo miraba complacido, porque reflejaba su imagen. Habían hecho un completo sacrificio, una entera consagración y esperaban ser transmutados en inmortalidad.

Pero estaban destinados a un nuevo y triste desengaño. Pasó el tiempo en que esperaban la liberación. Se vieron aún en la tierra, y nunca les habían sido más evidentes los efectos de la maldición. Habían puesto sus afectos en el cielo y habían saboreado anticipadamente la inmortal liberación; pero no se realizaron sus esperanzas.

El miedo experimentado por muchos no se desvaneció de momento ni se atrevieron a proclamar su triunfo sobre los desengañados. Pero al ver que no aparecía ninguna señal de la ira de Dios, se recobraron del temor que habían sentido y empezaron con befas y burlas. Nuevamente habían sido puestos a prueba los hijos de Dios. El mundo se reía y mofaba de ellos y los vituperaba; pero los que habían creído sin duda alguna que Jesús vendría antes de entonces a resucitar a los muertos, transformar a los santos vivientes, adueñarse del reino y poseerlo para siempre, sintieron lo mismo que los discípulos en el sepulcro de Cristo: "Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto." 2

Capítulo 38

El santuario

Se me mostró el amargo desaliento del pueblo de Dios por no ver a Jesús en la fecha señalada. No sabían porqué no había venido el Salvador, pues no veían prueba alguna de que no hubiese terminado el tiempo profético. Dijo el ángel: "¿Ha fallado la palabra de Dios? ¿Ha faltado Dios en cumplir sus promesas? No. Ha cumplido cuanto prometió. Jesús se ha levantado a cerrar la puerta del lugar santo del santuario celeste, y ha abierto una puerta en el lugar santísimo, entrando a purificar el santuario. Todos los que pacientemente esperan, comprenderán el misterio. El hombre se ha equivocado; pero no ha habido fracaso por parte de Dios. Todo cuanto Dios prometió se ha cumplido; pero el hombre creía equivocadamente que la tierra era el santuario que debía ser purificado al término de los períodos proféticos. Lo que ha fracasado es la expectación del hombre, no la promesa de Dios."

Jesús envió sus ángeles a dirigir la atención de los desalentados hacia el lugar santísimo adonde él había ido para purificar el santuario y hacer expiación especial por Israel. Jesús les dijo a los ángeles que todos cuantos le hallaran comprenderían la obra que iba a efectuar. Vi que mientras Jesús estuviera en el santuario se desposaría con la Nueva Jerusalén, y una vez cumplida su obra en el lugar santísimo descendería a la tierra con regio poder para llevarse consigo las preciosas almas que hubiesen aguardado pacientemente su regreso.

Se me mostró lo que había ocurrido en el cielo al terminar en 1844 los períodos proféticos. Cuando Jesús concluyó su ministerio en el lugar santo, y cerró la puerta de este departamento, densas tinieblas envolvieron a quienes habían oído y rechazado los mensajes de su advenimiento y le perdieron de vista. Jesús se revistió entonces de preciosas vestiduras. Alrededor de la orla inferior de su manto ostentaba en alternada sucesión una campanilla y una granada. De sus hombros pendía un peto de primorosa labor. Al andar, refulgía el peto como los diamantes, agrandando unas letras que a modo de nombres estaban escritas o grabadas en el peto. En la cabeza llevaba algo que parecía una corona. Una vez que estuvo completamente revestido, le rodearon los ángeles y en un flamígero carro penetró tras el segundo velo.

Se me ordenó entonces que observara los dos departamentos del santuario celeste. La cortina que servía de puerta estaba descorrida y se me permitió entrar. En el primer departamento vi el candelabro de siete brazos, la mesa de los panes de la proposición, el altar de los perfumes y el incensario. Todos los objetos de este departamento parecían de oro purísimo y reflejaban la imagen de quien allí entraba. La cortina que separaba los dos departamentos era de diferentes materiales y colores con una hermosa orla en la que había figuras de oro labrado representando ángeles. El velo estaba levantado y yo miré al segundo departamento, donde vi un arca al parecer de oro finísimo. El borde que rodeaba la parte superior del arca era una hermosa labor en figura de coronas. En el arca estaban las tablas de piedra con los diez mandamientos.

Dos preciosos querubines, uno a cada lado del arca, desplegaban las alas sobre ella, tocándose uno con otro por encima de la cabeza de Jesús, situado ante el propiciatorio. Estaban los querubines cara a cara, pero mirando hacia el arca, en representación de toda la hueste angélica que contemplaba con interés la ley de Dios. Entre los querubines había un incensario de oro, y cuando las oraciones de los santos, ofrecidas con fe, subían a Jesús, y él las presentaba a su Padre, una fragante nube emanaba del incensario a manera de humo de bellísimos colores. Encima del sitio en donde Jesús estaba ante el arca, había un brillantísimo resplandor que no pude mirar. Parecía el trono de Dios. Cuando el incienso ascendía al Padre, el brillante esplendor bajaba del trono hasta Jesús y de él se derramaba sobre aquellos cuyas plegarias habían subido como suave incienso. La luz fluía sobre Jesús en copiosa abundancia y cubría el propiciatorio, mientras que el flujo de esplendor llenaba el santuario. No pude resistir mucho tiempo el vivísimo fulgor. Ninguna lengua acertaría a describirlo. Quedé anonadada, y me aparté de la majestad y gloria del espectáculo.

También se me mostró en la tierra un santuario con dos departamentos. Se parecía al del cielo, y se me dijo que era una figura del celeste. Los objetos del primer departamento del santuario terrestre eran como los del celeste. Estaba levantado el velo, de modo que miré en el interior del lugar santísimo, y vi que también los objetos eran los mismos que los del santuario celeste. El sacerdote administraba en ambos departamentos del terrestre. Diariamente entraba en el primer departamento, y sólo una vez al año en el lugar santísimo para purificarlo de los pecados allí transmitidos. Vi que Jesús administraba en ambos departamentos del santuario celeste. El sacerdote entraba en el terrestre con la sangre de un animal en ofrenda por el pecado. Cristo entró en el santuario celeste para ofrecer su propia sangre. Los sacerdotes terrestres eran relevados

por la muerte y, por lo tanto, no podían continuar oficiando por más tiempo; pero Jesús era un sacerdote eterno. Por medio de las ofrendas y los sacrificios traídos al santuario terrestre, los hijos de Israel se beneficiaban de los méritos del futuro Salvador. Y la sabiduría de Dios nos dio los pormenores de esta obra para que mirando atrás hacia ellos comprendiésemos la obra de Jesús en el santuario celeste.

Al expirar Jesús en el Calvario exclamó: "Consumado es," y el velo del templo se rasgó de arriba abajo en dos mitades, para demostrar que los servicios del santuario terrestre habían acabado para siempre, y que Dios ya no vendría al encuentro de los sacerdotes de este templo terrestre para aceptar sus sacrificios. La sangre de Jesús fué entonces derramada e iba a ser ofrecida por él mismo en el santuario celeste. Así como el sacerdote entraba una vez al año en el lugar santísimo para purificar el santuario, también Jesús entró en el lugar santísimo del celeste al fin de los 2.300 días de (Daniel 8), en 1844, para hacer la final expiación por todos cuantos pudiesen recibir el beneficio de su mediación, y purificar de este modo el santuario.

Capítulo 39

El mensaje del tercer ángel

Al cesar el ministerio de Jesús en el lugar santo y pasar al santísimo ante el arca que contenía la ley de Dios, envió otro poderoso ángel con un tercer mensaje al mundo. Llevaba el ángel en la mano un pergamino, y al descender poderosa y majestuosamente a la tierra, proclamaba una terrible amonestación, acompañada de las más tremendas amenazas que jamás se dirigieron contra el hombre. Tenía por objeto aquel mensaje poner en guardia a los hijos de Dios, representándoles la hora de tentación y angustia que los aguardaban. Dijo el ángel: "Habrán de combatir porfiadamente contra la bestia y su imagen. Su única esperanza de vida eterna es permanecer firmes. Aunque vean sus vidas expuestas a peligro de muerte deben mantener firmemente la verdad."

El tercer ángel terminó así su mensaje: "Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús." ¹ Al repetir el ángel estas palabras, señalaba al santuario celeste. La mente de cuantos aceptan este mensaje se dirige hacia el lugar santísimo, donde Jesús está ante el arca, obrando su final intercesión por todos aquellos para quienes hay todavía misericordia, y por los que ignorantemente han quebrantado la ley de Dios. Esta expiación sirve lo mismo para los justos muertos que para los justos vivos. Incluye a todos los que murieron esperanzados en Cristo, pero que, por no haber recibido luz sobre los mandamientos de Dios, pecaron ignorantemente al transgredir sus preceptos.

Después que Jesús abrió la puerta del lugar santísimo, vióse la luz del sábado, y el pueblo de Dios fué puesto a prueba, como antiguamente los hijos de Israel, para ver si guardaría la ley de Dios.

Vi que el tercer ángel señalaba hacia lo alto, indicando a las almas desalentadas el camino al lugar santísimo del santuario celeste. Los que allí entraban por fe, hallaban a Jesús, y resurgían en ellos la esperanza y el júbilo. Vi que volvían los ojos atrás, desde la proclamación del segundo advenimiento de Jesús hasta la experiencia sufrida al transcurrir la fecha de 1844. Se explicaban entonces el desengaño, y de nuevo los alentaba gozosa certidumbre. El tercer ángel había esclarecido el pasado, el presente y el porvenir, y comprendían que en efecto los había guiado Dios con su misteriosa

providencia.

Se me mostró que los remanentes siguieron por fe a Jesús en el lugar santísimo y al contemplar el arca cautivóles su esplendor. Jesús entonces destapó el arca y he aquí las tablas de piedra con los diez mandamientos grabados en ellas. Leyeron aquellos vívidos oráculos, pero retrocedieron temblorosos al ver que el cuarto mandamiento estaba rodeado de una aureola de gloria y brillaba en él una luz mucho más viva que en los otros nueve.

Ningún indicio encontraban allí de que el descanso sabático se hubiese abolido o trasladado al primer día de la semana. El mandamiento está escrito tal y según lo dictó la voz de Dios en solemne e imponente majestad sobre el monte entre el fulgor de los relámpagos y el estampido de los truenos. Era el mismo mandamiento que con su propio dedo escribió en las tablas de piedra: "Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día será reposo para Jehová tu Dios." 2 Los fieles se admiraron de la solicitud con que estaban cuidados los diez mandamientos, puestos junto a Jehová y cubiertos y protegidos por su santidad. Vieron que habían pisoteado el cuarto mandamiento del Decálogo, observando un día establecido por los paganos y papistas en vez del día santificado por Jehová. Se humillaron ante Dios, y lamentaron sus pasadas transgresiones.

Vi humear el incienso en el incensario cuando Jesús ofrecía a su Padre las confesiones y oraciones de los fieles. Al subir el incienso, una refulgente luz descansaba sobre Jesús y el propiciatorio; y los fervorosos y suplicantes fieles que estaban atribulados por haber descubierto que eran transgresores de la ley, recibieron la bendición y sus semblantes brillaron de esperanza y júbilo. Se unieron a la obra del tercer ángel y alzaron su voz para proclamar la solemne amonestación. Aunque al principio la recibieron pocos, los fieles continuaron proclamando enérgicamente el mensaje. Después vi que muchos abrazaban el mensaje del tercer ángel y unían su voz con la de quienes habían dado primeramente la amonestación, y honraban a Dios guardando su santificado día de reposo.

Muchos de los que aceptaban el tercer mensaje, no habían tenido experiencia de los dos anteriores. Comprendió esto Satanás, y en ellos puso su maligna vista para vencerlos. Pero el tercer ángel les señalaba hacia el lugar santísimo, y los que habían tenido experiencia en los pasados mensajes, les indicaban el camino del santuario

celeste. Muchos echaron de ver el perfecto eslabonamiento de verdades en los mensajes angélicos, y aceptándolos gozosamente uno tras otro, siguieron al Señor por la fe en el santuario celeste. Se me representaron los mensajes como un áncora para el pueblo de Dios. Quienes los comprendan y acepten quedarán libres de verse arrastrados por las diversas falacias de Satanás.

Capítulo 40

El espiritismo

Se me presentó el engaño de los golpes de los médiums espiritistas y vi que Satanás puede poner ante nosotros la apariencia de formas simuladoras de nuestros parientes y amigos que duermen en Jesús. Resulta como si estos amigos estuvieran verdaderamente presentes, pues hablarán diciendo lo mismo que cuando vivían en el mundo en familiaridad con nosotros, y resonará en nuestro oído su mismo timbre de voz. Todo esto es para engañar al mundo y entramparlo en la creencia de este engaño.

Vi que los santos deben tener plena comprensión de la verdad presente, que habrán de sostener por las Escrituras. Deben comprender el estado en que se hallan los muertos, porque los espíritus diabólicos se les aparecerán aseverando ser amados parientes o amigos que les declararán doctrinas contrarias a la Escritura. Harán cuanto puedan para excitar su simpatía y obrarán milagros ante ellos para confirmar sus declaraciones. El pueblo de Dios debe estar preparado para rechazar a estos espíritus con la bíblica verdad de que los muertos nada saben y que los aparecidos son espíritus de demonios. Debemos examinar cuidadosamente el fundamento de nuestra esperanza, porque de la Escritura hemos de entresacar la razón que hayamos de dar de ella. Este engaño espiritista se difundirá, y habremos de luchar con él cara a cara, porque si no estamos preparados para ello, quedaremos engañados y vencidos. Pero si por nuestra parte hacemos cuanto podamos para disponernos a afrontar el conflicto que se avecina, Dios hará también su parte y nos protegerá su omnipotente brazo. Enviará a todos los ángeles de la gloria para levantar una valla alrededor de las almas fieles, más bien que consentir que las engañen y extravíen los falaces prodigios de Satanás. Vi la rapidez con que se difundía el engaño espiritista. Se me mostró un tren de vagones que marchaba con la velocidad del rayo. El ángel me mandó que observara cuidadosamente. Fijé la vista en el tren. Parecía que en él iba el mundo entero. Después me mostró el ángel al jefe del tren, un hermoso y arrogante personaje a quien todos los pasajeros admiraban y reverenciaban. Quedé perpleja y le pregunté a mi ángel acompañante quién era aquel jefe. Me respondió: "Es Satanás, disfrazado de ángel de luz. Ha cautivado al mundo. Este ha sido entregado a formidables engaños para creer en una mentira a fin de que se condene. Su agente, el que le sigue en categoría, es el maquinista, y otros agentes suyos están empleados en diversos oficios, según los va necesitando, y todos marchan con

relampagueante velocidad a la perdición." Le pregunté al ángel si no había quedado nadie sin subir en el tren, y él me mandó que mirase en opuesta dirección, donde vi una pequeña compañía que caminaba por un angosto sendero. Todos parecían firmemente unidos por la verdad. Aquella pequeña compañía daba muestras de fatiga, como si hubiesen pasado por muchas pruebas y conflictos. Parecía como si el sol se acabara de levantar de detrás de una nube y brillara sobre sus rostros, dándoles aire de triunfo, cual si estuvieran próximos a ganar la victoria.

Vi que el Señor ha dado al mundo la ocasión de descubrir el engaño. Si no hubiese otra prueba, bastaría para el cristiano la de que los espiritistas no hacen distinción entre lo precioso y lo vil. Satanás representa como si estuviera muy exaltado en el cielo a Tomás Paine, cuyo cuerpo está ya convertido en polvo y ha de resurgir al fin de los mil años, cuando la segunda resurrección, para recibir su recompensa y sufrir la segunda muerte. Satanás se sirvió de Tomás Paine en la tierra tanto como pudo, y ahora lo emplea en la misma obra pretendiendo que está muy honrado y exaltado en el cielo. Y tal como enseñó Paine aquí, finge Satanás que continúa enseñando allí. Y algunos que mientras estuvo en la tierra miraron con horror su vida y muerte y sus corruptoras enseñanzas, se someten ahora a ser enseñados por él, por uno de los hombres más viles y corrompidos, que despreció a Dios y su ley. *

El padre de la mentira ciega y engaña a las gentes enviando a sus ángeles para que hablen fingiéndose apóstoles y parezca que contradicen cuanto escribieron en la tierra por inspiración del Espíritu Santo. Estos mentirosos ángeles simulan que los apóstoles corrompen sus propias enseñanzas y dicen que estaban adulteradas. De este modo se complace Satanás en sumir a los que se llaman cristianos, y a toda clase de gente, en incertidumbre respecto a la palabra de Dios. La Santa Biblia se interpone directamente a través de su camino para desbaratar sus planes; y así, induce a los hombres a que duden del origen divino de la Biblia. Después muestra al incrédulo Tomás Paine, como si al morir hubiese entrado en el cielo, y estuviera ahora unido con los santos apóstoles, a quienes odió en la tierra, ocupado en enseñar al mundo.

Satanás señala a cada uno de sus ángeles el papel que han de representar. Les encarga que sean falsos, arteros y astutos. A unos les manda que desempeñen el papel de apóstoles y hablen por ellos, mientras que a otros les asigna la función de incrédulos y malvados que murieron maldiciendo a Dios, para que aparezcan como si ahora fuesen muy religiosos. No hace distinción entre los más santos apóstoles y los más viles

incrédulos. Todos se muestran enseñando lo mismo. No le importa a Satanás a quién haga hablar, con tal de lograr su objeto. Estuvo íntimamente relacionado con Paine en la tierra, ayudándole en su obra, y por lo tanto, le es muy fácil saber y conocer las palabras y la misma escritura de quien le sirvió tan fielmente y tan bien cumplió su propósito. Satanás dictó muchos de los escritos de Paine, y así le es cosa fácil expresar sus mismos sentimientos por medio de sus ángeles para que parezca que los expresa Paine. Esta es la obra maestra de Satanás. Todas las enseñanzas que aparentemente proceden de los apóstoles, de los santos y de los impíos ya muertos, proceden, en realidad, directamente de su majestad satánica.

La consideración de que Satanás pretende que un ser a quien él tanto amó y que tan cumplidamente odió a Dios está ahora en la gloria con los santos apóstoles y con los ángeles, debe bastar para descorrer el velo de todas las mentes y descubrirles las misteriosas y negras obras de Satanás, quien en suma dice al mundo y a los incrédulos: "Por muy malvados que seáis, aunque creáis o dejéis de creer en Dios y en la Biblia, vivid como os plazca, que el cielo es vuestra morada, pues todos saben que Tomás Paine está en el cielo y tan exaltado, que todos seguramente entraréis allí."

Esto es tan notorio, que todos pueden verlo si quieren. Satanás está ahora haciendo, por medio de personas como Tomás Paine, lo que siempre trató de hacer desde su caída. Con su poder y sus mentidos milagros, está socavando los fundamentos de la esperanza cristiana y eclipsando el sol que ha de iluminar el angosto sendero que conduce al cielo. Está haciendo creer al mundo que la Biblia no es inspirada, ni mejor que un libro de cuentos cualquiera, mientras que trata de suplantarla con los fenómenos espiritistas.

Estos son una agencia enteramente suya, sujeta a su gobierno, y puede hacer creer al mundo cuanto le plazca. Coloca en la sombra, que es donde le conviene colocarlo, el Libro que ha de juzgarle a él y a sus secuaces. Dice que el Salvador del mundo fué un hombre como otro cualquiera; y así como los guardias romanos que custodiaban el sepulcro de Jesús propalaron el mentiroso informe que los ancianos y los príncipes de los sacerdotes pusieron en sus bocas, los pobres e ilusos adeptos de estos pretendidos fenómenos espiritistas, repetirán y tratarán de dar a entender que nada hubo de milagroso en el nacimiento, muerte y resurrección de nuestro Salvador. Después de relegar a Jesús a último término, llamarán la atención de la gente hacia sí mismos, a sus milagros y mentidos prodigios, que, según ellos dicen, superan a las obras de Cristo. Así

va cayendo la gente en el lazo, adormeciéndose en un sentimiento de seguridad, para advertir su horrible engaño cuando se derramen las siete últimas plagas. Satanás se ríe al ver cuán bien le va saliendo su plan, y que el mundo entero cae en sus redes.

Capítulo 41

¿Es el hombre inmortal?

Satanás comenzó sus engaños en el Edén. Le dijo a Eva: "No moriréis." Esta fué la primera lección de Satanás sobre la inmortalidad del alma, y ha llevado adelante su engaño desde entonces, y lo proseguirá hasta que los hijos de Dios salgan de su cautividad. Se me mostró a Adán y Eva en el Edén. Comieron del árbol prohibido, y entonces fué colocada alrededor del árbol de vida la flamígera espada, y los arrojó Dios del paraíso para que no comieran del árbol de vida y fuesen pecadores inmortales. El fruto de este árbol infundía la inmortalidad. Oí que un ángel preguntaba: "¿Quién de la familia de Adán ha traspasado esta flamígera espada y participado del árbol de vida?" Y oí que otro ángel respondía: "Nadie de la familia de Adán ha traspasado esta flamígera espada ni participado de ese árbol; por lo tanto, ningún pecador es inmortal." El alma que pecare, morirá de muerte eterna, una muerte sin esperanza de resurrección; y entonces se aplacará la ira de Dios.

Me asombraba yo de que Satanás hubiese logrado tan cumplidamente hacer creer a los hombres que las palabras de Dios: "El alma que pecare, ésa morirá," 1 significan que el alma pecadora no morirá, sino que habrá de vivir eternamente en pena. Dijo el ángel: "La vida es vida, sea en dolor o en dicha. La muerte no tiene dolor ni gozo ni odio."

Satanás encargó a sus ángeles que se esforzaran especialmente en difundir la mentira enunciada por primera vez a Eva en el Edén: "No moriréis." Y cuando la gente aceptó este error y creyó que el hombre era inmortal, Satanás la indujo a creer que el pecador viviría eternamente miserable.

Después, preparó Satanás el medio de obrar valiéndose de sus representantes, y pintó a Dios ante los ojos de la gente como si fuese un vengativo tirano que arroja en el infierno a cuantos no le son gratos y los fuerza a sentir su cólera, complaciéndose en verles padecer indecibles angustias y retorcerse entre las llamas eternas. Bien sabía Satanás que si este error era recibido, muchos odiarían a Dios en vez de amarlo y adorarlo; y que muchos también acabarían por creer que no se cumplirían literalmente las amenazas de la palabra de Dios, porque sería contrario a su benevolencia y amor

hundir en tormentos sin fin a seres por él creados. Otro error en que Satanás ha sumido a los hombres es el de olvidarse por completo de la justicia de Dios y de las amenazas de su palabra, representándole como todo misericordia, de suerte que nadie perecerá, sino que todos, tanto justos como pecadores, serán al fin salvos en su reino.

A consecuencia de los populares errores acerca de la inmortalidad del alma y del tormento eterno, Satanás se vale de otra clase de personas para inducirlos a mirar la Biblia como si no estuviese inspirada. Creen que enseña muchas cosas buenas, pero no pueden confiar en ella ni estimarla, porque les han enseñado que expone la doctrina del sufrimiento eterno.

Satanás conduce a otras personas al extremo de negar la existencia de Dios. No aciertan a ver consecuencia en el carácter del Dios bíblico que sea capaz de infligir eternos tormentos a una porción del género humano. Por lo tanto, niegan la Biblia y a su Autor, y consideran la muerte como un sueño eterno.

Hay otra clase de gente medrosa y tímida. A ésta, la tienta Satanás para que peque, y una vez que ha pecado le imbuye la idea de que la paga del pecado no es la muerte, sino la vida en horribles tormentos que han de sufrirse por toda la eternidad sin fin. Abultando así ante su débil mentalidad los horrores de un infierno eterno, se apodera Satanás de sus ánimos y pierden la razón. Entonces Satanás y sus ángeles se alegran, y los incrédulos y ateos se unen para vituperar al cristianismo, diciendo que semejantes males son el resultado natural de creer en la Biblia y en su Autor, cuando provienen de admitir una herejía popular.

Vi que la hueste celestial se llenaba de indignación ante aquella audaz obra de Satanás. Pregunté porqué había de permitirse que todos aquellos engaños se apoderasen de las mentes de los hombres, cuando si Dios comisionara a sus ángeles podrían quebrantar fácilmente el poder del enemigo. Entonces vi que Dios sabía que Satanás se valdría de todas las artimañas posibles para perder al hombre, y por lo tanto, hizo escribir su Palabra y manifestó sus propósitos de tan clara y explícita manera, que nadie se viese precisado a errar. Después de dar su palabra al hombre, la resguardó cuidadosamente para que ni Satanás ni sus ángeles pudiesen destruirla ni tampoco ninguno de sus agentes o representantes. Aunque otros libros se destruyesen, aquél había de ser inmortal. Y cerca del fin de los tiempos, cuando aumentaran los engaños de Satanás, se multiplicaría el Libro de tal manera que todo el que quisiera podría adquirir

un ejemplar y armarse poderosamente contra los engaños y mentidos prodigios de Satanás.

Vi que Dios había tenido especial cuidado de la Biblia; pero cuando existían pocos ejemplares de ella, ciertos eruditos cambiaron las palabras de algunos pasajes, creyendo que con la enmienda resultaban más claros, cuando en realidad adulteraban lo que ya estaba claro, haciéndolo adaptar a sus particulares opiniones gobernadas por la tradición. Pero yo vi que la palabra de Dios es en conjunto una perfecta cadena en que cada eslabón se enlaza con el otro y lo explica. Los sinceros escudriñadores de la verdad no estarán expuestos a error, porque la palabra de Dios no sólo declara llana y sencillamente cuál es el camino de vida, sino que el Espíritu Santo los guiará en la comprensión del camino de vida allí revelado.

Vi que los ángeles de Dios nunca fuerzan la voluntad de nadie. Dios pone ante el hombre la vida y la muerte. Puede elegir. Muchos desean la vida, pero continúan marchando por el anchuroso sendero. Prefieren rebelarse contra el gobierno de Dios, a pesar de su gran misericordia y compasión en dar a su Hijo para que por ellos muriese. Quienes no prefieran aceptar una salvación tan caramente comprada deben ser castigados. Pero yo vi que Dios no los encierra en el infierno para sufrir eternos tormentos ni tampoco se los lleva al cielo, porque ponerlos en compañía de los puros y santos equivaldría a hacerlos miserables. Pero los destruirá completamente de modo que resulten como si no hubiesen existido. Entonces quedará satisfecha la justicia de Dios. Formó al hombre del polvo de la tierra, y los desobedientes e impíos serán consumidos por el fuego y volverán de nuevo al polvo. Vi que la benevolencia y compasión de Dios en este punto, debe conducir a todos a admirar su carácter y adorar su santo nombre. Después que los impíos hayan quedado destruidos y extirpados de la tierra, toda la hueste celestial exclamará: "¡Amén!"

Capítulo 42

El fuerte clamor

Vi angeles que apresuradamente iban y venían de uno a otro lado del cielo, bajaban a la tierra y volvían a subir al cielo, como si se prepararan para cumplir algún notable acontecimiento. Después vi otro ángel potente, comisionado para bajar a la tierra y unir su voz a la del tercer ángel y dar fuerza y vigor a su mensaje. Gran poder y gloria recibió el ángel y al descender quedó la tierra iluminada con su gloria. La luz que rodeaba a este ángel penetraba por doquiera al gritar con fortaleza en alta voz: "Caída es, caída es la grande Babilonia, y es hecha habitación de demonios, y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de todas aves sucias y aborrecibles."

Aquí se repite el mensaje de la caída de Babilonia, tal como lo dió el segundo ángel, con añadidura de las corruptelas introducidas en las iglesias desde 1844. La obra de este ángel comienza a tiempo para unirse a la última magna obra del mensaje del tercer ángel cuya proclamación acrecienta en alta voz. Así se prepara el pueblo de Dios para afrontar la hora de la tentación que muy luego ha de asaltarle. Vi que sobre los fieles reposaba una luz vivísima, y que se unían para proclamar sin temor el mensaje del tercer ángel.

Otros ángeles fueron enviados desde el cielo en ayuda del potente ángel, y oí voces que por doquiera resonaban diciendo: "Salid de ella, pueblo mío, porque no seáis participantes de sus pecados, y que no recibáis de sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades." Este mensaje parecía ser un complemento del tercer mensaje, a él añadido como el clamor de media noche se añadió en 1844 al mensaje del segundo ángel. La gloria de Dios reposaba sobre los pacientes y expectantes santos, quienes valerosamente daban la postrera y solemne amonestación, proclamando la caída de Babilonia y exhortando al pueblo de Dios a que de ella saliese para escapar a su terrible condenación.

La luz derramada sobre los fieles penetraba por doquiera; y los que en las iglesias tenían alguna luz, y no habían oído ni rechazado los tres mensajes, obedecieron la exhortación y abandonaron las iglesias caídas. Muchos habían llegado a la edad de la razón y la responsabilidad desde la proclamación de los mensajes; y la luz brilló sobre

ellos, deparándoles el privilegio de escoger entre vida o muerte. Algunos escogieron la vida y se unieron con los que esperaban a su Señor y guardaban todos sus mandamientos. El tercer mensaje iba a efectuar su obra. Todos iban a ser probados en él, y las almas valiosas iban a ser llamadas para que saliesen de las congregaciones religiosas.

Una compulsiva fuerza movió a los sinceros, al paso que la manifestación del poder de Dios infundió temor y respeto a los incrédulos parientes y amigos para que no se atrevieran ni pudieran estorbar a quienes sentían en sí la obra del Espíritu de Dios. El postrer llamamiento llegó hasta los infelices esclavos, y los más piadosos de ellos prorrumpieron en cánticos de transportado gozo ante la perspectiva de su feliz liberación. Sus amos no pudieron contenerlos, porque el asombro y el temor los mantenían en silencio. Se obraron potentes milagros. Sanaban los enfermos, y señales y prodigios acompañaban a los creyentes. Dios estaba con la obra, y todos los santos, sin temor de las consecuencias, obedecían al convencimiento de su conciencia, se unían con los que guardaban todos los mandamientos de Dios, y poderosamente proclamaban por doquiera el tercer mensaje. Vi que este mensaje terminaría con fuerza y vigor muy superiores al clamor de media noche.

Los siervos de Dios, dotados con el poder del cielo, con sus semblantes iluminados y refulgentes de santa consagración, salieron a proclamar el celestial mensaje. Muchas almas diseminadas por las congregaciones religiosas respondieron al llamamiento y salieron presurosas de las sentenciadas iglesias, como Lot salió presuroso de Sodoma antes de la destrucción de esta ciudad. Fortalecióse el pueblo de Dios con la excelsa gloria que sobre él reposaba en copiosa abundancia, ayudándole a soportar la hora de la tentación. Oí multitud de voces que por todas partes exclamaban: "Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús." 1

Capítulo 43

Terminación del tercer mensaje

Se me señaló la época en que terminaría el mensaje del tercer ángel. El poder de Dios había asistido a sus hijos, quienes después de cumplida su obra estaban preparados para sobrellevar la hora de prueba que les aguardaba. Habían recibido la lluvia tardía o refrigerio de la presencia del Señor y se había reavivado el viviente testimonio. Por todas partes había cundido la postrera gran amonestación, agitando y enfureciendo a los moradores de la tierra que no habían querido recibir el mensaje.

Vi ángeles que iban y venían de uno a otro lado del cielo. Un ángel con tintero de escribano en la cintura regresó de la tierra y dijo a Jesús que había cumplido su encargo, quedando sellados y numerados los santos. Vi entonces a Jesús, que había estado administrando ante el arca de los diez mandamientos, desprenderse del incensario, y alzando las manos exclamar en alta voz: "Consumado es." Y toda la hueste angélica se quitó sus coronas cuando Jesús hizo esta solemne declaración: "El que es injusto, sea injusto todavía: y el que es justo, sea todavía justificado: y el santo sea santificado todavía." 1

Todas las causas habían sido falladas para vida o para muerte. Mientras Jesús administraba en el santuario, había proseguido el juicio de los justos muertos y luego el de los justos vivientes. Cristo había recibido su reino, por haber hecho expiación por su pueblo, habiendo borrado sus pecados. Estaba completo el número de los súbditos del reino, y consumado el matrimonio del Cordero. Y el reino y el poderío fué dado a Jesús y a los herederos de salvación, y Jesús iba a reinar como Rey de reyes y Señor de señores.

Al salir Jesús del lugar santísimo, oí el tintineo de las campanitas de su túnica. Una tenebrosa nube cubrió entonces a los habitantes de la tierra. Ya no había mediador entre el culpable hombre y el ofendido Dios. Mientras Jesús estuvo interpuesto entre Dios y el pecador, tuvo la gente un freno; pero cuando dejó de estar entre el hombre y el Padre, desapareció el freno y Satanás tuvo completo dominio sobre los finalmente impenitentes.

Era imposible que fuesen derramadas las plagas mientras Jesús oficiase en el santuario; pero al terminar allí su obra, y cesar en su intercesión, nada detenía ya la ira de Dios que cayó furiosamente sobre la desamparada cabeza del culpable pecador que había descuidado la salvación y aborrecido las reprensiones. En aquel terrible tiempo, después de cesar la mediación de Jesús, los santos vivían en presencia del Dios santo sin intercesor. Había sido decidido todo caso y numerada cada joya. Detúvose un momento Jesús en el departamento exterior del santuario celeste, y los pecados confesados mientras él estuvo en el lugar santísimo fueron asignados a Satanás, originador del pecado, quien debía sufrir su castigo.

Entonces vi que Jesús se despojaba de sus vestiduras sacerdotales y se revestía de sus más regias galas. Ceñían sus sienes multitud de coronas interpuestas corona dentro de corona. Rodeado de la angélica hueste salió del cielo. Caían las plagas sobre los moradores de la tierra. Algunos acusaban a Dios y le maldecían. Otros acudían presurosos al pueblo de Dios en súplica de que se les enseñase cómo escapar a los juicios divinos. Pero los santos no tenían nada para enseñarles. Había sido derramada la última lágrima, ofrecida la última angustiosa oración, soportada la última carga y dado el postrer aviso en beneficio de los pecadores. La dulce voz de misericordia ya no había de invitarlos. Cuando los santos y el cielo entero se interesaban por la salvación de los pecadores, ellos no habían tenido interés por sí mismos. Se les ofreció escoger entre la vida y la muerte. Muchos deseaban la vida, pero no se esforzaron en obtenerla. No escogieron la vida, y ya no había expiatoria sangre para purificar al culpable ni compasivo Salvador que abogase por ellos y exclamase: "Perdona, perdona al pecador durante algún tiempo todavía." Los cielos se habían unido a Jesús, al oír las terribles palabras: "Consumado es. Ha terminado." El plan de salvación estaba cumplido, pero pocos habían querido aceptarlo. Y al callar la dulce voz de misericordia, el miedo y el horror invadió a los malvados. Con terrible claridad, oían estas palabras: "¡Demasiado tarde, demasiado tarde!"

Quienes habían menospreciado la palabra de Dios, corrían azorados de un lado a otro, errantes de mar a mar y de norte a oriente en busca de la palabra del Señor. El ángel dijo: "Y no la hallarán. Hay hambre en la tierra; no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír palabra del Señor. ¡Qué no dieran por oír de Dios una palabra de aprobación! Pero no; han de seguir hambrientos y sedientos. Día tras día descuidaron la salvación, estimando en más las riquezas y placeres de la tierra que los tesoros y alicientes del cielo. Rechazaron a Jesús y menospreciaron a sus santos. Los sucios permanecerán

sucios para siempre."

Muchos malvados se enfurecieron grandemente al sufrir los efectos de las plagas. Eran un espectáculo de terrible agonía. Los padres recriminaban amargamente a sus hijos y los hijos a sus padres, los hermanos a sus hermanas y las hermanas a sus hermanos. Por todas partes se oían fuertes y gemebundos gritos diciendo: "Tú me impediste recibir la verdad que me hubiera salvado de esta terrible hora." La gente se volvía contra sus ministros con reconcentrado odio y los reconvenía diciendo: "Vosotros no nos advertisteis. Nos dijisteis que el mundo entero se iba a convertir, y exclamabais 'Paz, paz' para disipar nuestros temores. Nada nos enseñasteis acerca de esta hora, y a los que nos precavían contra ella los tildabais de fanáticos y malignos que querían arruinarnos." Los ministros no se libraron de la ira de Dios. Sus sufrimientos eran diez veces mayores que los de sus feligreses.

Capítulo 44

El tiempo de angustia

Vi que los santos abandonaban las ciudades y aldeas y se juntaban en grupos para vivir en apartadísimos lugares. Los ángeles los proveían de comida y agua, mientras que los malvados sufrían hambre y sed. Vi después que los magnates de la tierra consultaban entre sí, y Satanás y sus ángeles estaban atareados en torno de ellos. Vi un edicto del que se repartieron ejemplares por distintas partes de la tierra, ordenando que si dentro de determinado plazo no renunciaban los santos a su peculiar fe y prescindían del sábado para observar el primer día de la semana, quedaría la gente en libertad de matarlos. Pero en aquella hora de prueba estaban los santos tranquilos y serenos, esperando en Dios y apoyados en su promesa de que se les abriría un camino de salvación. En algunos puntos, los malvados se precipitaron contra los santos para matarlos antes de vencer el plazo señalado en el edicto; pero ángeles en figura de guerreros pelearon por ellos. Satanás quería tener el privilegio de exterminar a los santos del Altísimo; pero Jesús ordenó a sus ángeles que velaran por ellos. Dios tendría a honra hacer un pacto con quienes habían guardado su ley a la vista de los paganos circundantes; y Jesús recibiría honra al trasladar sin que vieran la muerte a los fieles expectantes que durante tanto tiempo le habían aguardado.

Pronto vi que los santos sufrían mortal angustia. Parecía como si estuviesen circuidos por los malvados moradores de la tierra. Todas las apariencias estaban en su contra, y algunos empezaron a temer que Dios los hubiese al fin abandonado para dejarlos perecer a manos de los malvados. Pero si sus ojos hubiesen podido abrirse, se hubieran visto rodeados de los ángeles de Dios. Después llegó la multitud de coléricos malvados, y a poco una masa de ángeles malignos que excitaban a los malvados a que matasen a los santos. Mas para acercarse al pueblo de Dios era preciso que los malvados atravesaran por entre la cohorte de potentes y santos ángeles, lo cual era imposible. Los ángeles de Dios los rechazaban y también repelían a los ángeles malos que compelían a los malvados. Fué una hora de tremenda y espantosa angustia para los santos. Día y noche impetraban de Dios la liberación. A juzgar por las apariencias no había posibilidad de escapar. Los malvados, saboreando de antemano su triunfo, exclamaban: "¿Por qué no os libra vuestro Dios de nuestras manos? ¿Por qué no os escapáis por los aires para salvar la vida?" Pero los santos no los escuchaban. Como Jacob, estaban

luchando con Dios. Los ángeles deseaban libertarlos; pero habían de esperar un poco. El pueblo de Dios debía apurar el cáliz y ser bautizado con bautismo. Los ángeles, fieles a su misión, continuaban vigilando. Dios no quería que los paganos insultasen su nombre. Se acercaba el tiempo en que iba a manifestar su fortísimo poder y libertar gloriosamente a sus santos. Por la gloria de su nombre libertaría a todos los que pacientemente le habían esperado y cuyos nombres estaban escritos en el libro.

Se me señaló al fiel Noé. Al desatarse la lluvia y sobrevenir el diluvio, ya Noé y su familia habían entrado en el arca, y Dios había cerrado la puerta. Noé había advertido fielmente a los moradores del mundo antediluviano, mientras ellos se mofaban de él y le escarnecían. Pero cuando las aguas cubrieron la tierra, uno tras otro de los que se iban ahogando veían el arca de que tanta irrisión hicieran, flotante con toda seguridad sobre las olas, y preservando al fiel Noé y su familia. Análogamente vi que sería libertado el pueblo de Dios que con tanta fidelidad había anunciado al mundo la ira venidera. Dios no consentiría que los malvados exterminasen a quienes esperaban la traslación y que no se sometían a los decretos de la bestia ni recibían su marca.

Vi que si a los malvados se les permitía exterminar a los santos, se alegrarían Satanás y sus malignas huestes y todos cuantos odiaban a Dios. Y ¡oh, qué triunfo fuera para la satánica majestad, tener poderío en la lucha final sobre los que durante largo tiempo habían esperado contemplar a Quien tanto amaban! Quienes se burlaron de la idea de la ascensión de los santos, presenciarán la solicitud de Dios por su pueblo y contemplarán su gloriosa liberación.

Cuando los santos salieron de las villas y ciudades, los persiguieron los malvados con intento de matarlos. Pero las espadas levantadas contra el pueblo de Dios se quebraron y cayeron tan inofensivas como briznas de paja. Los ángeles de Dios escuchaban a los santos, cuyos clamores, elevados día y noche en súplica de liberación, llegaron ante el Señor.

Capítulo 45

Liberación de los santos

Dios escogió la media noche para libertar a su pueblo. Mientras los malvados se burlaban en derredor de ellos, apareció de pronto el sol con toda su refulgencia y la luna se paró. Los malvados se asombraron de aquel espectáculo, al paso que los santos contemplaban con solemne júbilo aquella señal de su liberación. En rápida serie se sucedieron las señales y prodigios. Todas las cosas parecían haber salido de sus quicios. Cesaron de fluir los ríos. Aparecieron densas y tenebrosas nubes que entrechocaban unas con otras. Pero había un claro de persistente esplendor de donde salía la voz de Dios como el sonido de muchas aguas estremeciendo cielos y tierra. Sobrevino un tremendo terremoto. Abriéronse los sepulcros y glorificados se alzaron de sus polvorientos lechos los que habían muerto con la fe puesta en el mensaje del tercer ángel y guardaron el sábado, para escuchar el pacto de paz que Dios iba a hacer con quienes habían observado su ley.

El firmamento se abría y cerraba en violenta conmoción. Las montañas se bamboleaban como cañas batidas por el viento, arrojando peñascos por todo el derredor. El mar hervía como una caldera y lanzaba piedras a la tierra. Al declarar Dios el día y la hora de la venida de Jesús y conferir el sempiterno pacto a su pueblo, pronunciaba una frase y se detenía mientras las palabras de la frase retumbaban por toda la tierra. El Israel de Dios permanecía con la mirada fija en lo alto, escuchando las palabras según iban saliendo de labios de Jehová y retumbaban por toda la tierra con el estruendo de horrisonos truenos. Era un espectáculo pavorosamente solemne. Al final de cada frase los santos exclamaban: "¡Gloria! ¡Aleluya!" Estaban sus semblantes iluminados por la gloria de Dios, y refulgían como el rostro de Moisés al bajar del Sinaí. Los malvados no podían mirarlos porque les ofuscaba el resplandor. Y cuando Dios derramó la sempiterna bendición sobre quienes le habían honrado guardando el santo sábado, resonó un potente grito de victoria sobre la bestia y su imagen.

Entonces comenzó el jubileo durante el cual debía descansar la tierra. Vi que los piadosos esclavos se alzaban triunfantes y victoriosos, quebrantando las cadenas que los oprimían, mientras sus malvados amos quedaban confusos no sabiendo qué hacer, porque los malvados no podían comprender las palabras de la voz de Dios.

Pronto apareció la gran nube blanca sobre la que venía sentado el Hijo del hombre. Al vislumbrarse a distancia parecía muy pequeña. El ángel dijo que era la señal del Hijo del hombre. Al acercarse a la tierra, pudimos contemplar la excelsa gloria y majestad de Jesús al surgir como vencedor. Una comitiva de santos ángeles ceñidos de brillantes coronas lo escoltaban en su camino. No hay lenguaje capaz de describir la magnificencia esplendorosa del espectáculo. Se iba acercando la vívida nube de insuperable gloria y majestad y pudimos contemplar claramente la amable persona de Jesús. No llevaba corona de espinas, sino que ceñía su frente santa una corona de gloria. Sobre sus vestidos y muslo aparecía escrito el título de Rey de reyes y Señor de señores. Su aspecto era tan brillante como el sol del mediodía; sus ojos como llama de fuego; y sus pies parecían de latón fino. Resonaba su voz como un concierto armónico de instrumentos músicos. La tierra temblaba ante él; los cielos se apartaron como arrollado pergamino, y las montañas e islas se descuajaron de su asiento. "Y los reyes de la tierra, y los príncipes, y los ricos, y los capitanes, y los fuertes, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos de la cara de Aquel que está sentado sobre el trono y de la ira del Cordero: porque el gran día de su ira es venido; ¿y quién podrá estar firme?" 1 Los que poco antes hubieran exterminado de la tierra a los fieles hijos de Dios, presenciaban ahora la gloria de Dios que sobre éstos reposaba. Y en medio de su terror, los malvados oían las voces de los santos que en gozosas estrofas decían: "He aquí éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará." 2

La tierra se estremeció violentamente cuando la voz del Hijo de Dios llamó a los santos que dormían, quienes respondieron a la evocación y resurgieron revestidos de gloriosa inmortalidad, exclamando: "¡Victoria! ¡victoria! sobre la muerte y el sepulcro. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿dónde, oh sepulcro, tu victoria?" 3 Entonces, los santos vivientes y los resucitados elevaron sus voces en un prolongado y arrobador grito de triunfo. Aquellos cuerpos que habían bajado a la tumba con los estigmas de la enfermedad y la muerte resucitaron inmortalmente sanos y vigorosos. Los santos vivientes fueron transmutados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, y arrebatados con los salidos del sepulcro, fueron todos juntos a encontrar a su Señor en el aire. ¡Oh, y cuán glorioso encuentro fué ése! Los amigos separados por la muerte volvieron a unirse para no separarse más.

La nube que a Jesús servía de vehículo llevaba alas a ambos lados, y debajo

ruedas vivientes. Al girar las ruedas exclamaban ¡Santo! y al batir las alas, gritaban ¡Santo! La comitiva de santos ángeles que rodeaba la nube, exclamaba: "Santo, santo, santo, Señor Dios omnipotente." Y los santos que estaban en la nube exclamaban: "¡Gloria! ¡Aleluya!" Y el carro de nube rodaba hacia la santa ciudad. Antes de entrar en ella, se ordenaron los santos en un cuadro perfecto con Jesús en el centro. Sobresalía de cabeza y hombros por encima de los santos y de los ángeles, de modo que todos los del cuadro podían ver su majestuosa figura y amable continente.

Capítulo 46

La recompensa de los santos

Después vi gran número de ángeles que de la ciudad traían brillantes coronas, una para cada santo, y cuyo nombre estaba inscripto en ella. Cuando Jesús preguntó por las coronas, los ángeles se las presentaron, y con su propia mano derecha ciñólas en la cabeza de los santos. Y de la misma manera trajeron los ángeles arpas, y se las presentó a los santos. Los ángeles caudillos preludiaban la nota del cántico entonado por todas las voces en agradecida y dichosa alabanza. Todas las manos pulsaron hábilmente las cuerdas del arpa, dejando oír melodiosa música en fuertes y perfectos acordes. Después vi que Jesús conducía a los redimidos a la puerta de la ciudad; y al llegar a ella, la hizo girar sobre sus goznes, y mandó que entraran cuantas gentes hubiesen guardado la verdad. Dentro de la ciudad había todo lo que puede agradar a la vista. Los redimidos contemplaban abundante gloria por doquiera. Después miró Jesús a sus redimidos santos, cuyo aspecto irradiaba esplendor, y fijando en ellos sus cariñosos ojos, dijo con su armoniosa y celeste voz: "Contemplo el trabajo de mi alma, y estoy satisfecho. Vuestra es esta excelsa gloria para disfrutarla eternamente. Terminaron vuestras tristezas. No habrá más muerte ni llanto ni clamor ni dolor." Vi que la hueste de los redimidos se postraba y arrojaba sus brillantes coronas a los pies de Jesús; y cuando su bondadosa mano los alzó del suelo, pulsaron sus áureas arpas y llenaron el cielo con su deleitosa música y cánticos al Cordero.

Después vi que Jesús conducía a su pueblo al árbol de vida, y nuevamente oímos su hermosa voz, más dulce que cuantas melodías escucharon jamás los mortales, decir: "Las hojas de este árbol son para la sanidad de las naciones. Comed todos de ellas." El árbol de vida daba hermosísimos frutos, de que los santos podían participar libremente. En la ciudad había un brillantísimo trono, del que manaba un puro río de agua de vida, clara como el cristal. A uno y otro lado de este río estaba el árbol de vida, y en las márgenes había otros hermosos árboles que llevaban fruto bueno para comer.

Las palabras son demasiado pobres para intentar una descripción del cielo. Siempre que se vuelve a presentar ante mi vista, el espectáculo me anonada de admiración. Transportada por el insuperable esplendor y la excelsa gloria, dejo caer la pluma, exclamando: "¡Oh! ¡qué amor, qué maravilloso amor!" El más enfático lenguaje

sería incapaz de describir la gloria del cielo ni las incomparables profundidades del amor del Salvador.

Capítulo 47

La tierra desolada

Se me llamó de nuevo la atención hacia la tierra. Los malvados habían sido destruidos y sus cadáveres yacían por el suelo. Las siete últimas plagas habían derramado la ira de Dios sobre los habitantes de la tierra, haciéndoles morderse la lengua de dolor y maldecir a Dios. Los falsos pastores habían sido especial objeto de la ira de Jehová, pues aun estando en pie se habían consumido sus ojos en sus órbitas y su lengua en su boca.

Después de haber librado a los santos la voz de Dios, los malvados se volvieron unos contra otros. La tierra quedó inundada de sangre y cubierta de cadáveres desde uno a otro confín. Parecía un desolado desierto. Las urbes y ciudades yacían en ruinas causadas por el terremoto. Las montañas, descuajadas de su asiento, habían dejado amplias cavernas. Sobre toda la superficie de la tierra estaban esparcidos los desmochados peñascos que había lanzado el mar o se habían desprendido de la misma tierra. Corpulentos árboles desarraigados estaban tendidos por el suelo. La desolada tierra iba a ser la mansión de Satanás y sus malignos ángeles durante mil años. Allí quedaría Satanás recluido, vagabundo y errante por toda la tierra para ver las consecuencias de su rebelión contra la ley de Dios. Durante mil años podría gozar del fruto de maldición que había ocasionado.

Recluido en la tierra, no tendrá Satanás ocasión de ir a otros planetas para tentar y molestar a quienes no han caído. En todo aquel tiempo sufrirá muchísimo. Desde su caída estuvieron en constante actividad sus malignos rasgos; pero entonces quedará desposeído de su poder, y obligado a reflexionar en el papel que desempeñó desde su caída y mirar con trémulo terror el pavoroso porvenir, cuando haya de penar por todo el mal que hizo y recibir el castigo de cuantos pecados indujo a cometer.

Oí exclamaciones de triunfo de los ángeles y de los santos redimidos, que resonaban como diez mil instrumentos músicos, pues ya no se verían molestados ni tentados por Satanás, y los habitantes de otros mundos quedaban libres de su presencia y tentaciones.

Después vi tronos en que estaban sentados Jesús y los redimidos. Los santos reinaban como reyes y sacerdotes de Dios. En unión con su pueblo juzgaba Cristo a los muertos malvados, comparando sus acciones con el libro del estatuto, la palabra de Dios, y fallando cada caso según lo hecho con el cuerpo. Después sentenciaban a los malvados a la pena que debían sufrir de conformidad con sus obras, y quedaba escrita frente a sus nombres en el libro de muerte. También Satanás y sus ángeles fueron juzgados por Jesús y los santos. El castigo de Satanás había de ser mucho más terrible que el de aquellos a quienes engañó. Su sufrimiento había de ser incomparablemente mayor. Después de perecer todos los que él había engañado, Satanás seguiría viviendo para sufrir mucho más tiempo.

Terminado al cabo de los mil años el juicio de los muertos malvados, salió Jesús de la ciudad seguido de los santos y de una comitiva de la hueste angélica. Descendió Jesús sobre una gran montaña, que, tan pronto como posó en ella los pies, se partió en dos mitades convirtiéndose en dilatada llanura. Entonces alzamos los ojos y vimos la grande y hermosa ciudad con doce cimientos y doce puertas, tres en cada lado y un ángel en cada una. Nosotros exclamamos: "¡La ciudad! ¡la gran ciudad! desciende del cielo, de Dios." Y descendió en todo su esplendor y gloria, asentándose en la vasta llanura que para ella preparara Jesús.

Capítulo 48

La segunda resurrección

Entonces Jesús salió de la ciudad con la comitiva de santos ángeles y de los redimidos santos. Los ángeles rodearon a su Jefe y le escoltaron durante el camino, seguidos de los santos. Después; con terrible y pavorosa majestad, Jesús llamó a los muertos malvados que resucitaron con los mismos débiles y enfermizos cuerpos con que habían bajado al sepulcro. ¡Qué espectáculo! ¡Qué escena! En la primera resurrección todos surgieron con inmortal florecencia; pero en la segunda estaban visibles en todos los estigmas de la maldición. Juntos resucitaron los reyes y magnates de la tierra, los bajos y ruines, los eruditos y los ignorantes. Todos contemplaban al Hijo del hombre; y los mismos que le despreciaron y escarnecieron; los que le pusieron la corona de espinas en su sagrada frente; los que le hirieron con la caña, le contemplaban en toda su regia majestad. Los que le escupieron al rostro en la hora de su prueba, rehuían su penetrante mirada y la refulgencia de su semblante. Quienes le traspasaron manos y pies con los clavos, miraban los estigmas de la crucifixión. Quienes alancearon su costado contemplaban en su cuerpo la señal de sus crueldades. Y conocían que era el mismo a quien habían crucificado y escarnecido en su expirante agonía. Y exhalaban un prolongado gemido de angustia al huir para esconderse de la presencia del Rey de reyes y Señor de señores.

Todos intentan ocultarse en las rocas y escudarse de la terrible gloria de Aquel a quien en otro tiempo despreciaron. Y abrumados y afligidos por la majestad y excelsa gloria de Jesús, levantan unánimemente las voces, y exclaman con terrible claridad: "¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!" 1

Entonces Jesús y los santos ángeles, acompañados de los santos, regresan a la ciudad, y los amargos lamentos y lastimeros gemidos de los condenados llenan el aire. Vi que Satanás reanudaba a la sazón su obra. Recorrió las filas de sus vasallos fortaleciendo a los débiles y flacos, diciéndoles que él y sus ángeles eran poderosos. Señaló los incontables millones que habían resucitado, entre quienes estaban esforzados guerreros y reyes muy expertos en la guerra y conquistadores de reinos. También se veían poderosos gigantes y capitanes valerosos que nunca perdieron batalla alguna.

Allí estaba el soberbio y ambicioso Napoleón cuya presencia había estremecido a los reinos. Estaban también hombres de elevada estatura y dignificado porte que murieron en batalla mientras andaban sedientos de conquistas. Al salir del sepulcro reasumían el curso de sus pensamientos que interrumpiera la muerte. Conservaban el mismo afán de conquista que los regía al caer en el campo de batalla. Satanás consultó con sus ángeles y después con aquellos reyes, conquistadores y hombres poderosos. En seguida se encaró con el nutrido ejército, diciendo que los de la ciudad eran pocos y débiles, por lo que podían ir contra ella y tomarla, arrojar a sus habitantes y adueñarse de sus riquezas y glorias.

Logró Satanás engañarlos e inmediatamente se dispusieron para la batalla. Había en aquel numeroso ejército muchos hombres ingeniosos que construyeron toda especie de pertrechos de guerra. Hecho esto, se pusieron en marcha acaudillados por Satanás seguido de inmediato por los reyes y guerreros, y más atrás la multitud organizada en compañías al mando de un capitán. Marchaban en completo orden por la resquebrajada superficie de la tierra en dirección a la santa ciudad. Cerró Jesús las puertas y el ejército enemigo se asentó en orden de batalla asediando la ciudad en espera de un tremendo conflicto. Jesús, la hueste angélica y los santos cuya cabeza ceñían las brillantes coronas, subieron a lo alto de los muros de la ciudad. Jesús habló majestuosamente diciendo: "Mirad, pecadores, la recompensa de los justos. Y mirad, mis redimidos, la recompensa de los malvados."

La vasta multitud contempló a los gloriosos redimidos sobre las murallas de la ciudad, y decayó su valor al ver la refulgencia de las brillantes coronas de ellos y sus rostros radiantes de gloria que reflejaban la imagen de Jesús, y la insuperable gloria y majestad del Rey de reyes y Señor de señores. Invadióles el sentimiento del tesoro y de la gloria que habían perdido, y se convencieron de que la muerte es la paga del pecado. Vieron a la santa y dichosa compañía a que menospreciaran, revestida de gloria, honor, inmortalidad y eterna vida mientras que ellos estaban fuera de la ciudad entre todo lo más ruin y abominable de la tierra.

Capítulo 49

El fin de la controversia

Satanás se precipita en medio de sus secuaces e intenta excitar a la multitud a la acción. Pero el fuego del Dios del cielo cae sobre ellos y consume conjuntamente al magnate, al noble, al poderoso, al pobre y al miserable. Vi que unos quedaban rápidamente aniquilados mientras que otros sufrían por más tiempo. A cada cual se le castigaba según las obras que hiciera en el cuerpo. Algunos tardaban muchos días en consumirse, y aunque parte de su cuerpo estaba ya consumido, el resto conservaba la plena sensibilidad para el sufrimiento. Dijo el ángel: "El gusano de vida nunca morirá ni su fuego se apagará en tanto haya una partícula que consumir."

Satanás y sus ángeles sufrieron largo tiempo. Sobre Satanás pesaba no sólo el castigo de sus propios pecados sino el de todos los de la redimida hueste que habían sido puestos sobre él. Además, debía sufrir por la ruina de las almas a quienes engañara. Después vi que Satanás con toda la malvada hueste estaban ya aniquilados y satisfecha la justicia de Dios. La cohorte angélica y los santos redimidos exclamaron en alta voz: "¡Amén!"

Dijo el ángel: "Satanás es la raíz, y sus hijos son las ramas. Ya están consumidos raíz y ramas. Han muerto con muerte eterna. Nunca resucitarán y Dios tendrá limpio el universo." Entonces miré y vi que el mismo fuego que había consumido a los malvados quemaba los escombros y purificaba la tierra. Volví a mirar, y vi la tierra purificada. No quedaba ni la más leve señal de maldición. La quebrada y desigual superficie de la tierra era ya una dilatada planicie. El universo de Dios estaba limpio y había terminado para siempre la gran controversia. Todo cuanto mirábamos y doquiera posábamos la vista era santo y hermoso. La hueste de redimidos, viejos y jóvenes, grandes y pequeños, arrojaron sus brillantes coronas a los pies del Redentor, y, postrándose reverentemente ante él, adoraron al que vive por siempre. La hermosa tierra nueva con toda su gloria era la eterna heredad de los santos. El reino y el señorío y la grandeza del reino bajo todo el cielo se dió entonces a los santos del Altísimo que habían de poseerlo por siempre jamás.